

CURSO DE MORAL

POR

Julio Payot

MORAL INDIVIDUAL

NVA. SAN SALVADOR.

1919

Nota Prologal

¿Por qué nuestra escuela no EDUCA? Porque, verificada en todas partes la metamórfosis, evolución, del antiguo régimen, en nuestro país se siguió y aún se sigue, desventuradamente, enseñando la moral de antaño, teorizante, dogmática, artificiosa, inaccesible y apenumbada por absurdidades y unilateralismos propios de la filosofía recién desaparecida. Es decir, que la enseñanza moral no se laicizó en el altísimo y ecuaníme sentido de este término. La moral que hoy se enseña en las naciones civilizadas es una moral IVA, humana, que conoce la orientación seguida por el hombre hace doscientos mil años. Como está fundada en los resultados generales de la ciencia, ha sustituido el método de autoridad y de los episodios o anécdotas por el llamamiento constante hecho a la experiencia, a la reflexión, a la razón. El Curso de Moral de Jules Payot, elaborado después de cuatro años de observación pensada y vivida, sin tener ningún *modelo* a la vista—es el primer libro didáctico que alminiza en sus páginas tales orientaciones. Esta obra sirve de texto en el Instituto Normal de Varones de esta ciudad. Desearíamos que los Directores de centros de enseñanza secundaria y los preceptores la estudiasen para adoptarla o para inspirarse en ella. Este libro es también un muy útil auxiliar para los padres de familia.—*Juan Ramón Uriarte.*

CURSO DE MORAL

(POR JULIO PAYOT)

FUNDAMENTOS CIENTIFICOS DE LA MORAL

1. La moral es una ciencia.—Las ciencias prehistóricas, la antropología, la anatomía y la morfología comparadas, la psicología experimental y la psicología comparada, la arqueología, la lingüística, la historia, prueban que la humanidad ha tenido un origen humilde.

Los hombres que vivían al comenzar la época cuaternaria, eran poco inteligentes. A juzgar por los restos de su industria, estaban esclavizados por las necesidades del cuerpo.

Luego, como resultado de una cooperación todavía muy imperfecta, la inteligencia humana se desenvuelve lentamente: en el transcurso de centenares de siglos, innumerables inventores descubren sucesivamente la acción motriz del agua, la palanca, el plano inclinado, la fuerza mecánica del aire y recientemente la del vapor; por fin la de la electricidad. Se inventa la escritura y el cálculo, luego el papel y la imprenta. A los fundadores de la astronomía, de las matemáticas y de la medicina, suceden los genios que han perfeccionado poco a poco los métodos inductivos y centuplicado nuestro poder investigador de la naturaleza.

Mientras los obreros, los inventores y los sabios dominaban las fuerzas del universo, los pensadores depuraban las creencias morales; a menudo oprimidos por los que beneficiaban de las creencias reinantes, ellos cual portadores de antorchas han iluminado el camino; innovadores animosos se han encargado de la dirección moral de la humanidad. Al estudiar la raza humana en las diferentes épocas de su desarrollo, puede trazarse la curva general que ha seguido el progreso de la humanidad y señalarse su dirección en el porvenir.

2. Podemos, además, estudiar a los hombres, los más nobles, los más felices, los más humanos; aquellos que han vi-

vido la vida la más amplia, la más intensa, la más completa, la más digna de nuestra admiración y de nuestro amor. Examinamos sus modos de pensar, de sentir y de obrar en la existencia cotidiana y en presencia de temibles fatalidades.

3. Del doble estudio de las condiciones del progreso humano, y de las condiciones de vida de las mejores, inducimos las condiciones generales que hacen la vida humana tan completa, tan intensa, tan feliz como es posible: EL ESTUDIO DE ESTAS CONDICIONES GENERALES CONSTITUYE LA CIENCIA DE LA MORAL.

4. Existe un primer hecho, capital y evidente: poseemos la vida y la ciencia.

Nada tenemos que decir a los que se niegan a reconocer un alto valor a la vida consciente. ¡Que comparen con lealtad el estado de un hombre superior de nuestros días, con la miseria física, intelectual y moral de un hombre de la edad de piedra, y que después osen afirmar, en la lealtad de su alma, que los esfuerzos de la humanidad son inútiles!

Si lo osan, queda el recurso de la prueba. La prueba de la realidad de una creencia es la acción. Nosotros probamos nuestra confianza en la vida, aceptándola; ellos, deben probar su sinceridad, arrojando esta pretendida carga de la vida por medio de una muerte voluntaria; el pesimismo de los que no obran en conformidad con su doctrina, no es más que una actitud, un papel desempeñado sin convicción.

En cuanto a nosotros, iluminados por la amplia visión del progreso humano en su conjunto, y de acuerdo con nuestra manera de obrar, creemos en el valor absoluto de la vida con una fe a un tiempo instintiva y razonada; parécenos que todos nuestros deberes pueden resumirse en una única afirmación: amar y respetar la vida; vivir la vida del hombre, es decir la vida consciente, dándole toda la intensidad, la extensión y la profundidad que puede alcanzar.

Veremos poco a poco cómo esta fórmula abstracta toma un sentido concreto y preciso.

5. La deuda del niño. - Nuestros hijos habitan una casa clara y templada, en invierno; tienen vestidos abrigados, alimento sano y agradable; van a la escuela en donde aprenden a leer y a contar; estudian la historia de los grandes pueblos civilizados, la geografía del globo, y aprovechan, mediante la enseñanza moral, la sabiduría de los mejores hombres de su tiempo. Pero ignoran que esos innumerables bie-

nes los deben a millares de trabajadores reactivos que han creado el bienestar, la ciencia, la moralidad.

Bastante recompensados por sus penas se consideran los padres cuando el niño es trabajador y juicioso. Solamente cuando éste a su vez sea jefe de familia podrá devolver a sus hijos los mil cuidados que de aquellos recibió.

Del mismo modo, todos nosotros sólo tenemos un medio de saldar la deuda por tantos beneficios recibidos de manos de los que nos precedieron: es el de hacernos mejores que ellos y de realizar valerosamente la parte de esfuerzos que nos corresponden a fin de que la vida sea más bella y más noble para nuestros niños, para los niños de aquellos que amamos, para todos los niños.

Es necesario pues que el alumno mida la extensión de su deuda para con los hombres que le han precedido.

Que, para poderla avaluar, considere desde luego, el estado miserable de esos hombres, que, porque viven aún hoy aislados y separados por inmensas distancias de los países civilizados, no han podido recibir la rica herencia que nosotros hemos recibido.

MISERIA DE LOS ACTUALES SALVAJES

6. Miseria física e intelectual.—La miseria de estas desgraciadas poblaciones se revela por el suelo en que habitan: heladas soledades para los unos; para los otros, inextricables bosques y pantanos; ningún camino, sino estrechos senderos constantemente invadidos por malezas. Es el aislamiento.

Por todas partes, en torno, tribus hostiles, y más cerca aún, bestias feroces y reptiles venenosos.

El alimento es grosero y poco variado. Apenas tienen algunos miserables utensilios para cocinar.

Pobres chozas de ramas y de arcilla, donde penetra el frío, la áspera brisa y la lluvia, les sirven de morada; careciendo de sierras, de hachas, de útiles bien afilados, no pueden por lo tanto labrar la madera ni la piedra. Tampoco conocen los cementos.

Los vestidos son insuficientes; muchos salvajes ni siquiera los tienen: los fueguinos andan desnudos sobre la nieve; los yakutas duermen sin abrigo, escasamente vestidos y con el cuerpo cubierto a veces por una espesa capa de escarcha.

Sus chozas llenas de humo son oscuras, sin medio alguno para iluminarlas durante las largas noches del invierno.

imientos experimentales si no tuvieran, ni lavabo, ni jarra para el agua, ni ropa, ni vestidos, ni tenedores, ni cucharas, ni cuchillos, ni platos, ni hornillas para la cocción de los alimentos, ni sábanas, ni almohadas, ni colchones, ni lámpara para la noche, ni libros.

¿Cómo sorprenderse, pues, que esos salvajes sean sucios y tengan apenas forma humana, y presenten frente baja, mandíbulas enormes, vientres abultados, piernas delgadas, en fin, todos los signos de la bestialidad?

7. Su inteligencia es poco desarrollada: muchos de ellos sólo con dificultad cuentan hasta cinco. Por algo el cerebro de un sabio europeo tiene cincuenta o sesenta centímetros cúbicos más que el de los salvajes de Australia.

El lenguaje de los boschimanos es tan pobre que no pueden comprenderse en la obscuridad: porque los gestos suplen a la insuficiencia de las palabras.

No tienen ideas abstractas, y como consecuencia de ello, su inteligencia queda limitada y baja; viven encerrados dentro de lo inmediato. Incapaces de representarse una duración de tiempo algo larga, ignoran lo que dura la vida humana y sus más lejanas previsiones no salvan el límite de una u otra estación. Ningún medio tienen de transmitir por escrito sus conocimientos; por eso ninguna ciencia, ni aún elemental, ha podido constituirse entre ellos.

8. Ante el cambio continuo de todo: colores, sonidos, formas, ¿cómo les hubiera podido venir la sospecha de que, bajo esa aparente variedad infinita de las cosas y de los seres que nos rodean, existen leyes estables como las que nuestros físicos y químicos han descubierto?

No teniendo medida exacta de la longitud ni de la capacidad, ni teniendo balanza alguna, no pueden adquirir la menor noción de lo preciso, de lo exacto, ni de lo verdadero: por eso son erróneas sus creencias, mezcla de realidad y de imaginación absurda: su credulidad es comparable a la de aquellos niños que admiten que San Nicolás y su asno se pasean sobre los techos en la noche de Navidad para que por las chimeneas caigan en el zapatito del nene juicioso los juguetes de que van cargados.

Ni la menor sospecha conciben de las delicadas precauciones que requiere una buena observación de los fenómenos naturales. No tienen noción, siquiera aproximada, de la di-

ferencia que media entre un hecho imaginado y un hecho probado: por eso aceptan las más extravagantes afirmaciones como por ejemplo, los prodigios realizados por sus hechiceros.

Quedan satisfechos con las explicaciones las más ingenuas sobre lo que les acaece.

9. Como no tienen libertad de espíritu y como nadie les ha enseñado jamás a dudar, las creencias una vez aceptadas, «endurecen como el yeso»: no soportan la contradicción y son de una intolerancia feroz para quien se atreva a proceder de otro modo que los demás. Un explorador cita un singular ejemplo de esa incapacidad para soportar toda disidencia.

«Los insulares de Fidji son muy conservadores. Un jefe seguido por una larga fila de hombres caminaba por un sendero de montaña, cuando dió un paso en falso y cayó. Inmediatamente todos lo imitaron excepto uno solo, sobre el cual los otros se echaron furiosos preguntándole si creía valer más que el jefe».

Una vida, regulada por tal obediencia, explica por qué los salvajes no tienen iniciativa alguna y por qué quedan sometidos servilmente a las tradiciones de la tribu; sólo tienen insultos y persecuciones para los espíritus innovadores y para los inventores; por lo demás, las masas rutinarias han sido siempre cruelmente hostiles a toda mejora, motivo por el cual ha sido tan lenta la marcha de la Humanidad hacia adelante.

10 **Miseria moral.**—Los viajeros están de acuerdo en decir que los salvajes son extremadamente perezosos. El trabajo, cuando implica esfuerzos perseverantes en vista de un porvenir algo lejano, les resulta intolerable.

Encerrados dentro del tiempo presente, incapaces de previsión, sin seguridad para el porvenir, llevan una vida rutinera y monótona, en la cual solo ponen alguna variedad: sus espantosos accesos de sanguinaria violencia. Cada cual vive como si estuviese aislado en el mundo sin preocuparse de los sufrimientos que su conducta puede infligir a los demás: tratan con crueldad a sus débiles mujeres y las reducen a la más dura esclavitud. Jamás se colocan con el pensamiento «en el lugar de los otros». Son odiosos por su falta de inteligencia, como esos niños de espíritu grosero que torturan los animales: no imaginan el dolor que causan.

Esta incapacidad para representarse las consecuencias de sus actos hace que tengan una muy débil idea de

justicia: en ellos la fuerza es la razón suprema, es la que dirime los conflictos.

11 A los muy justificados terrores que turban su vida, los salvajes agregan otros puramente imaginarios que les quitan todo reposo. Su rudimentaria observación no les permite descubrir las leyes de los fenómenos; no pueden saber que el agua del charco desecado se ha convertido en vapor: ven allí un sortilegio.

Una nube es un sér que ora se oculta ora aparece. Prestan una existencia personal al viento; el eco es la voz de un ser maligno e invisible.

Creen en la realidad de los ensueños. El espíritu, que conciben como material, puede viajar, ver extraños países, luchar durante el sueño. La muerte, incomprendible para ellos no es más que un largo sueño: el espíritu el «*doble yo*» ausente, volverá: por eso ponen alimentos cerca del cuerpo. Esos espíritus: demonios, aparecidos, no sólo pueblan las cavernas, las montañas, los lagos, los bosques y los zarzales: sino que invaden también los lugares habitados. Un vago terror, semejante al que experimenta el supersticioso al pasar por la noche ante un cementerio, es el estado de ánimo habitual de esos desdichados ignorantes.

Grande es, como se ve, la miseria de los actuales salvajes: miseria física, intelectual y moral.

MISERIA DE LOS HOMBRES PREHISTORICOS

12 La suerte de los salvajes actuales es digna de piedad: y sin embargo han heredado el progreso de los millones de hombres que los han precedido. Tienen aparejos de pesca; tienen arcos y flechas; tienen chozas que, bien o mal los abrigan; tienen animales domésticos; tienen un lenguaje y una multitud de conocimientos preciosos sobre las propiedades de muchos objetos: arcilla, mimbre etc. Tienen idea de las estaciones y alguna previsión; han sufrido, en fin, una fuerte disciplina que ha comprimido sus instintos de ferocidad y sólo les permite, para satisfacer esos instintos, la guerra, por lo demás frecuente con las otras tribus.

Pero si nos remontamos a tiempos lejanos, mucho más lejanos que los seis mil años de la civilización egipcia, más lejanos que las épocas históricas, muchos cientos de siglos más atrás, hasta la *edad de piedra* ¡qué antepasados hallamos para ellos y nosotros! Sus esqueletos, con el cráneo ba

jo y las mandíbulas enormes, participan más del animal que del hombre razonable. Sin duda, después de muchos siglos, los más inteligentes hallaron y perfeccionaron el modo de servirse del puño primera arma y primer instrumento humano: instrumento tan imperfecto, que ni servía para despojar los animales de su piel; lo que nos obliga a pensar que esos pobres seres iban desnudos como los fueguinos y los indígenas de los bosques del Brasil!

13 ¡Qué miseria la de ellos! ¡Y qué terribles enemigos les amenazaban: reptiles, elefantes, rinocerontes, innumerables lobos, osos, y sobre todo el *macairodo*, más terrible que los tigres por sus dientes caninos, filosos como hojas de puñales!

¡Cuántas veces, faltos de armas y obligados a emboscarse, habrán sufrido las torturas del hambre! Mientras nosotros dormimos en nuestros tibios lechos, los mineros trabajan en extraer carbón para la estufa; los mecánicos conducen los trenes que traen alimento y vestidos; mil navíos cargados de cacao, de café, de azúcar, surcan los mares. Para nosotros trabaja el mundo entero. Imaginad por oposición lo que podían ser, para nuestros antepasados, las largas noches de invierno en el fondo de las cavernas. Y en el exterior los rugidos de las fieras, las emboscadas de los hombres, más terribles aún que los animales, todo un mundo enemigo, y, en todas partes, inmensas e inestricables selvas y pantanos y lo desconocido.

Sólo para buscar su alimento abandonaban sus cavernas y el peligro de muerte, que en todas partes los rodeaba, hacía de ellos unos brutos violentos y feroces.

Menos inteligentes y más ignorantes que los más miserables de los salvajes actuales, su existencia era apenas superior a la de las bestias feroces.

LA COOPERACION.—SU IMPORTANCIA CAPITAL

14 La cooperación ha sacado al hombre de la animalidad.—El animal, como el hombre, posee la sensibilidad y la inteligencia; pero los hombres han alcanzado una superioridad decisiva: han podido cooperar y el hecho de poner en común sus descubrimientos ha acrescentado prodigiosamente la sagacidad de cada uno.

La vida en sociedad ha permitido el desarrollo de los sentimientos de bondad y de justicia. Por el contrario los animales, exceptuadas las hormigas y las abejas cuya inteli-

gencia es limitada, viven aisladas, los perros salvajes no son probablemente mucho más inteligentes ni mucho mejores que los perros contemporáneos de los hombre de la edad de piedra

Es que en cada generación las observaciones de los perros más perspicaces quedan perdidas para la raza: la educación que pueden dar los más viejos, queda limitada a algunos actos simples, a algunas habilidades destinadas a asegurar mejor la defensa o el alimento. Cada perro vuelve más o menos a comenzar la vida por su propia cuenta. La experiencia del perro galo, egipcio, griego, romano, la del perro de los siglos XVII y XVIII aprovecha en muy pequeña parte al recién venido, y solamente en la medida en que un cerebro más rico se trasmite por herencia. Los descubrimientos precisos de los perros más observadores se extinguen con ellos: la cooperación entre individuos de una misma generación es débil, es casi nula entre las generaciones sucesivas.

Sin duda, la raza humana, fragmentada en pequeñas agrupaciones hostiles las unas a las otras, separadas por selvas inmensas, quedó durante centenares de siglos en semejante estado de aislamiento; pero poco a poco, comenzó en esas pequeñas sociedades una colaboración elemental. A pesar de su hostilidad, las tribus cooperaron sin quererlo, pues que las unas debían aprovechar los descubrimientos de las otras. El común progreso comenzó por la invención y el perfeccionamiento de los aparejos de pescar, de las armas, de los vestidos, de las habitaciones.

Los progresos adquiridos por las generaciones anteriores se transmitían por la tradición y por el uso de los objetos inventados. Por otra parte se desarrollaba en el interior de esas pequeñas sociedades mayor calma reflexiva, mayor perseverancia y también mayor simpatía.

15. Pasemos ahora por encima de algunos millares de siglos. Inmensas eran ya las riquezas materiales, intelectuales y morales adquiridas, cuando vino a dar a la cooperación humana una extensión prodigiosa, la invención de la escritura, la cual permitió a los espíritus utilizar los progresos realizados en las naciones más diversas y aprovechar el saber de los antepasados. La potencia de los pensadores recibía así un acrecentamiento inaudito.

16. Hoy día los investigadores del mundo entero colaboran: son como los obreros de un inmenso taller que tuviera

por bóveda el cielo de ambos hemisferios. Reunid vuestros libros para medir los beneficios de esa universal cooperación. Pensad en los esfuerzos, en las investigaciones, en las invenciones de los millares de pensadores, de industriales, de obreros, que han hecho posible el uso del papel abaratándolo; que han imaginado y perfeccionado la escritura y después la imprenta. ¿Cuántos millones de personas han contribuido poco a poco a formar el lenguaje y llevarlo luego a un alto grado de perfección y de precisión? Imaginad la prodigiosa cantidad de sabios, de investigadores, que han removido el suelo y las ruinas, y han hallado de nuevo las monedas, las alhajas, las armas, las industrias, las tumbas de los tiempos pasados. Ese paciente trabajo ha permitido a los historiadores reconstituir la historia de los pueblos muertos! Calculad el trabajo y las veladas de los millares de eruditos, de arqueólogos, de paleógrafos, de lingüistas, que han palidecido sobre los documentos encontrados y que han escrito vuestros libros de historia! ¡Qué suma de esfuerzos, de sufrimientos, de audacia representa un mapa mundi!

Yo quisiera que nadie pudiese jamás contemplar un mapa geográfico sin pensar en las carabelas de Cristóbal Colón y en su energía, sin recordar a Nansen y a tantos otros exploradores perdidos en los hielos polares, a Livingstone, a los innumerables sabios que han sufrido o que han muerto en Asia, en Africa, para aportar su cooperación a la ciencia.

¡Avaludad aún qué suma de trabajo representan la invención y el perfeccionamiento del cálculo, de la geometría, de las ciencias!

¡Cuánta paciencia! ¡Cuántas legítimas indignaciones! ¡Cuántos sufrimientos! ¡Cuánto valor, sacrificios y sangre representan las pocas páginas de un manual de enseñanza cívica! Allí están escritas la dignidad, la seguridad, las libertades arrancadas a sus opresores por los campesinos, por los obreros, y por todos nuestros antepasados, los hijos del pueblo!

Con respetuosa emoción abramos los humildes libros del estudiante, que encierran tanto valor humano, tan largos trabajos soportados con paciencia, tantos esfuerzos del más humilde como del más ilustre. Sí; cada uno de esos libros es una prueba visible, concreta, de la cooperación solidaria de todos los hombres y de todas las generaciones. Co-

nocidos o ignorados, los muertos son amigos que nos han amado, que trabajan con el niño, cuando estudia inclinado sobre sus libros. Todos han contribuido con su trabajo, sus perseverantes esfuerzos y sus sufrimientos, a hacer más feliz, más intensa nuestra vida; más poderosa, más elevada y más amplia nuestra inteligencia; más completa nuestra libertad; más respetada nuestra dignidad: son los muertos, que antes se miraban con temor, son ellos nuestros bienhechores, nuestros protectores, nuestros amigos.

Penetrémonos bien, pues, de esta verdad dominante: que a la cooperación solidaria de los hombres debemos que nuestra vida sea más completa, más intensa, más feliz.

17. No nos dejemos nunca desalentar por los desanimados que pretenden que el esfuerzo es inútil!

Era un niño el pequeño Potter, cuando, deseoso de jugar a las bolitas, ideó la excéntrica de la máquina de vapor. Niños fueron los que, jugando, encontraron el principio del telescopio. Los sabios griegos que, hace dos mil años estudiaron las secciones cónicas, permitieron a Copérnico calcular los verdaderos movimientos de los astros; y sin el trabajo de esos antiguos, Cristóbal Colón no habría podido orientarse en plena mar, y la América no hubiera sido descubierta, sino largo tiempo después.

A cada instante alguien perfecciona un instrumento, un oficio, un cultivo; y marchando de un pequeño perfeccionamiento a otro pequeño perfeccionamiento, se llega a resultados cuya inmensidad sólo podemos medir, arrojando una mirada sobre el miserable estado de los hombres de la edad de piedra.

18. Pero sobre todo son los sabios, las inteligencias serenas y reflexivas, quienes con sus descubrimientos han libertado a nuestra raza de la opresión de las fuerzas materiales; quienes le han enseñado a dominar sus instintos de violencia; quienes han fundado sociedades y las han civilizado; quienes han hecho posible la seguridad y, como su consecuencia, una cooperación más extensa y delicada entre investigadores numerosos. Hoy en día el hallazgo hecho por uno es muy pronto conocido por todos, y esa tensión de millares de espíritus activos aumenta con rapidez el número de los descubrimientos.

19. Más rápido hubiera sido el progreso, si la alabanza pública hubiese sido reservada para los más inteligentes

y para aquellos que preparaban un mejor porvenir; para los intelectuales, para los espíritus tranquilos, para los pensadores. Desgraciadamente los hombres, herederos de razas miserables, en lucha siempre entre sí y con los animales, han continuado colocando en primera fila a los hombres lo menos humanos, que perpetuaban el tipo de los antepasados impulsivos y violentos.

La admiración ha sido para los Atilas, los Alejandros, los Napoleones; para los guerreros que han retardado el progreso. La historia no es más que la glorificación de los impulsivos que obstaculizan la civilización, en cuanto de ellos depende.

La opinión, aún vulgar, aprueba a los violentos y a los ruidosos; y la violencia de los demás despierta tan fácilmente los gérmenes de violencia, que están en nosotros, que sólo con un esfuerzo resistimos el ejemplo.

20. Otro obstáculo al progreso fue una mal comprendida solidaridad. Un rasgo dominante en el hombre primitivo es su ausencia de imaginación (§ 9): ese rasgo subsiste todavía en muchos hombres hoy en día. Admitir una idea nueva es cosa penosa. Las creencias, endurecidas como el yeso en sus moldes, se vuelven duras como la piedra: el razonamiento no puede atacarlas. Desde luego ya no se busca la verdad, sólo se trata de legitimar la creencia. El orgullo interviene y los innovadores son considerados cual enemigos de la sociedad: la mayoría, cual rebaño dócil, sigue sin comprender. En todo tiempo han sido despreciados y perseguidos los herejes, los disidentes, los meditativos, los libres pensadores.

Pues bien; a esos perseguidos deben los hombres la mayoría de los progresos científicos, religiosos, morales y sociales. Si en vez de encontrar sólo odios y persecución, los verdaderos promotores del progreso hubiesen sido alentados, la humanidad estaría más adelantada de lo que lo está.

Profesemos, pues, un respeto profundo por todo pensamiento serio y madurado, por desagradable que ello sea a nuestra pereza: impedir a un pensador sincero y reposado el hablar o el escribir, importa convertirse en enemigo del progreso humano.

Nos queda dar un vistazo a las grandes conquistas de la cooperación solidaria de los hombres y de las generaciones sucesivas.

LAS GRANDES CONQUISTAS DE LA COOPERACION HUMANA

El hombre por ella se libra de la opresión del mundo material —21. Hemos comparado nuestra suerte a la de los salvajes actuales y a la de los hombres prehistóricos.

¡Qué elevada dignidad hemos conquistado! ¡Cómo nos hemos librado de una humillante y dura sujeción a las fuerzas materiales. No podemos ni aún imaginar el terror en que vivían día y noche nuestros antepasados. Hoy luchamos con eficacia contra el frío, el viento, la nieve y la lluvia. La ciencia nos da casi plenos poderes sobre la naturaleza, cuyas leyes, duramente opresivas para los ignorantes, son para nosotros libertadoras.

Los progresos se multiplican en la actualidad. Por primera vez en 1829 el hombre alcanzó una velocidad mayor que la del caballo; hoy día en obscuras noches vamos sólo en algunas horas de París a Marsella!

En 1836 se descubre el Telégrafo; en 1876 el Teléfono; en 1898 el Telégrafo sin hilos; en 1896 se creó la locomotora eléctrica. ¡Cómo ha disminuido nuestra sujeción al espacio!

Ya no más húmedas y frías chozas llenas de humo: la luz penetra a raudales en las habitaciones, merced al descubrimiento del vidrio, y la noche no nos oprime ya, pues sabemos producir una hermosa claridad. Las enfermedades y aún la muerte retroceden. Hace treinta años se osaba apenas tentar insignificantes operaciones quirúrgicas; hoy se hacen terribles resecciones sin dolor y casi sin peligro. Podemos prever que muy pronto desaparecerán la supuración, la tuberculosis, la fiebre tifoidea, como tienden a desaparecer la viruela, la difteria, la rabia. Solo existirán las enfermedades merecidas por la intemperancia o el olvido de las leyes de la higiene.

En el alimento mismo ¡qué de progresos, de los que no se dan cuenta los campesinos! «*Las plantas, que sirven para la alimentación de los hombres, han sido en su mayor parte si no creadas, por lo menos totalmente modificadas, gracias al cultivo y a la labor de centenares de generaciones, que hasta ahora los botánicos no han podido aún encontrar de ellas los tipos originarios. El trigo, el maíz, la lenteja, el haba, no han sido descubiertas en ninguna*

parte como plantas espontáneas. Aún las especies que se encuentran en estado silvestre son singularmente diferentes de sus congéneres cultivados. Entre el agraz de la viña salvaje y nuestros racimos de uvas; entre las legumbres o los suculentos frutos de nuestras huertas y las coriáceas raíces o las ásperas bayas, algunas veces venenosas, de las variedades silvestres, es tal la diferencia, que bien pueden considerarse esos frutos o esas legumbres como productos artificiales; es decir, como *verdaderas creaciones* de la industria humana.»

¡Qué inmenso camino recorrido desde el simple uso de las manos del hombre prehistórico! ¡Cuántas conquistas hechas por la cooperación, desde hace dos siglos solamente! No podemos evitar un sentimiento de orgullo cuando pensamos en las promesas que encierra tan débil comienzo: ¡qué ilimitada libertad, prepara el trabajo común para nuestros descendientes!

El hombre se libra de los «aparecidos».—22. Para persuadirnos de la animalidad de nuestros lejanos antepasados, basta contemplar la frente baja y estrecha y la enorme mandíbula que presentan sus esqueletos. A juzgar por los salvajes actuales, aquellos tenían una sensibilidad rudimentaria, y eran por consiguiente crueles. No saltan de su apatía sino por accesos de furor sanguinario: ningún respeto tenían de la vida humana, ningún sentimiento de justicia. (§ 10 y 13)

Incapaces de un trabajo perseverante, estaban como «empotrados en el presente». Cada cual *vivía como si estuviese solo en el mundo*, sin molestarse para nadie. La violencia de los instintos era extraordinaria, y casi nulo el poder de las ideas. Le era imposible a uno de esos hombres contar *consigo mismo* para el porvenir; le era imposible *prometer*; nadie podía *contar* con él; estaba por completo a merced de las pasiones momentáneas y no podía ser *responsable*, ni ante sí, ni ante los demás. La responsabilidad supone el dominio de sí, la garantía personal; la seguridad que se tiene de poder dominar la cólera, la sensualidad, la pereza; para lo cual es necesario poseer una voluntad dueña de sí misma a despecho de los sucesos exteriores e interiores.

Felizmente, los individuos aislados, demasiado huraños e incapaces de disciplina, fueron vencidos por los gru-

pos capaces de una acción concertada. Durante los inmensos períodos prehistóricos se entabló una lucha sin tregua entre las tribus: la victoria fué de las más disciplinadas; y cuando se concertaron los grupos, una horrible servidumbre se impuso para domar a los brutos «explosivos», sujetos a cualquier crisis de cólera y para dar consistencia a los incoherentes sobre quienes nadie podía contar. Los castigos sangrientos, los tormentos infligidos por los jefes, el terror a los espíritus de los jefes muertos y la creencia de que la falta de uno solo exponía a la tribu entera a represalias sin piedad, refrenaron poco a poco las explosiones de sensualidad y de cólera y desarrollaron en los individuos el poder de la voluntad; siglos de terribles castigos grabaron en la memoria «cinco o seis *no lo quiero*» y formaron hombres capaces de promesas; en fin, hombres sobre cuya palabra y conducta se podía contar, hombres responsables, hombres conscientes.

Fueron necesarios millones de años para formar a tales hombres: pero no todos han sido modificados, nuestros criminales reproducen los rasgos característicos de nuestros antepasados de la edad de piedra y el horror que nos inspiran prueban cuáles progresos ha realizado la mayoría de la raza.

23. El temor que siempre se ha tenido a los injustos, a los violentos, a los ávidos, a los sensuales, y a las almas de los malhechores después de muertos, ha dado lugar a la creencia en los aparecidos, creencia difundida todavía entre las poblaciones muy ignorantes. El temor a los aparecidos es la forma pueril de una verdad profunda: es cierto que reviven los antepasados difuntos, pero no en el exterior, sino en lo más profundo de nosotros mismos. Conservamos, en nuestros instintos y en nuestros sentimientos; ese lamentable legado de violencia, de crueldad, de pereza, de sensualidad que forma en nosotros lo que se ha llamado la *bestia humana*.

Son *aparecidos* los odios que dividen a las familias y la ciudad; *aparecidos*, el orgullo que nos separa en castas; *aparecidos*, nuestras injusticias, nuestros abusos de poder, nuestra irreflexión, nuestra precipitación en obrar; *aparecidos*, nuestra incoherencia, nuestra inconstancia, nuestra incapacidad de mantener la palabra dada y los compromisos. Sí, *aparecidos*; pues son nuestros antepa-

sados irascibles, impulsivos, sin voluntad directriz los que dictan la ley dentro de nosotros mismos; humilladora e inquietante herencia, que constituye verdaderamente nuestra mancha original.

24. Lenta es nuestra liberación de ese legado ancestral, pero, nuestra dignidad consiste en independizarnos de esos groseros y tumultuosos impulsos. A nosotros nos toca disciplinar, organizar y someter a nuestra voluntad esas fuerzas anárquicas; y en hacer de ellas potencias dóciles y aliadas consiste nuestra tarea esencial. Sepamos llevar nuestra sensualidad, nuestro orgullo, nuestra violencia a prestar su energía a las ideas razonables; sepamos transformar la sensualidad en sentimiento de amor conyugal y en afectos de familia; nuestro orgullo, en dignidad humana; nuestra violencia, en trabajo vigoroso y en luchas contra la injusticia; sepamos contener el torrente de nuestra impulsión y de nuestra impaciencia para transformarlos en valor, en iniciativa reflexiva, y nuestra credulidad en convicciones seriamente elaboradas.

Es por medio de una paciente educación de nosotros mismos y mediante alianzas entre nuestros sentimientos inferiores e ideas superiores, como transformaremos esas salvajes potencias en fuerzas sumisas; como transformaremos esos indómitos animales en animales domésticos.

Los que no educan lenta y pacientemente sus instintos no serán jamás personas; permanecen siendo una avarquía de inclinaciones donde cada cual manda; ninguna fe en sí pueden tener; jamás están seguros de mantener la promesa hecha. Su vida es incoherente: les falta unidad; dentro de ellos se efectúa una sabática danza de *aparecidos*.

Pobres seres dignos de compasión, que hacen lo que no quisieron hacer, y no hacen lo que quisieran, y son con justo motivo despreciados, porque no inspiran confianza ni respeto. Maridos que engañan a su esposa; esposas que engañan a su marido; obreros que hacen mal su trabajo; discípulos incapaces de trabajar; haraganes, envidiosos y falsos; pobres, sí, pobres seres arrastrados por sus *aparecidos*; débiles sin voluntad, residuos sociales, mercedores más de lástima que de censura!

El hombre conquista la libertad de pensar.—25. La más vigorosa encina solo se nutre de los elementos que toma al medio donde el azar hizo que germinase la bellota: del

mismo modo el espíritu para crecer asimila las sensaciones, los sentimientos, las ideas. Si la suerte aisla a un niño en un medio de ignorancia, de mezquinos prejuicios, de embrutecedoras supersticiones, de miserables apetitos, su inteligencia se atrofiará.

Pero si, en su aldea perdida en la montaña, puede vivir la intimidad de los fundadores de religiones como Cristo o Lutero; de sabios como Claudio Bernard, Darwin o Pasteur; de poetas como Homero, Horacio, Corneille y Víctor Hugo; de filósofos como Platón, Descartes, Kant, Heriberto Spencer, Stuart Mill; hélo ya independizado de la estrechez del ambiente.

La meditación de los más nobles, de los más audaces pensadores de todos los tiempos y de todos los países, liberta la conciencia: permite a la inteligencia respirar fuera del aire confinado y viciado por los prejuicios, por las creencias tradicionales, por los temores sin fundamento, y beneficia de los esfuerzos, de la experiencia, de los descubrimientos del mundo entero (§ 62 y 115).

26. Al fundar la instrucción laica, gratuita y obligatoria, la República Francesa, concedió a los trabajadores y a los campesinos, como don una inmensa libertad. Ella quiso que el hijo del obrero más pobre pudiese formar su pensamiento en el comercio intelectual de los hombres más puros y generosos. La libertad de pensar no tiene otro límite que el de la energía que busca la verdad; por eso es cada día mayor el número de aquellos que no reconocen otra soberanía que la de las leyes de la Razón.

EL HOMBRE CONQUISTA LA LIBERTAD POLITICA

27. La Revolución Francesa fué un admirable esfuerzo para independizar todas las energías de la opresión, que las clases privilegiadas y corrompidas, traicionando su deber, hacían pesar sobre el conjunto de la nación.

La igualdad de los ciudadanos ante la ley sólo trae ventajas para los inteligentes, los enérgicos, los honestos. Los verdaderos inteligentes son hoy aquellos que saben cooperar y trabajar, no como solitarios, sino como asociados.

Asistimos a la formación de los sindicatos profesionales y de las sociedades cooperativas, nueva etapa en la conquista de una libertad que no puede alcanzar el hombre aislado, a merced siempre de los poderosos.

Poseemos, por lo demás, una piedra de toque que no engaña nunca, para juzgar los movimientos sociales, las instituciones, las leyes: cuando el resultado es un acrecentamiento de libertad y de dignidad para el ciudadano, entonces podemos aceptarlo.

La República trabaja mucho en el sentido de independizar más y más completamente la personalidad humana.

Bastaría comparar la suerte de la mujer en Oriente, con la de las mujeres y las madres francesas para apreciar el camino recorrido solamente en Francia. En Asia, la mujer no tiene ni libertad, ni dignidad: como entre los antiguos, ella es sólo la primera de las esclavas. Entre nosotros por el contrario, ella ha conquistado la independencia. La instrucción primaria le permite librarse de la tiranía de los prejuicios del medio ambiente; de día en día adquiere más libertad; ayer una ley le permitió la libre disposición de sus economías; mañana será legalmente tan libre como el hombre.

28. El niño también ha ganado en dignidad: comparemos la suerte de los niños romanos, desprovistos de todo derecho, de cuya vida podía disponer libremente el padre, con la del niño de hoy, cuya vida es tan sagrada como la del adulto, y a quien el padre debe una educación proporcionada a sus medios de fortuna. A sus maestros queda prohibido golpearlos; es decir el tratarlos como a seres desprovistos de razón. Estamos convencidos de que ahora les es debida una enseñanza libertadora; creemos que nadie tiene derecho de hacer presión sobre su conciencia y su pensamiento; que el niño tiene derecho a una educación que lo haga hombre capaz de observar, de reflexionar, de pesar el pro y el contra, y adquirir un espíritu científico; es decir, resuelto a investigar la verdad con conciencia y lealtad, y a no resistir nunca el examen de las razones de aquellos que piensan de distinta manera.

29. Mucho queda aún por hacerse para que la libertad sea completa, porque ella encuentra como obstáculo los «aparecidos» (§ 33): el perezoso encuentra cómodo explotar la ignorancia del débil; el orgulloso es intolerante para quien de él depende: el ávido mata a fuerza de trabajo a la mujer y al niño. La ley no llega a alcanzar los mil abusos de poder que se cometen a diario, y quedará impotente en tanto no esté sostenida por una opinión pú-

blica enérgicamente hostil a todo lo que constituya un atentado a la libertad de tercero.

30. Pero podemos preveer que, mediante el trabajo continuado de las generaciones, que vendrán siglos después de que hayamos muerto, sucederá a la nuestra una Humanidad tan superior a las sociedades del siglo XX, como lo somos nosotros a los salvajes antepasados de las épocas lejanas.

LA LIBERTAD.—VERDADERA NATURALEZA DE LA LIBERTAD

31. Inflexibles son las leyes de la naturaleza. Pero la ciencia nos permite hallar en ellas leyes amigas una protección contra las fuerzas adversas. ¿Acaso los hermanos Montgolfier no supieron emplear las leyes mismas de la gravitación para impulsar su aeróstato hasta el cielo? ¿Acaso Pasteur no volvió contra la rabia, la rabia misma?

Estamos en la situación del arquitecto, que con habilidad hace servir la pesantez misma para sostener en el aire la bóveda que construye; no trata de engañar sobre el peso de los materiales, cosa que por lo demás sería inútil; pero se arregla de tal modo que la presión se efectúe allí donde puede oponerle una resistencia victoriosa. Es así como por el conocimiento de las leyes de la naturaleza nos vamos libertando. Imposible es eludir las inflexibles leyes según las cuales se asocian las ideas: pero para quien las conoce ellas se convierten en dóciles esclavas.

Sí, por ejemplo, en el hervor de las pasiones hacemos un esfuerzo por fijar nuestra atención obstinadamente sobre ideas tranquilas y razonables que se impongan a nuestro extravío, las leyes de la asociación de las ideas crearán en nosotros mismos un poderoso partido apoyado por la Razón.

Por lo tanto, la inflexibilidad de las leyes de la naturaleza no aporta ningún obstáculo a la libertad: es por el contrario: condición de ellas. Basta para ser libre servirse de esas leyes con inteligencia: saber es poder.

32. Pero esas leyes son las leyes mismas de la Razón, pues en nosotros y fuera de nosotros, todo queda sometido a las leyes de contradicción y de causalidad que son las leyes esenciales de la Razón.

Si una cosa pudiera ser lo que es y al propio tiempo ser su contraria; si el lugar de un fenómeno en el espacio y en el tiempo no estuviese determinado *necesariamente* por los fenómenos que lo preceden o lo acompañan, estaríamos en un caos absoluto. Si una línea fuese a la vez recta y curva; si a los demás caracteres del agua no estuviesen ligadas *necesariamente* las propiedades de mojar, de extinguir el fuego, de hervir a cien grados; si el agua ora se inflamara sobre el fuego, ora se congelara, no habría posibilidad de ninguna percepción, no habría ciencia; quedaría abolida la vida más elemental que implica *permanencia en las propiedades de las cosas*: sería la noche de la inteligencia; sería la muerte de todo ser vivo; sería la nada.

33. La nada, es decir, una hipótesis absurda. Pues que es absolutamente imposible concebir que las leyes de la Razón sean abolidas; sólo podemos concebirlas como *eternas*.

Esas leyes eternas de la Razón son la condición de nuestra libertad. *Ser libre es someterse sólo a las leyes eternas de la Razón*, pero es también reconocer que debemos obedecer dócilmente a esas leyes: obedecer a la Razón, no obedecer más que a ella, eso es ser libre.

34. En este punto los hombres religiosos dan un paso más. No basta obedecer, dicen; sino que es necesario obedecer como un niño juicioso obedece a su padre, con amor filial.

¿Por qué?

Henos aquí al borde del «Desconocido Océano para el cual no poseemos barco ni vela». Estamos en presencia de esa «Potencia Incognoscible», de la cual todo ignoramos, excepto esta pequeña prisión, en que nos hallamos alojados; es decir, el Universo

Creemos que esta Potencia enorme tiende hacia una Razón cada vez más clara y que trabaja por la soberanía del espíritu en el mundo.

Es legítimo creerlo: nada nos autoriza a pensar que el Poder, que durante millones de siglos se ha esforzado en desarrollar una Razón cada vez más alta, terminará súbitamente en una nada, por lo demás inconcebible. «El hombre—dice Nietzsche—lleno de entusiasmo a la vista de los prodigiosos progresos realizados por la raza humana

desde su pasado animal, el hombre es el más feliz, el más inesperado y el más apasionante de los éxitos de ese Poder Incognoscible, que unos llaman Dios, otros Azar y otros Naturaleza». Y agrega: «El hombre despierta en su favor el interés, la expectativa ansiosa, la esperanza, la certidumbre casi como si por él algo se anunciara, se preparase; como si el hombre no fuese un fin, solamente una etapa, un incidente, una transición, una gran promesa....»

35. La creencia en la orientación razonable de la Potencia Desconocida, da una amplitud grandiosa a nuestros sentimientos y a nuestra esperanza, si de corazón la aceptamos. Cuando hagamos esfuerzos por realizar una vida más intensa y más noble, tendremos conciencia de colaborar, no solamente con los más sabios y los mejores entre los hombres, sino también con el Universo.

«Sentiremos» que, cuando obramos bien, esa Potencia *apoya* nuestra acción exactamente como, cuando el leñador da un hachazo, colaboran con él la atracción terrestre y las leyes de la gravitación universal.

Esta creencia es un acto de fé: tiene en su favor las razones poderosas que hemos expresado y nuestra necesidad de confianza en la vida; pero no puede ser demostrada como se demuestra un teorema.

Es imposible negarse a hacerse este acto de fé, o a hacer un acto de fé contrario y menos razonable; pues cada una de nuestras iniciativas afirma la vida como irrazonable o como razonable. Obrar bien es establecer que la razón es el fondo de las cosas. Obrar mal es establecer lo contrario. Toda acción importante, moral o inmoral, es la adopción de una u otra creencia; nadie puede abstenerse de escoger: tal libertad no existe, ni aún rehusándose a obrar y quedar inactivo; pues, al quedar inactivo, uno escoge.

Escojamos pues la creencia más probable, la única que tenga de su lado la razón, la única que dé su precio a la vida: creamos en la orientación razonable de la Potencia Desconocida.

36. Esta esperanza constituye el fondo de las religiones superiores y es para muchos una fuente de consuelos; pues, si el destino nos azota injustamente, nada puede destruir nuestra íntima confianza en la bondad y la nobleza de la vida consciente.

A esta concepción se opone la teoría escéptica del mundo.

A aquellos que consideran la conciencia y el pensamiento como un mal, les pediremos una prueba de su sinceridad. (§ 4). Y a aquellos para quienes aparece sin valor alguno la gran conquista de la libertad humana ¿qué darles por respuesta, sino evocar el recuerdo de un Marco Aurelio, de un San Vicente de Paul, de un Spinoza, de un Fenelón, de un Tolstoi; y luego, con un salto retrospectivo, ir con la imaginación a vivir entre los brutos humanos de la época cuaternaria? Quienes no queden impresionados y convencidos por tal contraste, no podrán ser convencidos por razón alguna.

37. Los que sólo viven de groseros goces; los que parecen negar, con su conducta, la dignidad del pensamiento, esos son seres débiles, cuya opinión no puede contar y para quienes son penosos los esfuerzos necesarios a la conquista de una vida inteligente y buena. Preferimos ser «un Sócrates descontento que un cerdo satisfecho».

El horror que experimentamos por el borracho que, falto de voluntad, parece preferir una vida de bruto a la vida consciente, prueba nuestra profunda fé en la dignidad de la vida humana. En el pensamiento está toda nuestra dignidad.

«Dediquémonos a pensar bien, porque ese es el principio de la moral».

EL DEBER SOCIAL ¡ELIGE!

La ley suprema.—38. Sin el trabajo solidario de las generaciones sucesivas, y de los hombres que viven en nuestro tiempo, sería desconsoladora nuestra miseria física, intelectual y moral.

Si me hubiesen abandonado, siendo aún pequeño, en alguna isla desierta, sería hoy más débil y más ignorante que los animales.

Nuestra deuda de gratitud para con la Humanidad es tan grande que jamás podremos pagarla: somos insolventes.

Esta deuda, por causa de nuestra evidente imposibilidad de saldarla, sólo nos pide *buena voluntad*. Por lo demás, tan fecunda es la vida en sociedad que, cuando trabajamos en pro de nuestra propia libertad, energía, inteligencia y

felicidad, contribuimos a dar la libertad a todo el mundo en torno nuestro. Imposible es trabajar solamente para sí...

Por eso, además de nuestros deberes para con nosotros mismos, una sola obligación se impone imperativamente: la de aceptar la condición que hace posible la cooperación solidaria de los hombres en sociedad.

Si no aceptamos de todo corazón esta condición esencial, contribuimos en la medida de nuestros medios a que los hombres regresen al estado de miseria y brutalidad primitivas: nos hacemos enemigos de la cooperación social.

TODO PENSAMIENTO, TODA PALABRA, TODO ACTO CONTRARIO A LA LEY DE COOPERACIÓN SOLIDARIA, IMPLICA UNA CREENCIA INDIGNA a saber, que el estado de animalidad, vale más que la inteligencia y la bondad.

¿Cuál es, pues, esa condición necesaria o esta ley de la cooperación humana, cuya negación hace del hombre un bruto?

Es la *ley de justicia*.

Esta ley puede enunciarse así: «**CUANDO DOS O MAS HOMBRES SE HALLAN EN PRESENCIA DEBEN REGIR SUS RELACIONES POR EL MUTUO RESPETO**».

Quien viola esta ley igual y recíproca del mutuo respeto destruye, en cuanto lo que puede, la concordia. Tiende a substituir a la cooperación humana la ley bestial de la *lucha por la vida*

La línea divisoria.—39. Detengámonos sobre este punto. Estamos sobre una línea de vertientes.

En un país montuoso, los arroyos corren por breve tiempo sobre una altiplanicie. ¿Se deslizarán luego a la izquierda o a la derecha? Esto dependerá de muy poco; de un guijarro, de un terrón, de menos aún; y ese pequeño obstáculo opuesto a su curso hará que esos arroyos desagüen en el mar o vayan a aumentar las aguas del algún río. Tal sucede aquí: es la línea de división de las voluntades y de los destinos: de un lado la humanidad, un hermoso porvenir de grandeza, de unión fraternal con los hombres más nobles y más puros;—del otro, la vida animal o la herencia de barbarie ancestral, la comunidad con los violentos y los criminales. Sus pensamientos, sus palabras, sus actos, se inclinan a una u otra vertiente: a tí te toca juzgar de qué lado quieres ir. A tí, fija tu destino.

Pero antes de escoger observa bien las dos vertientes

y decide con conocimiento de causa. Si no aceptas de todo corazón la obligación de respetar la personalidad ajena, de ser justo, date buena cuenta de lo que haces: pues por tu voluntad piensas y sientes como uno de nuestros salvajes antepasados de la edad de la piedra. Optas por la vida en la que cada cual reconoce tan sólo la ley de los impulsos incoherentes y de los apetitos: en la que cada cual abusa cuanto puede de su fuerza: en la que desaparece toda seguridad: en la que la guerra, la astucia y los engaños impiden el desarrollo de la inteligencia y de la civilización.

Adiós los trabajos de largo aliento; sólo queda la explotación del débil por el fuerte y la revancha de aquél por el asesinato, el incendio, el engaño, el fraude, el odio disimulado.

Desde que tú brutalizas o explotas a una mujer, a un niño, a un joven, a uno más débil que tú, revelas un alma perversa. Estás en la misma pendiente que el malhechor; tienes su mismo concepto de la vida; tu acto es una aprobación de sus actos; el sentimiento que te impulsa a obrar justifica y absuelve su crimen.

En todo pensamiento, en toda obra injusta, encontrarás una íntima afinidad con el pensamiento y con la acción de los violentos, de los atormentadores de todo tiempo, de los explotadores de toda clase. Cada vez que acojas la idea de un acto provechoso, pero injusto, apruebas a Nerón quemando a los cristianos: apruebas las exacciones de los feudatarios de la edad media; los horrores de las persecuciones religiosas; los aprisionamientos; sin previo juicio, en la Bastilla; los carceleros de Spielberg torturando a Silvio Pellico; las matanzas de negros en Africa por los mercaderes de esclavos; los horrores de las guerras de conquista, todas las violencias, todas las maldades, todos los horrores.

Esa es la especie a la que tú te enlazas desde que acoges la idea de una injusticia; esos son los sentimientos con que implícitamente simpatizas. Toda explotación del prójimo te incluye en esa raza execrable.

Por el contrario, la resolución sinceramente tomada de rehusarte a admitir siquiera el pensamiento de una injusticia te introduce en la noble y feliz familia de los más puros, de los más justos, de los verdaderamente humar os:

penetras en una región de serena belleza. Esta verdad es independiente de todo dogma, de toda especulación metafísica; es una verdad de hecho, y sobre ella se eleva la moral social, como construida sobre una indestructible base de rocas.

Toda la conducta queda dominada por la elección inicial: marchas con los hombres de quienes la Humanidad se enorgullece, o con los brutos sangrientos. A tí te toca aceptar la ley de paz y de progreso indefinido, o buscar la guerra y los conflictos sin fin A tí realizar la condición que con la seguridad, funda la cooperación social; que asegura a todos una libertad cada vez más elevada; que establece nuestra dignidad de ciudadanos-soberanos en la ciudad de los justos.

De lo contrario, debes afirmar que el hombre tiene por ley suprema la astucia, el odio, la maldad y el crimen.

40. Lo que empaña esta verdad luminosa es que nuestros ojos están turbados por la incoherencia de nuestra conducta. La inteligencia sólo dirige una parte de nuestros actos: nuestros «*aparecidos*» (§ 23) aprovechan todas las debilidades y descuidos de nuestra voluntad para arrastrarnos a los actos del tipo ancestral. A veces nuestras inclinaciones resuelven los negocios sin nuestra intervención; se sublevan contra la razón y obran.

La supervivencia, en nosotros, de la herencia bárbara origina la mayor parte de nuestras faltas. Así como el fuego central sólo está rodeado por una débil costra de tierra, que casi siempre lo detiene: pero que se rompe a veces dando paso a la hirviendo lava, así están detenidas las fuerzas animales por nuestras ideas y por nuestros sentimientos superiores; pero venga una interna tempestad, y esas fuerzas vibrantes se desbordarán en acciones ruines.

Intimidados ante las consecuencias, tratamos de tranquilizarnos a nosotros mismos con razones de mala ley, y ese engaño, que cometemos para con nosotros mismos y al que sólo a medias prestamos crédito, nos impide ver y juzgar nuestra acción.

41. Algo más peligroso todavía que esas justificaciones, intentadas posteriormente a la acción, consiste en que, aun en estado de calma, nuestras pasiones obtienen la complicidad de la inteligencia y se hacen legitimar por ella. No pudiendo avasallar las pasiones al dominio de la

Razón, los hombres «se arreglan para que la razón se amolde a sus inclinaciones». Cada cual se dicta máximas y se crea una moral según su fantasía. «Hay también una moral para los ladrones y los bandidos.....puesto que ellos como los otros se crean una conciencia que aprueba su modo de vivir».

42. En fin, el malhechor mismo no queda sin cumplir alguna buena acción; su habilidad es sorprendente para exagerar ante sus propios ojos el bien que ha hecho y atenuar el mal: de tal suerte que se excusa y se absuelve muy fácilmente, y, cuando considera su propio «línea divisoria de las aguas», llama arroyueloz a los torrentes que se despeñan hacia la animalidad, y ríos a los arroyuelos que van hacia el océano del bien!

43. Así es como uno se engaña a sí mismo (§ 65); así como esa idea tan evidente de la elección entre la brutalidad y la humanidad pierde su nitidez y su eficacia. Numerosos sofismas sirven para impedir a la gente el considerar frente a frente la verdad. Obra indispensable de sinceridad es arrojar luz sobre esas hipocresías.

Si quieres cumplir tu destino de hombre no mientas jamás a tí mismo; no aceptes ningún sofisma que te oculte la fealdad de tus malas acciones; osa mirar de frente la espantosa fecundidad de tus malos actos (§ 184); y, cuando tus inclinaciones, por un instante, te arrastren a la raza infamante, dí a tí mismo con valor, que la elección que haces es una elección infame.

Pero no pierdas la serenidad; pues, como se ha dicho, «conquistarse a sí mismo es como aprender a patinar. Sabes que otros han aprendido: luego, sabes que tú también puedes aprender. Poco importa el número de veces que caigas: vuelve a comenzar siempre, hasta que sepas patinar».

DEBERES PARA CONSIGO MISMO

DEBERES PARA CON EL CUERPO

Conserva intacto tu sistema nervioso.-44. El deber esencial consiste en vivir una vida intensa.

Los seres sin vigor solo pueden arrastrar una vida miserable, una vida de esclavos.

¿Qué es, pues, lo que constituye el vigor? A primera vista los salvajes parecen robustos, soportan largas marchas y son insensibles al dolor; sin embargo son menos valerosos que nuestros exploradores, porque no hay que confundir fuerza física con energía, la cual se manifiesta más bien por prolongados esfuerzos de atención y por animosas iniciativas que por violentos esfuerzos corporales.

Nada valemos si no es por la intensidad y la duración de nuestra energía moral; quien no es capaz de mantener en atención sus esfuerzos perseverantes y coordinados, durante días, meses y años, ese, jamás será contado entre los precursores y los héroes de la humanidad.

Y es el sistema nervioso el que produce la energía.

Luego, es un deber el mantener tan copiosa y tan constante como sea posible esa fuente de energía. El que deja empobrecer su sistema nervioso, comete una falta que expía con sufrimientos sin fin.

La primera condición, necesaria al buen funcionamiento del sistema nervioso, es que esté regado por una sangre pura y rica.

Y siendo la nutrición la que cada día renueva nuestra sangre, nuestro deber consiste en tomar un alimento simple, sano y suficiente.

¿Cómo debe entenderse esto de suficiente? Ningún signo nos advierte cuando hemos excedido la medida!—**Error.**—Existe un signo inefable, que nuestra gula rehusa escuchar. El niño en buena salud siente, cuando ha comido, una renovación de energía. El glotón por el contrario se siente pesado. ¿Por qué?

Porque la digestión impone un trabajo al sistema nervioso. Nuestro estómago y nuestros intestinos son de carne y los jugos atacan sus paredes durante el trabajo de la digestión. Su superficie se reforma, pues, constantemente y esta rápida reconstitución es dirigida por el sistema nervioso y cuesta un gran gasto de energía. Si los alimentos son difíciles de digerir, mal masticados o demasiado abundantes, el trabajo de la digestión es penoso, dura demasiado y gasta más fuerza nerviosa que la que aportan los alimentos digeridos. Esta contabilidad absurda se traduce por somnolencia y pesadez; el espíritu y la voluntad embotados, pierden toda energía y libertad.

No es glotón el niño a quien gusta el azúcar, porque en verdad su organismo lo necesita; ni lo es el aficionado a confites y pasteles; sino solamente el que impone a su aparato digestivo y por consiguiente a su sistema nervioso un exceso de trabajo extenuador. El glotón es el que come demasiado ligero, demasiado a menudo y sin medida. Un hombre cuyas funciones digestivas están intactas y que una hora después de la comida se siente pesado, es un glotón.

La fatiga impuesta cada día al sistema nervioso lo excede, lo desarregla poco a poco; los delicados órganos de la digestión resultan alterados y las enfermedades crónicas desolan muy pronto la existencia. El sistema nervioso agotado, siendo incapaz de dar a los productos de la digestión su elaboración normal, los deja en el estado de ácido úrico, con los que envenenada la sangre produce una depresión de la energía intelectual y moral.

Los que hallan dificultades en el ejercicio de su nutrición no tardan en hallarlas en el de su voluntad.

El sueño permite reparar las pérdidas del sistema nervioso: las largas veladas en cambio lo arruinan rápidamente. El insomnio es el primer síntoma de una gran fatiga. Si los nervios no reposan por medio de un sueño normal se vuelven débiles e irritables: el pensamiento y la voluntad sólo encuentran en ellos indóciles instrumentos, faltos de vigor y precisión. Por otra parte la integridad nerviosa de todo joven, que queda en la cama largas horas después del despertar, corre graves peligros sobre los cuales sería inútil insistir.

Una inmovilidad largo tiempo prolongada, una existencia casera, contribuyen a que la sangre se cargue de elementos que hubiesen sido quemados y eliminados por el ejercicio moderado al aire puro y a la luz del sol. Literalmente, la sangre del perezoso se vuelve espesa.

Es otra condición esencial al buen funcionamiento del sistema nervioso, que la sangre esté bien oxigenada; es necesario airar ampliamente y a menudo las piezas donde se vive; los que por la noche duermen en un cuarto sin aire puro, al despertarse sienten pesada la cabeza. En los cafés, en las tertulias, en los lugares donde mucha gente se reúne sin una ventilación suficiente, se produce un comienzo de asfixia. La mayor parte de los dolores de cabeza que se atribuyen a «desarreglos en las costumbres» y a las largas veladas, sólo tienen por causa la *asfixia* experimentada durante horas en la sala de un teatro, donde la gente y las luces activan la eliminación del oxígeno: nuestra imprevisión y nuestro desprecio por las leyes de la sana respiración sorprenderán a las generaciones venideras, más celosas que nosotros de su propia energía.

¡Agua y jabón!—No es exclusivamente por los pulmones que la sangre se oxigena; una oxigenación muy activa se efectúa por los poros de la piel. La suciedad acumula sobre la epidermis una capa de sudor seco, materias grasas y polvo; esta capa, impermeable al aire, obstruye los poros: todo el trabajo de oxigenación de la sangre debe efectuarse por consiguiente por los pulmones, de donde proviene que se verifica mal porque la acción de éstos resulta recargada con exceso. Los campesinos y los obreros que transpiran en abundancia se enfrían con facilidad; aquellos que no se lavan frecuentemente con agua caliente y jabón, y que por consiguiente fatigan con exceso sus órganos respiratorios, contraen afecciones graves: neumonía, pleuresía., etc.

Es, por consiguiente, muy importante, tener la piel limpia.

Agreguemos otra observación. La transpiración se efectúa por más de dos millones de glándulas que vierten su contenido en la superficie de la piel, gracias a canales innumerables, cuya longitud total llega a quince mil metros. Si esta canalización delicada se llena de grasa,

la transpiración que, aun en invierno es de casi un litro por día se encuentra detenida. La sangre no puede eliminar las impurezas que quedan en el torrente circulatorio, o, si las elimina por los riñones, resulta que éstos tienen un aumento inútil de un trabajo para el cual no están destinados, o sea un recargo y el cansancio consiguiente,

Por otra parte, la transpiración es el regulador de la temperatura del cuerpo: la suspensión o la dificultad de esta importante función puede ocasionar inflamaciones.

Cuidemos, pues, nuestra piel: su funcionamiento regular es muy importante para la conservación de la salud y de la energía nerviosa. Es por ella que envejecemos primero: no dejemos que por falta de cuidados se aje y se marchite.

Es importante desde la infancia adquirir *buenos hábitos* de limpieza. Es necesario que la suciedad se vuelva intolerable; más aun, que se sufra a la idea de que alguna parte del cuerpo no esté limpia.

Bajo pena de comprometer la energía, y además, de tener mal olor, y ser por consiguiente, un objeto de repugnancia para los demás, es necesario tener metódicamente limpio todo el cuerpo.

Tenga tu cabeza una limpieza esmerada: cuántas gracias jóvenes, cuando se les mira el cuero cabelludo, inspiran repugnancia! Limpia tus orejas con gran precaución, para no lesionar el tímpano, y no olvides los repliegues del pabellón ni los surcos disimulados detrás.

Ten los ojos bien limpios siempre, lo que no se obtiene sino con agua tibia hervida (el agua fría les es perjudicial). Aspira con la nariz agua hervida, a fin de lavar sus paredes internas, en donde se abrigan los microbios de la difteria y de la erisipela. Que tus dientes estén irreprochables, labados por la mañana y por la noche, y cepillados con agua tibia. El cuello, las axilas, la ingle, deben ser lavados cada noche antes de acostarse. ¡En fin, se debería sobre todo en verano, lavarse los pies con tohalla todas las noches, a fin de tenerlos tan limpios como las manos.

En cuanto a las manos vigíalas. Muchos objetos las ensucian; pierde, desde luego, la costumbre de tocar tus ojos, tu nariz, tu boca con los dedos y de llevar a ellos polvos perjudiciales. Piensa en los cuidados minuciosos

que toma un cirujano para limpiar y esterilizar sus manos antes de una operación y no envenenes tú mismo, por tus malos hábitos, los líquidos de la nariz, de los ojos, de la boca. Sobre todo si tienes compañeros que sufran de oftalmía, de coriza, de tuberculosis, guárdate de llevar te a la boca sus portaplumas.

Pero el peligro mayor está en las uñas, bajo las cuales se acumulan tantas suciedades: nada es tan repugnante y tan peligroso como un hombre con las uñas negras! Un pequeño rasguño hecho por él puede causar graves inflamaciones.

Guarda siempre presente en la memoria la necesidad del agua caliente y del jabón: millones de microbios dañinos están emboscados en nuestros dientes, en los repliegues de la piel, sobre las mucosas de la nariz, de los ojos, bajo las uñas; este ejército inmundo no espera más que una ocasión para invadir la sangre, y no teme más que un enemigo: el agua pura y el jabón. Por consiguiente, jabón, agua, más agua, siempre agua, y conservaremos intacto nuestro tesoro de energía.

Imaginaos lo que es la falta de jabón! Refugiado en un miserable rincón de la tierra «Francisco José», en donde vivió desde el 28 de agosto de 1895, hasta el 18 de Mayo de 1896, respirando el humo grasiento del aceite de foca, Nansen sufrió mucho por no tener jabón:

«Nuestro deseo de todos los instantes es el de poder cambiar de vestidos y ponernos ropa fresca. Estamos en un estado de suciedad y de privación absolutamente lamentables. Nunca, antes de ahora, había yo comprendido la importancia del jabón en la vida de un hombre. Todas nuestras tentativas para quitarnos lo más grueso de nuestra mugre quedan infructuosas . . . ; una vez hicimos hervir nuestras camisas en la marmita. Después de una ebullición de algunas horas, las retiramos tan grasientas como antes».

El jabón desempeña un papel social: la falta de limpieza es lo que nos separa más; la separación social más seria existe entre las personas aseadas y las desaseadas, y estaseparación será tanto más profunda a medida que los hábitos y las necesidades de limpieza íntima sean más poderosos en las personas aseadas exteriormente.

Un hombre sucio no es solamente un peligro para él, sino que es un peligro público.

Deberes para con los niños.—52. Sería indispensable que todas las jóvenes de doce a catorce años fuesen instruidas en nuestras escuelas acerca de sus futuros deberes de madre. Son absurdos los prejuicios que separan de la educación de las niñas todo aquello que es una alusión al rol principal de la mujer: la maternidad. Es necesario armar nuestras hijas contra los peligros que han de encontrar, y que no podrán vencer sino con una sana educación.

M. Albert Durand escribe: «¡La vida de un niño es frágil durante los dos primeros años: está a merced de una imprudencia, de una torpeza. Hay precauciones que tomar, reglas que seguir, cuidados que dar y que la mujer debe conocer. Es necesario aprender el arte maternal. La mayor parte de los conocimientos que tienen las mujeres sobre estas reglas, sobre esto cuidados, son empíricos: son tradiciones peligrosas. Sin consistir únicamente en remedios de comadres, resultan muchas veces en charlas fútiles. La joven madre se encuentra desprevenida nueve veces sobre diez, y son las vecinas que la inician en su papel. Tanto peor para el niño!»

Cuántas madres por ignorancia matan a su hijo, no sabiendo siquiera amamantarlo! Por esto el doctor PINARD de París, ha creado una hermosa obra, al tomar la iniciativa de esta enseñanza en las escuelas primarias. Enseña a las niñas cuánto tiempo es necesario dar el seno (un cuarto de hora, por término medio), y cuántas veces es necesario darlo en las veinticuatro horas (desde siete a ocho veces) y durante cuántos meses (de diez a doce) Ha explicado a su joven auditorio que es bueno dejar gritar al hermanito cuando está limpio y no llora sino por glotonería, y que es muy malo sobre todo, darle lo que se le da tan a menudo para apaciguarlo: agua azucarada, infusión de tilo, agua perfumada de azahar. Algunas risas corrieron por los bancos cuando el profesor, hablando de las 20 superioridades de la leche de la madre demostró que la principal, talvez, consiste en el hecho de que la leche pasa directamente, sin intermediario, de la «fábrica a la boca del niño». Pero todos los rostros reco-

braron su seriedad cuando, refiriéndose a la terrible mortalidad de niños, adjuró a su auditorio de repetir en todas partes que es peligroso en alto grado destetar a un niño en los cuatro meses del verano.

Es imposible llegar hasta las madres de familia para desarraigar de su espíritu las ideas falsas y peligrosas de la rutina: una enseñanza femenina que instruyera a las jóvenes en las nociones que un día han de serles indispensables, disminuirá en grandes proporciones la espantosa mortalidad infantil que despuebla al país.

No bebas nunca alcohol.—El empobrecimiento de la sangre, la ruina de la salud y del sistema nervioso por la violación de las leyes higiénicas se producen lentamente; por el contrario es rápida la decadencia del organismo bajo la influencia del vicio.

Hoy, el vicio más temible es el ALCOHOLISMO.

Tomado regularmente, en pequeña cantidad, el alcohol es un terrible veneno para el cerebro. ¡Cosa grave! Muchas personas son alcohólicas sin sospecharlo. El empleado o el obrero que bebe cada día una o dos copitas de alcohol se vuelve alcohólico. Es alcohólico el que toma cada día ajeno, vermouth, bitter o un aperitivo cualquiera. Esos aperitivos contienen esencias que son peligrosos venenos.

¡Ay! Hasta los enfermos que beben vinos medicinales: quinina, kola, coca, elixires, etc., y que contraen la necesidad de la excitación, que hace nacer el alcohol contenido en esos productos, se convierten inconscientemente en alcohólicos!

¿Qué es, pues, el alcoholismo? Sus caracteres son numerosos, pero su rasgo esencial es la parálisis del cerebro.

Los pocos efectos aparentemente buenos del alcohol son tan sólo manifestaciones de esa parálisis.

El alcohol anima, se dice. No, el alcohol paraliza los vasos motores con lo que la sangre afluye a la piel, al rostro, dando lugar a una transitoria sensación de calor. Pero la sangre se enfría mucho en la superficie del cuerpo y el termómetro indica una depresión real de la temperatura: en realidad el calor experimentado resulta una pérdida de energía.

El alcohol parece disminuir la fatiga. De hecho obra como un narcótico débil, y lo que disminuye no es la fa-

tiga, sino la sensación de la fatiga: sensación útil que nos advierte la necesidad de reposo.

Así es como, *paralizando* el cerebro asiento de la sensibilidad, el alcohol produce la ilusión de una disminución del hambre, del frío, del dolor. Pero esa ilusión agradable de inmediato, deja menguada la energía nerviosa.

Si interviene el hábito, esa parálisis tiende a hacerse crónica y el sistema nervioso se encuentra poco a poco lesionado.

Lo que es infinitamente grave es que un hombre alcohólico perjudica a otros además de sí mismo: por efecto de la terrible ley de herencia también los hijos pueden tener el sistema nervioso lesionado: ¡El padre bebe y los hijos son agitados, epilépticos o locos!

Pero esas lesiones del sistema nervioso no constituyen la única sanción del alcoholismo: mala oxigenación de la sangre que produce una asfixia parcial y el color violeta propio del rostro de los hebríos; inflamación crónica de las vías digestivas y la consiguiente ausencia de apetito, graves ulceraciones del estómago; inflamación de la garganta (laringitis); endurecimiento del hígado (cirrosis); de las arterias (arterio-esclerosis); degeneración grasosa del hígado, de los riñones y del corazón—tales son las severas amenazas suspendidas sobre la vida del alcohólico.

Además, el alcohol, al paralizar el sistema nervioso disminuye la fuerza de resistencia del organismo ante la invasión de los «microbios» y particularmente los de la tisis. El alcoholismo prepara el camino a la tuberculosis.

El alcoholismo constituye un peligro nacional. Pasa revista en tu pueblo natal a los individuos en quienes el alcohol ha convertido en *escoria social*: a las familias desoladas, arruinadas; a los niños arrojados a la miseria, al vicio, a la vergüenza; a las personas cuya razón ha vacilado, sea porque han bebido demasiado, sea, lo que es más horrible aún, porque sus padres han sido aficionados a la bebida. Si; haz ese trabajo; multiplica los resultados por el número de pueblos de tu país y quedarás horrorizado al comprobar los destrozos que ocasiona tan terrible azote.

Si estás en una ciudad, pásate por la calle de un barrio obrero un sábado por la noche: cuenta los tugurios, las tabernas donde los brutos humanos vociferan

pretendiendo reformar el mundo con sus palabras, y concluyendo por golpearse, y multiplica luego esa infernal visión por millares de visiones análogas que te ofrecerán centenares de calles diversas.

Pasáte el domingo delante de los cafés y cuenta los señores bien vestidos que beben ajenjo, haciendo provisión de violencia, de brutalidad, de locura, para el hogar. Hasta podrás contemplar niños a quienes sus estúpidos padres hacen probar la horrible bebida. Piensa en los cafés semejantes donde centenares de miles de compatriotas nuestros se esfuerzan en hacer de nosotros una nación de desequilibrados, de locos, de epilépticos, e inquieto por el porvenir, persuade a tus amigos de rechazar semejantes *aperitivos* o *digestivos* con que se envenenan; y haz la promesa de que, cuando seas jefe de una familia, jamás, jamás probarás bebidas alcohólicas, pues amenazan arrojar nua parte de la nación en los manicomios y multiplican las palabras, los actos insensatos y los crímenes.

Piensa sobre todo en la multitud de hombres honestos que se vuelven alcohólicos sin saberlo: nadie los ha visto ebrios, pero ellos se envenenan poco a poco, bebiendo poco a poco, bebiendo cada día demasiado vino en sus comidas y agregando los licores a esa dosis de alcohol.

55. Si alguien hubiera dicho a ese miserable alcohólico, cuando en la escuela era un buen y excelente muchacho, que causaría un día la vergüenza de sus padres, hubiera con seguridad protestado. Lo que convierte el alcohol en una bebida infinitamente peligrosa, es que los comienzos son agradables, insinuantes, insidiosos: en amena compañía se toma por la primera vez ajenjo: sobreviene una embriaguez que excita desde luego el cerebro, luego lo paraliza en parte. Ya no se experimentan sensaciones desagradables (frío, hambre, etc.) El juicio y la penetración del espíritu se adormecen; las ideas se suceden con rapidez. Estando embotadas la conciencia y la finura del espíritu, la bestia siente en ausencia del amo un sentimiento de libertad: ya no hay dificultades para el porvenir: todo aparece color de rosa, pues el buen sentido duerme así como el recuerdo de las duras realidades de la vida; ese estado de vago sueño parece muy agradable.

Se vuelve a comenzar el otro día; bien pronto se lle-

ga a experimentar la necesidad de esa embriaguez pasajera: si ese día no se reacciona con vigor, uno está perdido. Te arrastrarán las malas compañías y el *hábito* será cada día más exigente; vengan las penas, las contradicciones, los reproches de un patrón, de un jefe, o menos aún, una depresión de fuerza nerviosa, una fatiga e inmediatamente se recurre a la bebida paralizadora, que da la ilusión de la fuerza y que adormece las preocupaciones! Poco a poco uno se vuelve alcohólico, y muy pronto un borracho. No se lo confiesa uno a sí mismo, seguramente; pero no por eso se deja de ser un borracho.

No esperes, pues, para compadecerte, a cuando encuentres un hombre vacilando en la calle; tu tristeza y tu piedad pueden comenzar ante el empleado o el comerciante que beben su ajeno; ante el obrero que bebe para cobrar bríos, para *matar el gusano*, para combatir la humedad de la madrugada. Que tu desprecio comience por las personas *honorables* que, después del almuerzo beben una copita de licor, y persuádate de que no existen bebedores *distinguidos*.

Sé desconfiado, pues *el poder del hábito es terrible*. No permitas que esa fuerza insidiosa y tremenda haga alianza con tus peores pasiones contra tu voluntad razonable. Por lo contrario, conserva el hábito como un aliado.

Niégate a escuchar la tentación de beber alcohol, con el desprecio tranquilo con que escuchas ladrar los perros. Toma la resolución de oponer siempre sin excepción, una negativa cortés, pero neta y definitiva, a todo ofrecimiento tentador. Que sea en tí un principio absoluto el no beber ni alcohol, ni licor, ni aperitivo. Limitate al buen vino y úsalo con moderación.

56. Sólo mencionaremos de paso los hábitos indignos, Son ellos que arruinan la salud y la energía nerviosa. Sobre esta importante cuestión enviamos al lector a las obras que la han tratado.

El tabaco.—57. Fumar produce una vigorosa excitación en el sistema nervioso. «El tabaco de fumar determina un considerable aumento de energía que se traduce tanto por la intensidad del esfuerzo como por la posibilidad de repetirlo. He comprobado, por muchos procedimientos y en muchos sujetos, que la duración del esfuerzo sostenido, no solamente de los músculos de la vida de relación, sino aún de los músculos poco sometidos a la voluntad,

puede ser más que duplicado bajo la influencia del tabaco de fumar.»

Pero estas excitaciones son peligrosas: tanto más siente uno su necesidad cuanto más débil se encuentra; la repetición produce un agotamiento proporcional a la excitación: de tal suerte que la degeneración resulta más grave cuanto más débiles son los que se dan un «latigazo» con fumar. Desde el punto de vista del espíritu, los nervios cargados de nicotina se vuelven malos conductores de la voluntad. El pensamiento se inclina fácilmente a la divagación; la memoria se vuelve lenta y perezosa, se debilita. Si, como lo afirman trabajadores intelectuales, el trabajo ayudado por el cigarro les parece ser más fácil, son víctima de una ilusión; el «delicado filo» de la atención, la agudeza del espíritu crítico quedan embotados por el tabaco; y de ahí que fácilmente quedan satisfechos de lo que han escrito; pero hágase la experiencia de seguir un razonamiento arduo y de fumar luego y se verá como es difícil continuar el razonamiento donde se había interrumpido, y como los vigorosos esfuerzos de atención son imposibles: luego el tabaco es perjudicial a la inteligencia.

La necesidad de excitación se convierte bien pronto en un hábito invencible: los fumadores sufren realmente cuando no pueden satisfacerla.

Si se tuviesen en cuenta las graves laringitis de que ese hábito es causa frecuente; si se pensase en la suciedad que impone (dientes negros, mal olor, etc); si se calculase el total de los incendios que ocasiona; si se añadiera a esto el valor de los terrenos plantados de tabaco, de los jornales de los agricultores que cultivan ese veneno, del valor de las usinas donde se manipula, los jornales de los obreros, de los contraamaestres, de los ingenieros, el valor del alquiler de los depósitos y de las cigarrerías, los jornales de trabajo de los vendedores y depositarios, quedaría uno asombrado de saber lo que cuesta al país ese placer dudoso. Además de las ingentes sumas que este vicio produce al Tesoro anualmente, se llegaría a avaluar en una cantidad asombrosa por año, el tributo obtenido sobre el conjunto de los ciudadanos por esa necesidad de excitación, que es causa de degeneración.

Si se calcula la pérdida causada por ese vicio, no ya a la nación sino a una sola familia de obreros, se lle-

ga fácilmente a conocer que, gastando 20 centésimos por día, un padre de familia de sesenta años de edad que haya comenzado como casi todos a los diez y siete años, habrá gastado, contando los intereses, más de 3500 francos. Si en vez de gastar diariamente esa cantidad la hubiese depositado en una caja de ahorros, tendría a los sesenta años una pequeña renta hasta el fin de sus días y, a cualquier edad que muriese, dejaría a su familia una suma de dinero el día de su muerte. Es la seguridad del día de mañana, la tranquilidad y la dignidad de la vejez que se convierten en humo.

DEBERES PARA CON LA INTELIGENCIA

Conserva intacta tu energía intelectual.—58 Nuestro deber evidente es el de conservar intacto y aumentar el tesoro de nuestra energía intelectual. Pero esta energía puede debilitarse: así como el cuerpo, el espíritu también se hace pesado, lento, blando, perezoso, y es bien pronto incapaz de una vida activa si no se le ejercita con un trabajo regular y perseverante. El espíritu ocioso cae en una apatía análoga a la en que viven los salvajes que, sólo excitados por un deseo intenso o la inminencia del peligro, hacen un esfuerzo de observación y reflexión; observación y reflexión muy fugitivas y sin precisión, pues la exactitud sólo se adquiere por el hábito de un trabajo minucioso.

Sí; si tú no haces esfuerzos incesantes para mirar, para escuchar, para discernir las diferencias delicadas, las formas, los colores, los sonidos, los pesos, etc., tus sentidos no adquirirán ni vigor ni nitidez.

Si no tomas el hábito, difícil de adquirir, de mantener en la luz de la atención la idea y el sentimiento que quieras así iluminar, tu inteligencia quedará sin vuelo y sin robustez, y le faltarán agilidad y firmeza.

Liberta tu espíritu de la tiranía exterior.—59. El mundo exterior, con los espectáculos siempre variados que ofrece, divide la atención y disipa la energía del espíritu. Si gastamos nuestra atención en el torrente de las impresiones incoherentes, que la vista, el oído y los diversos sentidos suministran en abundancia; si diseminamos nuestra energía por atender a los despropósitos de los charlatanes, de los

periódicos, de los libros encontrados al acaso, viviremos sin timón, azofados por vientos y mareas. Es necesario saber independizarse del bullicio de esos millares de influencias que nos esclavizan y desgranán el tesoro de nuestra energía; el distraído, el disipado son unos impotentes, esclavos del azar.

Liberta tu espíritu de la tiranía interna, del automatismo.—60. Pero no basta escapar a la disipación provocada por el exterior. Aun sentado e inmóvil, en el silencio y la obscuridad, desperdiciarás las fuerzas vivas de tu atención, si no sabes gobernar enérgicamente la dirección en tus pensamientos. «Imponed silencio a los hombres, imponed silencio a los libros, quedad verdaderamente solo; ¿Tendréis con eso el silencio? ¿Qué es esa locuacidad interna de los vanos pensamientos, de los deseos inquietos, de las pasiones, de los prejuicios? Antes de llegar al sagrado silencio del santuario, hay que obtener grandes victorias».

Durante el estado de vigilia, las impresiones exteriores, nuestros sentimientos nuestras ideas provocan gradualmente, como en el sueño, otros sentimientos, otras ideas. Esa excitación se efectúa según las leyes de asociación, por contigüidad en el espacio o en el tiempo, por semejanza, AUTOMÁTICAMENTE, y uno puede asistir en actitud pasiva a ese flujo y reflujo de los pensamientos, como si contemplase desde la playa el cabrilleo del mar. O, más exactamente, eres espectador del pasar continuo por tu conciencia de ideas y sentimientos que se suceden, como cuando desde tu ventana miras a los transeúntes por la calle.

Ese placer de tontos es el que producen el alcohol y el tabaco que quitan las trabas al automatismo de las ideas, pues esos venenos paralizan las facultades superiores, el espíritu crítico y el delicado sentido de la realidad.

Así transcurre en todos nosotros una parte de la vida consciente: asistimos a la rápida carrera de una multitud de pensamientos en que no nos obedecen ya, pero que marchan al azar de las leyes de la asociación: no puede tratarse de libertad con esa "locuacidad interna", con esa procesión que te complaces en contemplar desde tu ventana.

La libertad comienza, cuando intervienes y *obligas* a tus ideas y tus sentimientos a asociarse, no como ellos lo quieren, sino *cómo tú lo quieres*.

61. No puedes violar las ineludibles leyes de la asociación de las ideas (§ 31), pero puedes *escoger, rehusar tu atención, o entregarla por completo*.

REHUSAR LA ATENCIÓN O ACORDARLA, EN ESO CONSISTE NUESTRA LIBERTAD—Decir sí, o decir NO, a las ideas, a los sentimientos que piden audiencia; y que el *sí* sea sí; y que el *no* sea no: eso es ser libre.

Ser libre, es, por ejemplo, negarse en las mañanas de invierno a pensar en el viento glacial que ruge y desparra la nieve; es negarse a sentir que se está bien en la cama; es mantener vigorosamente la atención en la tarea urgente que se debe cumplir.

En el perezoso que abdica, sólo obra el automatismo y la asociación queda dirigida por el sentimiento penoso del frío que está por afrontar: la idea del deber no consigue llegar a introducirse en su conciencia y a fijar sobre ella su atención.

Es, de igual modo, una forma del automatismo, de la cual la libertad está excluida, la tendencia natural que tenemos de dejar vagar la imaginación, sin verificar sus intenciones, sin someterlas a la censura de una observación exacta.

A esa servidumbre de la imaginación debemos tantas creencias erróneas. La mayoría de las obras de literatura más divulgadas, que representan aventuras ficticias y personajes sin realidad, están hechas con recuerdos yuxtapuestos al azar. Para quien las estudia con atención son ilegibles, tanto abundan las inverosimilitudes y las contradicciones.

La más poderosa libertad de espíritu es la de una inteligencia rica en recuerdos y experiencias, que sabe organizarlos con vigor en torno de una idea bien escogida: que sea un Molière, quien agrupa con fuerza sus observaciones y los chistosos comentarios en todas partes recogidos, para formar el retrato del avaro o de la coqueta;—que sea un Darwin, quien durante treinta años acumula con paciencia sus observaciones para aprobar la hipótesis de la *selección natural*.

Basta lo que precede para hacerte comprender lo

importante que es el que te independices de esa esclavitud interna, que te somete a las asociaciones de ideas *automáticas*. Y no te librarás de ellas, si no adquieres el *hábito* de ser dueño de tu atención, pues la educación de la libertad de la inteligencia es ante todo la educación de la atención.

Liberta tu espíritu de la credulidad.—62. Es ley general del pensamiento que toda idea no contradicha, no rechazada por otras ideas, concluye por imponerse como verdadera. Así es como en el niño el pensamiento termina siempre en la credulidad! Credulidad en hechos manifiestamente absurdos: ora es San Nicolás que se pasea sobre los techos con su asno cargado de juguetes y baja por las chimeneas; ora es Pulgarcito calzado con las botas de siete leguas; o bien son las hadas, los ogros, que realizan las más extrañas proezas. Hemos visto que en los salvajes la credulidad es extraordinaria. Se les puede hacer creer los más evidentes embustes. ¡Cuántos civilizados son niños o salvajes a este respecto!

Es tan débil la capacidad de forzar la atención a confrontar las ideas contradictorias, que en la mayoría de los espíritus coexisten tranquilamente creencias que se contradicen mutuamente.

Bien pronto te darás cuenta de la universalidad de esa inclinación a creer sin pruebas: todos nosotros somos muy propensos a aceptar las afirmaciones falsas que nos causan placer, y hemos visto (§ 41) cómo fácilmente encuentran excusa nuestras pasiones, y cómo los criminales mismos encuentran mil razones excelentes para disculparse (§ 42)

Esa credulidad fundamental y nuestra pereza son causas de que todos, más o menos, tengamos el espíritu lleno de erróneos prejuicios, admitidos sin exámen, y procedentes de la lectura de libros sin valor, de periódicos, de conversaciones. El mismo lenguaje está sobrecargado de asociaciones inexactas contra las cuales es difícil defenderse. La multitud ha hecho un lenguaje a su imagen. Ha vertido en él su mediocridad, su odio por todo lo que es superior, su juicio burdo y simple, que no va más allá de las apariencias. Es así como encontramos en el lenguaje gran número de ideas elogiosas para la fortuna, para el poder, para los hechos de guerra, y despreciativas para la bondad, para el desinterés, para la vida sencilla para el trabajo intelectual.

Entre los ignorantes y los perezosos, que nada verifican la credulidad florece en una rica vegetación de creencias estúpidas y de supersticiones: ellos viven el absurdo.

63 Felizmente una minoría de hombres enérgicos y atentos se dedicó a observar: la experiencia de la realidad se enriqueció; y las leyes inmutables que son como el esqueleto del mundo han sido descubiertas.

Así como los inmensos bosques que cubrían la Galia han sido invadidos poco a poco por caminos y por ralezas y desmontados por cortes sucesivos, del mismo modo los errores, que proyectaban su sombra sobre el dominio de la inteligencia humana han cedido uno tras otro, ante los pacientes esfuerzos de los observadores; y hoy día la luz penetra por doquier a raudales.

Ya en muchos la credulidad primitiva cede el campo al examen personal, a la *duda metódica*, al espíritu científico que sólo cree sobre pruebas. La reflexión prolongada, el estudio, la experimentación, la crítica se sustituyen a la prisa para afirmar.

Impón a tí mismo, hijo mío, el hábito, penoso y difícil en principio, de no creer nada inmediatamente: espera las pruebas. Así adquirirás el *espíritu filosófico* que Descartes definía: LA FIRME Y CONSTANTE RESOLUCIÓN DE NO FALTAR NI UNA VEZ A LA REGLA, «DE NO ADMITIR JAMÁS NADA POR VERDADERO SIN CONOCERLO EVIDENTEMENTE POR TAL, ES DECIR, DE EVITAR CUIDADOSAMENTE LA PRECIPITACIÓN Y LA PREVENCIÓN, Y DE NO COMPRENDER EN MIS JUICIOS NADA MÁS QUE LO QUE SE PRESENTE TAN CLARA Y DISTINTAMENTE A MI ESPÍRITU QUE NO TENGA YO MOTIVO NINGUNO DE PONERLO EN DUDA».

64. ¿No es cierto, hijo mío, que es poca cosa negarte a decir «sí», cuando no veas clara y distintamente la verdad? Poca cosa es esta pobre, frágil y débil razón humana de que se burlan los partidarios de las tradiciones y de la autoridad. ¡Es realmente ridícula esa razón tímida, vacilante, *miope y sin embargo orgullosa!* ¡«Cuánto me complazco en ver esa soberbia Razón humillada y suplicante!» ¡Podemos reirnos de ella en verdad! Pero muy poca cosa también es un hacha afilada, y muy poca cosa es un hachazo: sin embargo, a fuerza de hachazos han

sido atacadas las inmensas selvas que en otro tiempo cubrían el suelo de la Galia. Hachazo tras hachazo: así se trazaron las primeras rutas, así se abrieron los claros donde hoy maduran el trigo y las viñas,

Todo lo que es grande se ha hecho de poca cosa: poca cosa es un minuto, y sin embargo con minutos están hechos los años, y los millares de siglos durante los cuales la Tierra se ha formado.

Es también un acto sin importancia el negarse a admitir por verdadero lo que no se ofrece tan *clara y distintamente* al espíritu como estas verdades: la parte es menor que el todo: $2 = 1 + 1$. Sin embargo esa pequeña negativa en admitir, comprende toda tu libertad intelectual; esa pequeña negativa importa toda tu independencia; es ella la que te permite sustraerte a la prodigiosa acumulación de errores creados por la infantil credulidad de los hombres. Poca cosa es ese simple acto del espíritu que dice «sí» o que dice «no» después de haber visto clara y distintamente; pero ese acto sencillo, repetido pacientemente, nos ha permitido efectuar el análisis químico del Sol y descubrir las huellas de nuestros antepasados que vivían hace cien mil años!

Mofaos, adversarios de la Razón, de la minuciosidad del acto razonador;—pero no olvidéis que a él las ciencias deben sus descubrimientos, y que ese acto insignificante hizo al hombre todopoderoso y rey de la naturaleza. El fue quien de la miserable Humanidad, existente en la época de las armas de sílex, ha sacado los sabios y los pensadores que son el orgullo de la raza.

Ningún hombre sano carece de razón. «Si un hombre no usa de su razón sino cuando afirma lo que para él es perfectamente claro, ¿quién podría carecer de razón? ¿Qué hombre puede no comprender como dos y dos son cuatro?

Y, reflexiona bien, ninguna cuestión será nunca más difícil que ésta. Cada una de las partes de cualquiera cuestión debe resultar tan clara como ésta. De otro modo la Razón nos conducirá, no ya a afirmar, sino a dudar. No hay graduación en esto: cuando una cosa no es completamente clara ¿dónde está la dificultad?... Servirse de su razón quiere decir hacer siempre el mismo acto simple e indivisible que se llama *juzgar*. Nadie es capaz a me-

días para comprender la cosa más simple del mundo, y comprender quiere decir siempre: comprender la cosa más simple del mundo; una cosa, que para un hombre no sea la más simple del mundo, resulta incomprendible para él, y será perfectamente razonable si rehusa aceptarla.

No desprecies la Razón, hijo mío, y toma la resolución de tener aguzada tu atención: así podrás conservarte un hombre libre.

Liberta tu espíritu de los prejuicios.—65 No basta imponer silencio a las propias pasiones, al egoísmo propio y buscar por medio de la meditación la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad. «Esa plegaria del alma a la verdad», que es la reflexión, debe ser ferviente, es decir que debe ser acompañada por un consentimiento del corazón a lo que la razón impone. Pero hay muchos que no pueden soportar su pura luz; cuando reflexionan, descubren con horror que una parte de sus actos y de sus ideas corren por la vertiente mala (§ 39). Hemos visto (§41 y 42) cómo hay quien trata de engañarse a sí mismo respecto de esta comprobación.

Esto sucede porque es doloroso ver «clara y distintamente» la fealdad de las ideas, de los sentimientos, de los actos, cuyo hábito se ha adquirido tanto más fácilmente, cuanto no requiere esfuerzo alguno. Por eso la mayoría *rehusa pensar en ello*: el egoísta se niega a aceptar la idea de que es un egoísta, o el violento de que es un bruto.

Quien procede mal, busca mil razones para convenirse de que procede bien. Escritores hay, malhechores públicos, que emplean su talento en probar que los hombres tienen razón en conducirse como bárbaros: éste canta la belleza de la embriaguez: aquél se ingenia en probar que la intemperancia es necesaria a la salud; otro escribe que la guerra bestial es un bien para la Humanidad y que la paz enerva y deprava los pueblos, de donde deduce esta conclusión: seamos malvados odiosos y violentos sin freno.

Así nuestras pasiones, ayudadas por sofismas parecen razonables.

Cuando la idea que debiera triunfar . . . levanta una barrera ante una de nuestras pasiones, el individuo despliega su inteligencia para ahogarla bajo una multitud de

labras que los hagan respetables . . . ¡Cuántas excusas no encontrará el borracho a cada nueva tentación! Se tratará de una nueva clase de vino, cuya calidad es absolutamente necesario que aprecie. Esto es sumamente importante para el desarrollo de su inteligencia en materia de catadura. Y además ya está servido el vino, pecado sería dejarlo perder. ¡Y qué! Otros hay que beben y sería muy grosero no aceptar. O bien dirá que no podría dormir sin beber, o que no podría llevar a cabo su trabajo: o bien que no bebe por beber, sino por no sentir demasiado el frío: o que hoy es fiesta; o que bebe por cobrar ánimo antes de tomar la más enérgica resolución de abstinencia que nunca haya tomado; o bien que no es más que por esta vez, y una vez no es costumbre, etc.—En fin de cuentas, se trata de todo lo que queráis, excepto de que sea *un borracho*. Héla aquí la idea que no quiere quedar en la conciencia del desdichado; la idea a la cual no puede prestar atención. Pero, si alguna vez es capaz de aceptar esta manera de ver las cosas en las diversas ocasiones que se le ofrezcan, si a travez de todos los obstáculos se aferra a esta idea: que, siendo lo que es, equivale a ser un borracho y nada más, no es probable que siga siéndolo largo tiempo. El esfuerzo por el cual consiga mantener invariablemente presente en su espíritu el epíteto propio, es el acto moral que lo salvará.

He aquí la regla por excelencia: sé perfectamente sincero contigo mismo; mira lo que haces como si otro lo hiciese; y cuando sientas un impulso brutal egoísta u orgulloso, confiésate a tí mismo que no eres tú, naturaleza razonable, quien obra, pero que son tus *aparecidos* que obran en tí (§ 32), y que tu conducta es la de un bárbaro, no la de un civilizado.

66. Ese preconcepto de no juzgarte a tí mismo esa mentira con que te adormeces, volverás a hallarla a menudo. En política, por ejemplo, desde que sentimos que una doctrina o que un hombre amenaza nuestros intereses, o simplemente nuestros prejuicios, en vez de examinar con calma si nuestros intereses o nuestros prejuicios están basados en la razón, nos encolerizamos, silbamos al orador, arrojamos con arrebató el diario o el libro que nos choca: cesamos de ser inteligentes, tranquilos, reflexivos. ¡Enumera cuántos son los que saben permanecer

hombres libres en una república! Pues bien, «toda vez que la palabra articulada queda cubierta por el ruido, por el clamor inarticulado, aun cuando esa palabra fuera la de nuestros peores enemigos y el clamor fuera el de nuestros amigos» en el fondo, es la libertad la vencida.

La mayor parte de los diarios están redactados por apasionados, por declamadores, que emplean todo su talento en desnaturalizar las palabras y los actos de sus adversarios y en glorificar a sus amigos sin preocuparse para nada de la verdad: ese *espíritu de partido* es una dura esclavitud para la inteligencia, pues ella solo al servicio de la verdad puede sentirse libre y digna.

El *espíritu de partido* se niega a aceptar la verdad que repugra o el error que agrada: es un espíritu de mentira y de servidumbre: Su persistente poderío es una triste prueba del poco progreso que ha hecho la democracia; pero eso aislamiento en un partido, que obliga a sacrificar la verdad, se tornará intolerable para las conciencias delicadas y poco a poco la organización tiránica de los partidos será reemplazada por *ligas* o uniones libres de voluntades libres, en vista de una acción precisa; esas agrupaciones temporarias todopoderosas para una acción determinada, dejarán a cada cual su autonomía.

67. Abandonar el servicio de la verdad para sujetarse a un partido que exige un perpetuo sacrificio de la verdad, es renegar de la dignidad de hombre. «A partir del instante en que los ciudadanos aprueban a ojos cerrados todos los discursos y todos los los actos de un hombre o de un grupo de hombres; a partir del momento en que el elector deja penetrar el dogma enca política y se resigna a creer sin comprender, la república sólo existe de nombre. Así como la confianza es la salud de las monarquías, la desconfianza es la salud de las repúblicas». «Quiero desconfiar aún de aquellos que más estimo; el consentimiento de todos los hombres no tiene para mí ningún valor; quiero comprender y comprender a mí mismo; quiero, según la regla de Descartes, *no aceptar por verdadero sino aquello que evidentemente me parece ser tal.*

Pero tú, hijo mío, sólo tienes un medio para liberar tu espíritu: observar, reflexionar, en una palabra, *trabajar*. El perezoso no puede ser libre: es incapaz de

libertarse de las sugerencias de sus pasiones, de sus ideas preconcebidas. Solo se posee la libertad cuando es merecida por tu energía. La liberación de tu inteligencia es solamente un caso particular de la liberación de tu voluntad.

DEBERES PARA CON LA VOLUNTAD

¿Qué es la voluntad?.—68 No existe palabra cuyo sentido sea más confuso que el de voluntad. Se dice, por ejemplo, que un niño no *quiere* trabajar, cuando es manifiesto que su razón quisiera que trabajase y la «bestia» se opone. Del mismo modo se dice que un borracho *quiere* entrar en la taberna, cuando es su innoble necesidad la que lo arrastra.

Si te observas atentamente, verás que no eres tú quien cumple la mayor parte de tus actos, sino tus necesidades, tus pasiones, tus hábitos.

Por eso es que existe tanta diferencia entre aquello en que se cree y aquello que se ejecuta. Cuando se comparan las costumbres de un hombre, que tiene una religión con la idea general que nos hemos formado de las costumbres de ese hombre quedamos sorprendidos al no encontrar ninguna conformidad entre esas dos cosas. La idea general exige que un hombre que cree en un Dios, en un paraíso y en un infierno, haga todo lo que sabe que le ha de ser agradable a Dios y no haga nada de lo que sabe que le ha de ser desagradable. Pero la vida de ese hombre os demuestra todo lo contrario.

«Queréis conocer la causa de esa incongruencia? Hela aquí. Es que el hombre no se determina en favor de una acción más bien que de otra, a causa de los conocimientos generales que tiene de lo que debe hacer... El verdadero principio de las acciones del hombre... no es otro sino el temperamento, la inclinación natural por el placer, el gusto que se contrae por ciertos objetos, el deseo de agradar a alguno, un hábito adquirido en el comercio con los amigos, o alguna otra disposición que resulta del fondo de nuestra naturaleza...»

Lo que ordinariamente nos hace obrar son las pasiones presentes y los hábitos: de tal suerte que la ma-

por parte de nuestros actos no merecen el nombre de voluntarios. Siempre que en nuestros actos exista contradicción, incoherencia, de fijo no podremos admitir y reconocer la intervención de la *voluntad*.

69. No es fácil discernir en tus actos mismos el carácter involuntario o voluntario: por ejemplo, una sugestión, recibida en el estado de sueño hipnótico, puede hacerte obrar estando tú despierto: evidentemente que ese acto, *cometido por ti*, es extraño a tu voluntad. De igual modo, «una cólera violenta sublevada por alguna circunstancia accidental, un vicio hereditario que surja súbitamente de las obscuras profundidades del organismo a la superficie de la conciencia, obrarán más o menos como una sugestión hipnótica.

Del mismo modo los sentimientos, las ideas adquiridas por medio de una educación que se dirige únicamente a la memoria, forman un «yo parásito» que nos hace obrar como una sugestión hipnótica: además, ÚNICAMENTE SERÁN ACTOS DE TU VOLUNTAD LOS QUE TÚ EFECTÚES DESPUÉS DE HABER REFLEXIONADO SOBRE ELLOS, es decir, después de haber dado tiempo a tus sentimientos y a tus ideas de hacerte escuchar: entonces te decidirás a obrar, y esa decisión será la más rica, la más profunda que podrás tomar: así el niño sin voluntad pasa de una crisis de cólera a una crisis de risa: luego vienen las lágrimas, luego un ingenuo orgullo: es la incoherencia. Tú, después de haber reflexionado habrás escogido en lo más hondo de tu corazón y decidido por un acto de tu voluntad grave y solemne. que vivirás una vida humana (§ 39): ese es un acto de tu voluntad: muchas veces cometerás actos contrarios a tu resolución general, pues tus «*aparecidos*» lograrán burlarte; pero importa ante todo que conserves muy clara tu resolución y que, aun vencido, *mantengas esa resolución en tu conciencia*. Una vez calmada la borrasca que arrastró tu navío fuera de su ruta, volverás a encontrar la buena dirección. Nadie puede evitar esos cambios incesantes de marcha bajo la influencia de los vientos y las tempestades de las pasiones: lo esencial es que el derrotero seguido esté en su conjunto orientado hacia este objeto: llegar a ser un hombre.

Algunas resoluciones generales, he ahí los actos verdaderamente libres: pero también llamaremos libres los actos de tu vida cotidiana que estén en armonía con esas grandes resoluciones morales.

Los ífíteres más numerosos que los «hombres».-70. ¡Cuántas personas viven sin realizar jamás un acto de voluntad libre! ¡Cuántas personas son «ífíteres» movidos por esas fuerzas incoherentes que enumera Bayle! (§ 68). Sorprendente sería lo contrario. Hemos visto en efecto que una idea no contradicha es evidentemente aceptada como real (§ 62). Del mismo modo si la idea de un acto a cumplirse no es contradicha, el acto se efectúa. Es porque entre la idea de un acto que debe realizarse y el acto mismo sólo existe una diferencia de grado; imaginar un movimiento o recordar un movimiento es ejecutar débilmente ese movimiento. Si trato, por ejemplo, de imaginar que disparo un tiro de revólver, se produce una ligera detención en la respiración y un *esfuerzo real* en el dedo que oprime el gatillo. Toda idea de acción es una acción que comienza. Creer es comenzar a obrar: es realmente impulsar a la acción. Comprendes ahora que, si la idea del acto no es contradicha, se traduce por el acto mismo.

Del mismo modo las palabras despiertan las ideas; acojer una afirmación es bosquejar su ejecución: hablar mal es ya obrar mal.

Estas nociones son capitales. Tan pronto como la idea de un acto se ofreciese a la imaginación, el acto se ejecutaría automáticamente, si no se empeñase una lucha organizada entre los actos secundarios iniciales de la ejecución; surgen entonces otras imágenes, otros sentimientos, otras ideas que fortifican o dificultan la acción del acto. Se produce la vacilación, y la indecisión dura hasta el momento en que el predominio de una de las partes sobre la atención se traduce por un acto.

Generalmente todo sucede sin tantas luchas internas: el hábito, la pereza, un sentimiento de vanidad, la sumisión a la moda a la opinión de otros, aseguran la victoria a uno de los grupos de asociaciones en conflicto. Así se efectúan la mayoría de nuestras acciones cotidianas: las impresiones del exterior provocan en nosotros movimientos que, aun siendo conscientes y hasta inteligentes se parecen bajo muchos aspectos a actos reflejos.

Estudia de cerca durante un día la actividad de algunas personas y te darás cuenta de que muchas viven como autómatas o *titeres* sin *querer* jamás.

Querer es prestar atención.—71. Luego no existe educación sin voluntad.

QUERER ES HACER DE MODO QUE LA IDEA QUE HAS DECIDIDO REALIZAR Y QUE ACTUALMENTE NO ES LA MÁS FUERTE EN TI, SEA LA MÁS FUERTE.

Victoriosa es la conciencia, la idea se realizará.

Henos aquí ante las fuentes mismas del acto de voluntad; escoger una de las ideas que atraviesan la conciencia; impedir que se deslice en la sombra: conservarla en plena luz: ese es nuestro poder. Fijar una idea, mantenerla en la claridad de la atención durante el más largo tiempo posible, recordarla a menudo; o por el contrario negarse a mantenerla; dejarla desvanecerse, ú obligarla a desaparecer privándole de atención, en eso consiste nuestra libertad. De este modo escapamos al automatismo de la asociación de ideas.

¡Pero cuán débil es este poder! Sí; poca cosa es un acto de ese poder; —pero así como la majestuosa encina crece célula por célula; así como los corales han formado inmensas islas por una acción lenta e insensible,—así también el imponente edificio de la libertad humana está construido con esos rechazos y aceptaciones de poca importancia.

Mientras una idea permanece en el pensamiento, una multitud de ideas y de sentimientos aliados se despiertan gradualmente. La idea que se mantiene es como un jefe de enérgica actitud, que reúne en su torno a las tropas desbandadas, las organiza y obliga al enemigo a retroceder.

Por otra parte las ideas antagónicas no pueden beneficiar de esa concentración de fuerzas.

Por ejemplo: un niño enérgico triunfa porque tiene el valor de negarse a aceptar la idea del placer que experimentarí en jugar con sus compañeros; ante todo mantiene en su atención la necesidad de cumplir ante todo sus deberes. «Una persona, dice Francisco de Sales, no puede ser casada mientras diga *no* y un alma jamás puede ser vencida por la tentación mientras diga *no*»

Ese mismo Francisco de Sales habla de un glotón

gravemente enfermo, a quien los médicos prohibían el melón, pues sufría una recaída cuando lo comía. «No lo come porque el médico le amenaza con la muerte, pero sufre por la idea de esa privación; habla constantemente de esa fruta, quiere olerla por lo menos, y considera muy dichosos a los que la pueden comer...» Ese glotón que no sabe negarse a pensar en el placer de comer melón, que guarda en su conciencia la idea de ese placer y la deja fortificarse, ese está vencido de antemano.

Del mismo modo, te será penosa la idea de levantarte y lavarte con agua fría: pero si te dices: «Debo levantarme» y si te *rehusas* a imaginar las sensaciones penosas que acompañarán tu acto, triunfarás.

72. Aceptar una idea o rehusarse a aceptarla, constituye propiamente la decisión, la *iniciativa*. Pues bien, esa aceptación o esa negación es generalmente penosa: las *decisiones* que deben tomarse son desagradables y *fatigosas* para muchas personas. Esto es tan cierto que la mayoría prefiere una tarea ruda, pero claramente distribuida, a la más pequeña obligación de hacer un acto de *iniciativa*. También los psicólogos notan cuan excepcionales son los actos de atención voluntaria. Eliminemos desde luego la rutina de la vida, toda esa masa enorme de hábitos que nos mueven como autómatas con estados de conciencia vagos e intermitentes. Eliminemos aquellos períodos de nuestra vida mental en los cuales somos pasivos ante todo, porque el orden y la sucesión de nuestros estados de conciencia nos son dados del exterior y su serie nos es impuesta como una lectura de mediano interés, una ocupación manual, u otra cualquiera que suponga una sucesión de actos en un orden fijo. Eliminemos ese estado de reposo relativo para el espíritu en el cual no se «piensa en nada», es decir, en el cual, los estados de conciencia no tienen ni intensidad ni determinación clara: el abandono intelectual, el desvarío en todos sus grados. Eliminemos los estados de pasión y de agitación violenta con su vaivén desordenado y su difusión de movimientos.

Hechas estas eliminaciones y probablemente, otras pueden inscribirse el sobrante en la cuenta general de la atención.

«En esa cuenta general.....los casos francos y netos de atención forman el menor número; en muchos hombres o mujeres, ellos equivalen casi a nada.....Es porque.....la atención más que cualquier otro estado intelectual exige un gran gasto de fuerzas físicas»

El hábito precioso aliado o peligroso enemigo. 73. Si los esfuerzos que requiere un acto de voluntad, quedasen siempre tan laboriosos como lo son en un principio, nadie tendría la energía de perseverar. Si los millares de actos voluntarios, que te han costado tantos esfuerzos, y aun lágrimas, exigiesen siempre de tí igual atención y firmeza, largo tiempo hace que estarías quebrantado y desesperado: ¡cuántos esfuerzos para trazar palotes y luego curvas, para escribir por fin! ¡Cuántas observaciones recibidas antes de aprender a conducirte bien a la mesa, a reprimir tus movimientos de impaciencia y de irritación! Pero gradualmente has llegado a escribir con menor pena, a conducirte bien a la mesa, a dominar tus impulsos; y hoy sin pensarlo siquiera realizas esos actos; tienes el hábito de realizarlos.

El hábito tiene, pues, una inmensa importancia en la obra de nuestra liberación: su minuciosa pero perseverante acción acumula con el tiempo resultados prodigiosos. Compara la rapidez con la cual escribe un taquígrafo con la lentitud de los palotes del escolar.

Peligroso sería que ese poder activo pero disimulado trabajase contra tí. Como ratas en un navío serían en tí tus malos hábitos: de pronto: sin que hubieses sospechado siquiera sus destrozos, tu energía y tu felicidad se hundirían en el mar de la impotencia y la desesperación.

Si prefieres otra comparación, piensa en la suerte de Gulliver. Durante su sueño los liliputienses, altos apenas de seis pulgadas, ataron sus cabellos uno a uno con cordones muy finos a clavijas hundidas en el suelo: he lo allí inmóvil y a la merced de seres tan pequeños que podría poner cinco en su bolsillo. Así tus malos hábitos atan con tenues lazos tu voluntad reducida a la impotencia. ¿Acaso el niño que se muerde las uñas puede evitarlo? Ya no es dueño de sí y su hábito aprovecha para satisfacerse todos los instantes en que él está desocupado o atento a otra cosa. ¿No es esta una verdadera esclavitud? ¿No lo inmovilizan cadenas imperceptibles como las que

inmovilizan a Gulliver? ¿No presta el hábito una gran fuerza al deseo del fumador, tan grande que sufre cuando no puede satisfacerlo? ¿No reduce el borracho a la esclavitud? Nada es el primer vaso de aguardiente, ni tampoco el segundo, ni el tercero!—¡Error! Es el primero, es el segundo, es el tercer cabello de Gulliber. La *necesidad* comienza: todo se acabó. El país cuenta con un borracho más.

74. Tanto como los malos hábitos son enemigos de la voluntad, los hábitos buenos son sus preciosos amigos. Lo hemos visto: de día en día ha sido más fácil escribir, conducirse bien, etc. De día en día te has hecho más dueño de tu atención: observar, reflexionar, esperar antes de juzgar, son actos que han llegado a serte tan naturales como creer y obrar impulsivamente lo eran para nuestros lejanos antepasados.

Poco a poco tus buenos hábitos, pacientemente capitalizados aumentan tu poder y tu energía. No estás ya como el hombre imprevisor completamente acaparado por la tarea inmediata: cuando escribes, ya no debes emplear tu atención en vigilar tu pluma, porque ella corre sola; en la mesa puedes conversar libremente, sin preocuparte de tus manos, de tu cuchillo, de tu tenedor, etc.... Hablar bien; comenzar con actividad el trabajo; hacerlo todo por entero, obrar con método, todo eso constituye para tí como una segunda naturaleza.

Descargada así del esfuerzo incesante, la voluntad adquiere una considerable libertad. Un jefe que puede contar con sus hombres y con sus oficiales ya no tiene por qué preocuparse de detalles; cuánto más libre y cuanto más poderoso es que aquel otro el cual, en el momento de ordenar una marcha forzada advierte que los hombres no han dormido, ni comido. Así sucede con la voluntad.

Cuanto más numerosos sean los actos de la vida que el hábito consiga regir sin importunar la atención y sin requerir esfuerzos conscientes; cuantos más numerosos sean los actos realizados sin pena, tanto mayores serán nuestra energía y nuestra libertad para vivir una vida inteligente y humana.

El infierno que sucede a la muerte y cuyas torturas nos describe la teología, no es más temible que el infierno que nos preparamos en esta vida, menoscabando nues-

tro carácter con hábitos malos. Como el caracol forma poco a poco la concha que lo aprisiona, así, niño, con tus actos malos, aprisionarás cada día algo de tu energía en un verdadero caparazón, formado de hábitos que se adhieren como el yeso y que deberás arrastrar toda tu vida como arrastra el caracol su casa.

Importa pues preparar desde la infancia, confiando al hábito el mayor número posible de actos buenos, un ahorro de energía y de voluntad, de manera de poder vivir una vida cada vez más intensa y cada vez más libre.

DIVERSAS FORMAS DE LA VOLUNTAD

La paciencia y la resignación.—75. La paciencia es la virtud del hombre de voluntad que sabe impedir que las ideas de desaliento hagan irrupción en el pensamiento y se impongan a la atención, o que sabe mantener las ideas, que ha escogido en la luz de la conciencia, y sabe *aceptarlas*.

Es paciente quien sabe refrenar su irritabilidad (véase § 98, ejemplos). Es paciente quien soporta tranquilamente sufrimientos inevitables, contrariedades o un trabajo monótono.

Es paciente un niño cuando soporta el fastidio de una tarea fatigosa: cuando sufre sin quejarse el mal humor de sus padres; cuando sólo responde con la calma a la irritación de los otros.

Es paciente una madre que soporta las exigencias de un hijo enfermo. los defectos y los errores de aquellos con quienes vive.

Es paciente el que escucha, observa, reflexiona antes de afirmar, antes de creer, antes de obrar: ahí paciencia demasiado rara y por eso tanto más meritoria.

Pero, ¡cuidado! La paciencia puede degenerar en pasividad, en pereza y aquel de quien se dice con desprecio que es «un buen hombre», «un paño de lágrimas», «una cataplasma», «una cabeza de turco». ese no es un valeroso, sino un cobarde.

No debes resignarte sino a lo inevitable; debes luchar sin cansarte contra la enfermedad, la ignorancia, la violencia, la injusticia.

Ante los males *inevitables*, la resignación y el estoicismo son hermosas virtudes: ¡cuán ridículas son las personas que no saben resignarse a envejecer! Qué absurdo el lamentarse ante la desgracia, en vez de buscar valientemente el modo de atenuar sus consecuencias!

La paciencia, es pues, una virtud: pero está muy cercana de la resignación pasiva y cobarde; no te resignes más que a los males sin remedio.

La perseverancia.—76. La perseverancia es la virtud de las voluntades tenaces. Presenta el defecto o puesto una voluntad caprichosa, desigual, móvil que obra por accesos. Ser perseverante es conservar en el pensamiento una idea con tal firmeza que esté siempre pronta a pasar al acto y que haga imposible la permanencia de una idea o sentimiento contrario. Si, por ejemplo, una joven lleva la contabilidad de una finca, será perseverante si tiene la voluntad de escribir inmediatamente cada entrada y cada gasto; y si, cuando un gasto a inscribirse se presenta durante un trabajo, rechaza la idea de que tendrá tiempo, de que es inútil molestarse, de que lo inscribirá más adelante. Es perseverante un niño cuando se niega a escuchar la tentación del juego o del desaliento y cuando se empeña en querer comprender un problema difícil. ¡Prodigioso es el poder de la perseverancia! Del mismo modo que el arroyo cava con el tiempo las más duras rocas, la perseverancia gasta los más resistentes obstáculos: palada tras palada, así fue abierto el canal de Suez; día por día, casi insensiblemente se perforó el túnel del monte Fréjus, una tras otra, escribió el autor las cuatrocientas veinte mil letras que componen este libro. Las había escrito ya en el borrador, y muchos pasajes fueron comenzados de nuevo, cuatro y cinco veces.

Pero a cada día su tarea, y poco a poco el edificio surge de la tierra y crece. Así es, hijo mío, como, esfuerzo tras esfuerzo, has aprendido a leer, a escribir, a contar. Surco tras surco labra el paisano la inmensa extensión de esta llanura. Trabajando en sus días de descanso, tal obrero ha construido para los suyos una hermosa vivienda: él mismo, piedra, sobre piedra, elevó las paredes. Negándose a beber todos los días dos o tres copitas, y negándose a fumar, Pablo llegó de aprendiz a obrero: economiza cada día cuarenta centésimos, o sea más de

120 francos por año. Entrega 71 francos a la *Caja Nacional de Retiros para la Vejez*: a los cincuenta y cinco años tendrá 360 francos de renta hasta el fin de sus días; si mañana falleciera, su anciana madre percibiría un capital de 1.000 francos. Coloca además en la *Caja de Ahorros* cincuenta francos por año: así tendrá, además de su retiro, 60 francos de renta ¡Qué feliz vejez representa esa economía insignificante pero perseverante!

Del mismo modo, obteniendo sobre los “*aparecidos*” una pequeña victoria sobre otra, se llega a economizar la energía, a confiar su vida a excelentes hábitos: el colérico y el febril se vuelven tranquilos; el ligero y el impaciente llegan a ser reflexivos.

Podríamos, durante días enteros, examinar juntos, en todos los dominios de la actividad humana, ejemplos impresionantes de los inmensos efectos que produce la perseverancia (véase: *Efectos del hábito*, § 73 y 74): pero estas ligeras indicaciones bastan para ayudar a buscar otros.

El valor.—77. Un acto de valor, como un acto de voluntad, se realiza por completo en el pensamiento: consiste en mantener en la conciencia la idea que debe realizarse; consiste en no permitir que se arraiguen ideas de debilidad y cobardía.

Esta noción precisa nos permitirá distinguir el valor animal del valor humano, el valor-pasión, del valor libre; distinción necesaria, pues es esta virtud la que parece más frecuente; en esto, el *bull-dog*, el gallo de pelea, y la mayor parte de los animales parecen aventajar al hombre.

Cuando dos perros, ebrios de cólera, riñen y soportan crueles mordeduras, no puede decirse, **sin embargo**, que sean valientes, como no puede decirse otro tanto de dos hombres que se batan por odio: el furor los ciega, y si la dea de los golpes, de las heridas, del dolor, no es *admitida* en la conciencia, la voluntad no interviene para nada. Toda pasión violenta domina la atención, y aniquila toda idea que se le oponga. Aún en la guerra el verdadero valor, aquel sobre el cual se puede contar, es raro: casi siempre el delirio, el odio salvaje, el miedo, ciegan a los combatientes que “huyen hacia adelante”—o hacia atrás—según las impulsiones de la “bestia” frenética.

El verdadero valor consiste en hacer deliberadamente lo que hace inconscientemente el furor: impedir que la imagen de las heridas y la muerte invada la conciencia. *Aceptar*, por un esfuerzo estoico de la voluntad, las más horribles posibilidades; de mutilaciones permanecer inmóvil bajo las balas; avanzar bajo una lluvia de proyectiles: ver sin perder la serenidad cómo se abalanza sobre sí un huracán de caballería, he ahí el verdadero valor, el valor *sobre el cual se puede contar*.

No se puede tener la misma confianza en ese furor que fácilmente se torna en un "sálvese quien pueda." El verdadero valor es el de Turena, temblando con todos sus miembros, como tiemblan los más brabos en el momento del combate, pero diciendo: "¡Tiembles esqueleto!" y llevando su pobre cuerpo allí donde su voluntad había decidido que fuera.

El Valor en las batallas.—78 Tienen ciertamente un precio inestimable en la guerra, el saber de los jefes, la preparación inteligente, y la superioridad del armamento: pero factor capital del éxito es el valor de los hombres, es decir la firme voluntad de vencer, a despecho del miedo y de la interna tempestad que éste desencadena; a despecho del corazón que late hasta romperse; del estómago dolorosamente contraído; de los intestinos revueltos y enfermos; de las asociaciones de ideas locamente rápidas. Marchar resueltamente *en orden*, a pesar de la metralla, importa probar al enemigo la energía de la voluntad; importa desde luego conmover su confianza; importa aterrorizarlo; desde que una tropa *se revela* resuelta, los adversarios turbados, inquietos, "desanimados," tiran sin apuntar. El miedo impide reflexionar, observar; precipita los tiros, derrocha las municiones y, cuanto más resueltamente uno se aproxima, más aumenta la nerviosidad de los que os ven precipitarse sobre ellos. Muy pronto sobreviene la fuga pues *una batalla perdida es una batalla que se cree haber perdido*.

«No siempre se sabe el mismo día en que se libran las batallas si estas han sido perdidas o ganadas: sólo se sabe al día siguiente y a veces dos o tres días después». Una tropa bien armada, bien dirigida y que se niega a *aceptar la idea de una retirada*, es una tropa invencible.

Esa tranquila e indomable resolución no puede pro-

porcionarla el valor «animal», sino el sentimiento de que se defiende de una causa justa, que vale más que la vida. Las guerras injustas, por el contrario, sólo pueden contar con el valor que nace de sentimientos bajos.

El valor en la vida ordinaria.—79. No es tan sólo en la guerra donde es necesaria la serenidad de ánimo y el valor ante la muerte. En cada tempestad el marino arriesga su vida; el cubre techos, el carpintero, el mecánico de ferrocarriles están constantemente en peligro. Una inundación un incendio, un salvataje pueden exigir decisiones valerosas.

También se requiere valor contra el dolor físico contra los pesares, contra la desventura. Cuando nos hiere un dolor *inevitable* o una *irreparable* desgracia, debemos esforzarnos en no pensar en ellos. Complacerse en su contemplación, dejarse abatir por el dolor y roer por la pena, importa abandonarse: pues el dolor y la pena arruinan la salud y la energía. No reaccionar equivale al suicidio, es violar un deber esencial. La tristeza (§ 89).

La iniciativa es muy rara.—80. Hemos visto que lo que más cuesta es tomar decisiones (§ 72.) Nada más fácil que producir trabajo cuando éste se halla netamente distribuido. La mayor parte de las personas, cuando ven claramente la tarea que les incumbe, la llenan sin vacilar y prefieren un trabajo determinado aunque considerable, a un trabajo menor pero que exija reflexión e iniciativa. Como se ha dicho, los hombres «desean ardientemente volver al estado de máquinas»; un ama de casa o el director de un taller o de una alquería debe reflexionar mucho a fin de prevenir cualquier deficiencia de iniciativa por parte de sus empleados. Se requiere, pues, una distribución precisa del tiempo. Así es como en los conventos, donde se refugian tantas voluntades enfermas, las ocupaciones del día están previstas de cuarto de hora en cuarto de hora. Los espíritus ordinarios tienen necesidad de reglas claras: imponerles una desición sobre el empleo de su tiempo equivale a imponerles un sufrimiento. No son numerosos los alumnos que pueden distribuir su tarea correctamente y no carece de inconvenientes el darles un deber con larga anticipación: pues los expone a cumplirlo en el último momento con perjuicio de otros deberes que no pueden ser postergados.

Hemos visto hasta qué punto falta al salvaje la iniciativa (§ 9), pero seríamos injustos si no hiciésemos notar cuan comparables les somos bajo ese respecto. Queremos sometidos a costumbres ridículas, a la opinión pública y sobre todo a la de nuestro medio social: es necesario un verdadero esfuerzo para atreverse a conservar la propia personalidad y negarse a obedecer a tal uso absurdo, pero que es el USO. La obediencia a las costumbres, a las tradiciones irracionales es una pesada esclavitud para los inteligentes. El hombre cesa de ser libre, cuando no osa tomar la iniciativa de despreciar las tradiciones despóticas. Las mujeres que aceptan la moda de vestidos perjudiciales a su salud y a su belleza están demasiado sometidas a la opinión: si tuviesen un sentimiento más vivo de su dignidad sabrían resistir a esta humillante sumisión.

¡Ah! Es tan fácil seguir a los demás, dejarse conducir por el hábito, es decir, repetir sin *variantes* lo que todos hacen! Pero obrar de tal modo es someter al pasado, el presente y el porvenir; es someterse uno mismo a una servidumbre que ha obstaculizado el progreso y que contribuye a detenerlo.

81. Los obreros sin iniciativa hacen lo que han visto hacer, sin mejorar nada, sin preguntarse por qué obran así: sin preguntarse si no podrán perfeccionar su obra, Lo que debemos sufrir a cada instante por esa falta de iniciativa, podremos apreciarlo con un somero examen de los objetos de que diariamente nos servimos.

Os levantáis y al vestirlos, tomáis un frasco que contiene un tónico prescrito; contáis las primeras gotas, pero héte aquí que el líquido comienza a correr a lo largo de la botella por la razón de que se ha fabricado el borde del gollete sin ocuparse de su destino. Sin embargo millones de esos frascos son fabricados anualmente por los vidrieros y vendidos a millares por los farmacéuticos: prueba de que no se hace en en el comercio gasto de buen sentido.

Queréis inmediatamente serviros de vuestro espejo, no permanece en la posición que lo ponéis. Si la disposición fuera tal que el centro de gravedad del espejo se encontrase dentro de la línea que une los puntos de apoyo, cosa que no sería muy complicado realizar, el espejo

quedaría fijo en todas las posiciones en que lo pusiérais. Se fabrican todos los años millares de espejos sin ocuparse de una cosa tan necesaria y tan simple. Bajáis a almorzar, queréis tomar aceite con el pescado: la botella tiene el mismo defecto que el frasco: está toda viscosa por las gotas que corren a lo largo del vidrio, y manchan el mantel. He aquí otra categoría de comerciantes igualmente económicos de reflexión, que nada hacen por reparar un manifiesto inconveniente. Tomáis el diario así que habéis concluido de almorzar. Antes de tomar asiento quisiérais echar un poco de hulla en la chimenea, tomáis un pedazo con las tenazas y el carbón se os escapa. Si el trozo es algo grande tendréis que comenzar varias veces antes de lograr cogerlo: todo eso porque los extremos de las tenazas están pulidos. Las generaciones de mercaderes y comerciantes de avíos para chimeneas se suceden sin que se les ocurra la idea tan sencilla de de guarnecer con puntas el interior de esas extremidades pulidas, o de rendirlas ásperas mediante algunos golpes de cincel «Conseguís por fin coger vuestro trozo de carbón y colocarlo sobre el fuego y tomáis vuestro periódico. No habéis llegado aún al pie de la primera columna, cuando los cambios de posición a que os invitan vuestras sensaciones, vienen a recordaros que los hombres no saben construir un sillón. Y esto continúa así durante todo el día. Observad y criticad: veréis que, aun cuando se trate de actos que conciernen a una profesión, la inmensa mayoría de los hombres sólo gasta una mínima suma de inteligencia. Parece como si la mayor parte de los hombres tomase por fin atravesar la vida gastando la menor cantidad posible de pensamiento».

Del mismo modo puede observarse cuán rutinarios son los campesinos; cuán penosa les es toda iniciativa y con qué servilismo se apegan a los procedimientos reconocidos por defectuosos. ¡Qué pesar experimenta un buen patriota al considerar el profundo empobrecimiento que resulta para el país! Puede avaluarse en 500 millones de francos la pérdida anual causada por la rutina con relación a la conservación de los abonos! Una economía de un centésimo sobre la ración diaria de cada animal de laboranza daría 215 millones de francos por año!

El mismo horror de la iniciativa se puede observar

en el arreglo de la casa. Cuántas mujeres para limpiar barren y sacuden, contentándose con *cambiar de lugar* el polvo sin quitarlo! Es cierto que lo introducen en la nariz y en la boca de los niños. Cuántas cepillan el calzado en la cocina, derramando así sobre los alimentos o la bajilla, los restos secos de los esputos de tuberculosos, traídos de la calle!

En resumen *cualquier cosa que hagas* no seas esclavo de la rutina. Trata de trabajar siempre con discernimiento y sagacidad. Tener iniciativa es reflexionar; osar conducirse de un modo inteligente es osar hacer mejor que otros.

ENFERMEDADES DE LA VOLUNTAD Y PELIGROS QUE AMENAZAN NUESTRA LIBERTAD

La cólera es un acceso de enajenación mental.—82 Un hombre encolerizado es feo; presenta las cejas arrugadas, las narices dilatadas y palpitantes, los dientes descubiertos y apretados como prontos para morder: los puños crispados. Miradlo bien: es el bruto primitivo que reaparece (§ 13 y 22), dispuesto a quebrarlo todo, a pegar, a pronunciar infames palabras. Los gestos son los de un loco o de un asesino: más bien de un loco, pues que el hombre encolerizado no es ya dueño de sí: está entregado al automatismo sin freno (§ 60 y 70).

No más libertad, no más voluntad; como en un acceso de locura, hay incapacidad de observar con exactitud; de reflexionar, de juzgar.

Las personas de temperamento colérico e impulsivo, que nada hacen por ser dueños de sus violentos arranques, son brutales, orgullosos, autoritarios, intolerantes: son quizás los más peligrosos enemigos del progreso. «Debemos los 9 décimos de las ciencias modernas a hombres a quienes los contemporáneos han considerado como soñadores. La mayoría de los hombres traen al nacer un temperamento demasiado inquieto, demasiado móvil, para que permanezcan tranquilos y hagan descubrimientos. Más aún, sus estériles clamores «espantan la gallina

pronta a incubar sus huevos. Esos violentos, esos turbulentos han llenado la historia de persecuciones, de sufrimientos, de lágrimas, de guerras injustas, de sangrientas matanzas.

Los niños violentos son causa, en la vida diaria, de mil sufrimientos: golpean a sus hermanos, a sus hermanas, a sus compañeros. Insultan, injurian. Desaniman a sus padres por su grosería; y cuando hombres son odiados por sus subordinados, pues son bruscos y por una nada se impacientan. Una horrible forma de esta locura es la cólera alcohólica del furioso que castiga a su mujer, rompe los muebles y a veces ve en rojo y mata.

La violencia habitual es una forma de locura que debe curarse por medio de un trabajo regular que gaste la fuerza pronta a transformarse en actos condenables. Es necesario suprimir en la alimentación los excitantes, los alcoholes y el café, y si es preciso recurrir a los calmantes.

A menudo los perezosos son coléricos porque la fuerza que no emplean se gasta en violencia.

Sin embargo la cólera, cuando no toma la forma furiosa, es una pasión sana, a condición de ser juiciosamente puesta al servicio de la razón. Entonces se convierte en indignación contra el mal y la injusticia. Esa fuerza torrencial e inquieta, una vez contenida y regularizada, presta a la voluntad impulsos y ardimientos en la lucha contra el vicio y el despotismo.

83. Hay que distinguir cuidadosamente los coléricos de las personas *irritables*. Los irritables son débiles, cuyas cóleras no tienen duración. Sin embargo la frecuencia de la irritación hace penosa la vida de las que rodean a tales personas. Cuando el marido, la mujer o los hijos son de carácter insoportable; cuando se impacientan por nada; cuando son inquietos, enervados, sobreexcitados, agrios, regañones la vida de familia es triste: tanto como lo pueden, las víctimas huyen al exterior, vagan por las calles o se refugian en el club o en la taberna. Ese ambiente de irritabilidad destruye poco a poco la salud poniendo triste a todo el mundo y esto como veremos (§ 89) disminuye la energía.

No hay por qué oponer a ese cuadro doloroso, la felicidad de una familia apacible en la cual los hijos se desarrollan en la dulzura, la calma y la alegría.

El dinero: su bueno y su mal empleo.—84. AVARICIA, ECONOMÍA, PRODIGALIDAD, PREVISIÓN, DEUDAS.—El destino de todos es trabajar para vivir. Esta ineludible ley del trabajo es aceptada con resolución por los hombres animosos; éstos aman el oficio que los alimenta y consideran el porvenir con confianza.

Pero la *inseguridad*, que proviene de la incertidumbre del mañana, provoca en los espíritus débiles una locura llamada *avaricia*.

El dinero inspira seguridad contra una destitución arbitraria; contra el paro de los talleres; contra la enfermedad; contra la vejez.

La inteligencia se desconcierta a veces, invadida por el miedo, ante las amenazas de la miseria; la idea de acumular a cualquier precio la mayor cantidad posible de ese dinero protector, se convierte en idea fija.

El avaro acumula, perseguido por su temor enfermizo. Se priva de las cosas más necesarias: vive sórdidamente; priva a sus hijos y a su mujer de alimentos y de vestidos; y cuando el porvenir está ya asegurado, la avidez continúa creciendo: es una locura odiosa que puede conducir a faltas de delicadeza, al crimen mismo y es causa de sufrimientos graves para la sociedad que lo rodea. Destruye los sentimientos de familia, la piedad, el honor: el avaro es un malhechor insensato.

85. LA IMPREVISIÓN.—A esta sórdida mezquindad se opone la imprevisión. El imprevisor vive al día como los salvajes, sin guardar en su conciencia la idea de las desgracias que a todos nos amenazan: sobrevenga un accidente, un paro, una enfermedad, heló allí en la miseria. al imprevisor queda por solo recurso la mendicidad, el hospital. ¡Qué triste suerte la suya cuando la edad avanza! Será una carga para la familia o irá a mendigar!

Los hijos—que no le han pedido la vida—pueden quedar reducidos a implorar la asistencia pública!

86. LA ECONOMÍA.—Seamos económicos. El obrero no puede ciertamente acumular dinero: pero puede formar parte de sociedades de socorros mutuos. Cuando tiene buenas ganancias debe depositar en la caja de ahorros

algún dinero que volverá a encontrar en el momento del paro. Conviene que ahorre algunos centésimos por día a fin de asegurarse un retiro para cuando la edad avanzada lo haga incapaz de trabajar.

Conozco a obreros que gastan en la taberna y en tabaco más de cincuenta centésimos por día o sea 180 francos por año. Si desde la edad de veinte años, depositasen *la mitad de esa suma en la Caja Nacional de Retiros para la Vejez*, asegurarían la felicidad de sus últimos años (§ 57 al fin).

87 LAS DEUDAS.—Existen imprevisores poco escrupulosos que contraen deudas sin estar resueltos a imponerse privaciones para pagarlas. Este modo de proceder es una forma de estafa de que no nos ocuparemos. Pero sucede muchas veces que personas honradas se atrasan poco a poco por debilidad. Compran a crédito algún artículo que les agrada, que les parece barato y del cual podrían privarse; o bien piden prestada una pequeña suma que creen poder devolver. No piensan que, si les es difícil llenar su presupuesto, más tarde les será más difícil hacer frente simultáneamente a sus compromisos, a lo que llevan atrasado y a los intereses del dinero tomado a préstamo. Helos allí en un callejón sin salida por no haber sabido retardar la satisfacción de un deseo hasta el instante en que, habiendo realizado suficientes economías, habrían podido comprar al contado. Su dignidad está comprometida, pues una deuda que no puede pagarse a fecha fija coloca al deudor insolvente en un estado de insoportable servidumbre frente al acreedor. Un hombre digno que quiera permanecer tal, no contrae deudas sino cuando está seguro de poderlas satisfacer el día prometido.

Por otra parte, los imprevisores estrechados, están prontos a inventar excusas para satisfacerse: poco a poco *viven en la mentira* y esto representa una nueva y penosa recaída.

La necesidad de excitaciones.—88. EL JUEGO, EL ALCOHOL, EL TABACO.—Veremos (§ 90) que la alegría «hace circular la sangre» y excita suavemente el corazón y el cerebro. Es, pues, legítimo buscar el placer, más aún, es necesario, pues muchas excitaciones son sanas y fortificantes: tal el ardor producido por un hermoso paseo, por

una excursión. por reuniones de amigos. por la danza, los ejercicios físicos, los juegos al aire libre. la sana lectura.

Pero ¡cuidado! son peligrosas para nuestra libertad las excitaciones que dan rápido origen a tendencias tiránicas.

Hemos visto que el estímulo del alcohol se convierte rápidamente en una necesidad (§ 53 y 54). Lo mismo sucede con el tabaco (§ 57).

No menos peligrosa es la excitación de los juegos de azar. Mirad a ese empleado detenido por su patrón a la hora en que diariamente juega su partida de naipes. Está inquieto, sobreexcitado. sufre; no puede ya aplicar su mente al trabajo. He conocido un comerciante que, en un día en que su mujer estaba gravísima, fué arrasrado al café por su hábito invencible; tan fuerte era la necesidad, que no pudo resistirla. ¿Ese es un hombre libre? Oh! no. Así es como los débiles de voluntad son anulados poco a poco por un déspota interno que vuelve necesarias las excitaciones habituales. Muy pronto esos pobres esclavos arriesgan su fortuna, la seguridad de su mujer y la de sus hijos: como el avaro y el alcohólico. el jugador pierde toda dignidad; todo sentido moral. Podrás ir un día para instruirte a observar en una casa de juego las fisonomías inquietas, deshechas, innobles de los jugadores desenfrenados, y saldrás lleno de horror y de piedad al comprobar lo que puede hacer la pasión del juego con personas hasta entonces honradas y dignas! ¡Guárdate de tales excitaciones como te guardarás del ajeno y del alcohol! Un jugador es un alienado, no es ya un hombre libre.

La tristeza y la alegría.—89. LA TRISTEZA.—La tristeza es una enfermedad de la energía. Nadie puede evitarla en el curso de su vida; pero si uno se complace en ella, si no realiza todos sus esfuerzos para vencerla, no tarda ella en hacer horribles destrozos.

Físicamente nos deprime como una fatiga prolongada y excesiva. Nos quebranta y nos deja incapaces de esfuerzo. Disminuye las secreciones. Los movimientos respiratorios menos amplios. Disminuye el número de glóbulos sanguíneos y las combustiones en la profundidad de los órganos se efectúan lentamente.

El esfuerzo físico se torna penoso: se sienten las «piernas quebradas»; se tiritan; se experimenta la sensación de un vacío en la cabeza y no se tiene gusto para nada.

Desde el punto de vista intelectual, se ve y se oye menos claramente y con más lentitud; cuesta trabajo recordar y organizar las ideas. El pesar ejerce una acción disolvente sobre el espíritu y nos impide dirigir el curso de nuestros pensamientos. Turba profundamente la atención y nos vuelve incapaces de esfuerzos prolongados: apatía, irresolución, neurastenia, tales son los resultados de una prolongada tristeza.

90. Por el contrario la alegría es como el canto de triunfo del organismo. Indica el buen funcionamiento de la máquina que anda a alta presión. Es la conciencia de una superabundancia de energía. Cuando la vida produce más fuerzas de las que consume hay un exceso; y, por un efecto de repercusión, cuanto más considerable es la fuerza producida, más activamente se cumplen las funciones digestivas y nutritivas: corresponde a ese estado una sensación de alegría interna; uno se siente exuberante; la respiración es amplia; el corazón *liviano*, los rasgos toman una expresión sonriente. Las ideas acuden en tropel, la atención y la voluntad son robustas.

«Al salir de la cama después de un sueño no interrumpido el hombre de buena salud canta o silba al vestirse; aparece entre los suyos con la faz radiante y pronto a reír a la primera ocasión Sintiéndose con la plenitud de sus facultades, consciente de sus éxitos anteriores y confiado en el porvenir por su energía, su sagacidad y sus recursos, aborda el trabajo del día sin repugnancia, antes bien con alegría; de un trabajo fácil y feliz saca de hora en hora nuevas satisfacciones, y vuelve a su casa con abundante exceso de vigor que gastará en las horas de descanso.

«De muy diverso modo sucede con el que se ha dejado debilitar. Sus fuerzas ya insuficientes se vuelven más insuficientes aún por el desaliento. Además de la conciencia debilitante de un porvenir inmediato, tiene también la que le revela un porvenir lejano. Sus horas de descanso que, cuando se las emplea regularmente, causan

placeres capaces de estimular el curso de la vida y renovar la potencia de acción, no pueden ser utilizadas: no hay ya vigor suficiente para las distracciones que piden energía, y la ausencia de buen humor impide entregarse con gusto a las distracciones pasivas».

Heriberto Spencer agrega que al apreciar la conducta de las personas debemos tener presente que hay los que «con su alegría esparcen el contento en su derredor y los que con su tristeza vuelven sombrío todo lo que frecuentan». Recordemos también que, procurando irradiar la felicidad en torno de sí «un hombre puede aumentar la felicidad de los otros más que con sus esfuerzos positivos dirigidos a procurarles satisfacción» y que un hombre triste «puede alterar la felicidad con su sola presencia». El uno, lleno de vivacidad, es siempre el bienvenido. Sólo tiene sonrisas y alegres palabras para su esposa, para sus hijos; entretenidas historias para sus amigos; una agradable conversación mezclada con espirituales salidas. Se huye del otro, por el contrario. La irritabilidad que resulta, ya de sus indisposiciones, ya de las contradicciones causada por su debilidad, causa sufrimientos diarios a su familia. Falto de energía suficiente para mezclarse en el juego de los niños sólo les presta un mediocre interés: sus amigos lo tratan de turba-fiestas.

91. Si insistimos sobre la tristeza es porque ella es origen de grandes sufrimientos. Muchas mujeres se complacen en ella. Heridas por las realidades de la existencia, buscan refugio en un mundo imaginario. En este país, dice Miss Brackett, jamás hace mal tiempo, salvo algún chaparrón bienhechor para la tierra; los ferrocarriles nunca dejan de llevar la correspondencia; nunca están mal puntuados los telegramas y uno puede fiarse perfectamente en los contadores de gas; jamás se siente el olor del petróleo. Si deben hacerse reparaciones, los que se han encargado de ellas las hacen con rapidez. Los niños no olvidan nunca las órdenes que se les han dado y no desobedecen nunca». Y se entristecen por las realidades presentes. Actitud poco valerosa de las mujeres que constantemente gimen y se quejan. Actitud cobarde de los jóvenes que sin cesar se lamentan «por no poder hacer los círculos cuadrados o redondear los án-

gulos.—Ah! si esto fuera así!—Sí, pero no es así!—Y sin embargo hay que jugar el partido aun cuando no se tengan todos los triunfos: hay que obrar alegremente.

Si fuera incurable la tristeza, cruel sería insistir en ello. Existen casos claramente morbosos que son del dominio de la medicina; pero generalmente las personas tristes por temperamento o cruelmente heridas por la desgracia, o agriadas por las injusticias, pueden luchar, a condición de quererlo.

Deben huir la compañía de las personas inclinadas como ellas a la tristeza. Deben evitar la soledad, evitar de complacerse en su dolor.

Busquen el trato, la sociedad y, si posible es, la amistad de personas alegres. Impónganse un trabajo que ocupe su espíritu; hagan largos paseos con sus amigos; viajen y estarán salvadas. La animación y la alegría pueden conquistarse.

La pereza y sus diversas formas.—LA PEREZA.—92 Nuestros lejanos antepasados y en la actualidad las tribus salvajes (negros y pieles rojas) lo mismo que los pueblos poco civilizados (árabes), eran o son capaces de esfuerzos violentos como lo requieren la guerra y la caza. Solamente, como lo hemos visto, (§ 10), tentan horror al *esfuerzo prolongado de atención*. Pues bien, la pereza no es la incapacidad de hacer esfuerzos violentos, sino de *sostener la atención largo tiempo*. Se corre el riesgo de ser injusto y a veces cruel, llamando pereza a lo que es inercia o apatía en un niño que ha crecido demasiado rápidamente y al cual agota todo esfuerzo físico o intelectual. Tal niño es un enfermo que debe cuidarse con solicitud y al cual es necesario impedir que se sobre cargue en la clase o en el juego.

El verdadero perezoso es el niño robusto que juega con ardor y a quien repugna la idea de cumplir una tarea o desempeñar cualquier cometido (§ 71 y 72). El verdadero perezoso es el bohemio, el vagabundo, el andariego; son capaces de largas marchas y por consiguiente de enérgicos esfuerzos, pero les es insoportable el trabajo regular y monótono porque exige un poco de atención.

En resumen no debe llamarse perezoso al débil o apático por falta de energía: a ese no valen reproches exhortaciones; le es necesario buen alimento, aire puro.

y reposo. El perezoso es el niño o el hombre capaz de esfuerzos físicos a veces considerables pero que es *rebelde a los esfuerzos de atención*.

93. Hay que distinguir dos clases muy diferentes de perezosos. Unos no pueden hacer el esfuerzo enérgico de atención que consiste en *comparar* las diversas soluciones posibles y en *escoger*. A la mayoría de los niños repugna la iniciativa (§ 80). Si se les dan tres deberes al principio de la semana perderán tiempo porque no tomarán la decisión de principiar por uno, resueltamente; de continuar con el segundo y de concluir con el tercero! También es necesario que la tarea esté claramente determinada hasta en sus detalles. Muchos se asemejan al enfermo, de que habla el alienista Dumas, inerte, incapaz de ponerse por sí mismo en movimiento, pero que obedece al comando «Algunos locos, que han observado esta obediencia pasiva y automática, pónense a veces detrás de él para ordenarle el ejercicio «¡Uno, dos, uno, dos!» y él marca el paso militar tanto tiempo, cuanto su cabo improvisado continúa dando órdenes»

Y a tí mismo no es fácil el esfuerzo de repartir el trabajo de la semana: más fácil es obedecer al que grite: «Por el flanco a la derecha», que escoger entre varios caminos! Y experimentas de tal modo cierta dificultad, cuando recibes una orden que te molesta, en *aceptar* esa orden, en prestarle tu benévola atención, porque es más penoso *comenzar* una nueva serie de movimientos que continuar lo que hacías. También pide un esfuerzo el decidirse, pues que debe romper el automatismo de las ideas que desfilan en tu pensamiento y *tomar tus asociaciones*, (§ 60).

Si viene a agravarse esa forma de la pereza, convierte a sus víctimas en subordinados por naturaleza. Necesitan amos, jefes: pues confiarles una tarea que requiera reflexión y decisión, es condenarlos a perpetuas derrotas. Dirigir una finca, un comercio, uná industria, es un sufrimiento.

Pero, siendo perezosos en la iniciativa, pueden ser útiles colaboradores cuando son *dirigidos*: la mayoría de los hombres son de esta especie: trabajan, pero les horroriza la idea de tomar decisiones o asumir responsabilidades.

Los verdaderos perezosos son incapaces aun de esa actividad regular, dirigida: no pueden *soportar* la *monotonía* del trabajo ni la fatiga de prestar atención *largo tiempo*. Son, según la expresión popular, «buenos para nada».

Efectivamente, el perezoso incapaz de esfuerzo, es esclavo *por naturaleza* (§ 44). Deja empobrecer su energía por exceso de reposo (§ 46). Su inteligencia se debilita (§ 58); arrastrado por el azar de la asociación de las ideas (§ 60), presa de la credulidad a la cual sólo con violentos e incesantes esfuerzos es posible escapar (§ 63 y 64), el perezoso queda un espíritu mediocre y sin alcances.

Su voluntad, sujeta a las pasiones (§ 62), queda poco a poco encadenada por los malos hábitos. Es reducido insensiblemente a una vida por completo animal, porque una vida inferior no requiere una energía continua: ni dignidad, ni libertad; ese es el lote del perezoso.

Como todos los *fracasados*, conserva un amor propio tanto más ulcerado, cuanto más desprecio siente en torno suyo: por eso busca mil absurdas razones para excusarse. ¡Cuántas justificaciones no busca el alumno que no ha cumplido con su deber! Así, poco a poco, vive en la mentira. Todo perezoso se convierte necesariamente en un mentiroso.

Por otra parte los perezosos—«que si bien desean lo que los otros poseen, no emplean ninguna energía para adquirirlo—se quejan incesantemente de la fortuna, que no hace por ellos lo que ellos mismos no tratan de hacer y desbordan de envidia y malevolencia contra los que poseen lo que ellos quisieran tener. Los seres más envidiosos de la tierra son los hombres de Oriente.....» a causa de su apatía. Entre nosotros son los holgazanes, los incapaces, que son los más encarnizados contra los grandes hombres: en general los perezosos, sin excepción, son agrios, descontentos, vilmente envidiosos y a menudo malvados.

Socialmente el perezoso no tiene existencia: tiene horror al esfuerzo, y nunca se sabe si tendrá valor de cumplir su tarea. Irrita a quienes lo emplean, pues nada

hace sincera y conscientemente: su actitud lánguida y descontenta es desagradable; jamás se halla en él una obediencia viva e instantánea.

Si se trata de una muchacha encargada, por ejemplo, de barrer, no limpiará los rincones y ocultará la basura bajo los muebles. Por no inclinarse a enjugar el agua derramada, arrastrará por todas partes sus pies mojados y ocasionará más trabajo que el que ella misma efectúa. Si es un niño, tratará de copiar los deberes de un compañero y de engañar a su maestro. Siempre distraído e irreflexivo no se aplicará a nada. Verificar las operaciones de aritmética o la ortografía de una palabra sobre la cual tenga dudas, es cosa demasiado penosa. De este modo no realiza ningún adelanto. Si es un obrero, en vez de atender a su cometido y de trabajar en conciencia, quedará rutinario como un carnero de Panurgo (§ 81) y llevará mal su tarea. En una palabra *nadie puede contar sobre el perezoso*: ninguna confianza en él es posible; débesele vigilar de cerca, pues suscita legítimas sospechas.

— No solamente por su falta de conciencia es un manantial de incesante sufrimientos, sino que puede causar grandes perjuicios a su patrón y resultar criminal sin saberlo: una falla en una barra de hierro o en una cuerda puede costar la vida a los mineros o a los obreros subidos en un andamio: una tuerca insuficientemente apretada puede producir un descarrilamiento. ¡Cuántos incendios son debidos a la incuria de un albañil que, para ahorrarse trabajo, ha dejado que una viga comunicase con la chimenea!

Añadamos a estos males, causados por la pereza, las cargas abrumadoras que pesan sobre nosotros a causa de los vagabundos, de los frequentadores de hospitales y prisiones, de los mendigos, de los ladrones, de los obreros de oficios deshonestos, de los periodistas de baja ralea, de los parásitos de toda clase que sostenemos con gran costo.

Cierto que el perezoso es digno de compasión: como no tiene hábitos de trabajo, el menor esfuerzo le pesa y en fin de cuentas las iniciativas que le impone la vida diaria, las visitas que ha de hacer, las cartas que debe escribir, los pasos que dar, el trabajo obligatorio, el ser-

vicio militar, son causa de dolorosos esfuerzos. El hombre sostenido por hábitos de prolongado trabajo no teme el cansancio.

No seas, pues, perezoso y desde hoy haz lo que hagas con decisión y buena voluntad.

EL TRABAJO

La majestad del trabajo.—96. Nos causa admiración una débil domadora en la jaula de los leones: su calma hace resaltar la superioridad del espíritu y de la voluntad humana sobre la fuerza bruta. Pero no es necesario tal espectáculo para presenciar la conmovedora lucha de la inteligencia contra la brutalidad. ¿No estamos acaso nosotros mismos en la jaula de los leones? ¿No estamos en lucha contra una implacable naturaleza, pronta siempre a atacarnos con el frío, el hambre, el sufrimiento, la enfermedad, la muerte? Sólo con nuestra energía y nuestro ingenio domamos ese poderío hostil.

Más dramática aún era la vida para nuestros antepasados, a quienes asechaba el peligro en todas partes. Vivían en medio del terror.

Reflexiona cuánto respeto debes profesar al trabajo. Imagina su majestad y la grandeza de la lucha emprendida por la Inteligencia y la Voluntad humana contra las fuerzas hostiles de la naturaleza.

Por una parte hazte cargo de la espantosa miseria de los hombres aislados e ignorantes y del esplendor de las grandes conquistas de la cooperación humana —y por otra parte, piensa en la fragilidad, en la pequeñez, en la insignificancia del acto intelectual por excelencia (§ 64), en lo mediocre e ínfimo que es el acto de voluntad (§ 71). Comparando entonces el punto de partida y los instrumentos de la conquista, con los grandiosos resultados obtenidos, ¿cómo podrías no experimentar una intensa emoción al pensar en esa prodigiosa acumulación de esfuerzos? Cómo podrías no sentir tu pecho dilatarse de orgullo y de ilimitadas esperanzas al vislumbrar el porvenir radioso que se ofrece a la raza humana?

97. **EL TRABAJO ES LA LIBERTAD.**—No tuvo el trabajo desde un principio el aspecto de una liberación: fue por el contrario considerado en las sociedades primitivas

como una servidumbre y como tal reservado a los esclavos. En esos tiempos de lucha directa y desigual del hombre con la naturaleza, el trabajo puramente manual era una carga muy pesada.

Pero esa dura esclavitud llevó al hombre a deshacerse de la animalidad, obligándolo a ingeniarse para aliviar su labor: así halló la palanca, la cuña, el plano inclinado; inventó el hacha, el cuchillo, la sierra. Para construir encontró la cabria y las poleas; inventó el carro de ruedas, el molino y por fin los oficios. Luego, pero mucho más tarde, el vapor y la electricidad.

Al trabajo muscular lento y penoso, el hombre ha sustituido en parte el trabajo de las máquinas: un navío acorazado, que tiene veinte mil caballos de fuerza, representa los esfuerzos de un millón doscientos mil remeros trabajando día y noche en tres equipos sucesivos. Cada uno de los doscientos mecánicos y foguistas del navío efectúa el trabajo de *seis mil hombres*.

Un caballo-vapor ejecuta el trabajo de veintiún obreros. Los seis millones de caballos-vapor que existen en Francia equivalen, luego, a la fuerza de ciento veinte millones de hombres: cada trabajador tiene, por decirlo así, doce esclavos a su servicio.

El trabajo como educador.—98 Hemos visto cuán lentamente se alcanzaron esas conquistas (§ 15). Durante muy largo tiempo los hombres permanecieron violentos y sin perseverancia (§ 76). Eran demasiado imprevisores para que la idea de un posible accidente, de alguna enfermedad, de la vejez, o las responsabilidades del jefe de familia pudiesen hacerles soportables las monotonías del trabajo.

Los mejores, los más previsores, viviendo ellos mismos en una sociedad de impulsivos y de egoístas, no podían desarrollarse: lo inseguro de la vida, la falta de amparo para garantir el producto del trabajo, desalentaban a los laboriosos: sucedía lo que pasa hoy también allí donde no se respeta el derecho, como sucede en los países sometidos a la Turquía, donde hay paralización del trabajo; porque, sin la confianza, nadie realiza esfuerzos en vista de un porvenir lejano.

Por eso fue preciso que durante centenares de siglos la espantosa impulsividad de los rudos hombres de anta-

ño quedase refrenada. El terror de una autoridad implacable; el temor religioso de dioses crueles; el miedo a una opinión terrible, pues todos se creían punibles por el sacrilegio de uno solo, llegaron a suavizar a esos salvajes y a darles el hábito de «permanecer tranquilos» y aplicados.

Ciertamente fué por las mujeres, por los esclavos, por los débiles, *obligados a trabajar*, que la atención voluntaria y duradera se introdujo en el mundo.

El trabajo obligatorio ha sido sin duda y es aún la gran escuela de la atención, es decir, de la más alta energía humana. (§ 71).

En efecto, no solamente el trabajo procura a los músculos energía y precisión; no solamente facilita la circulación de la sangre y transforma el cuerpo en una máquina dócil y bien regulada, sino que fortifica la inteligencia.

Enseña a observar con cuidado y a «abrir los ojos». El carpintero, el albañil, deben tomar sus medidas con exactitud, el fundidor y el herrero deben poseer serenidad y acierto. Cada obrero aprecia la extensión, el peso, el grado de dureza de los materiales que emplea. Es menester que el labrador vea claro para trazar el surcol.

Por otro lado hay capataces a quienes nadie engaña, que vigilan el trabajo, castigan toda disipación y no se dejan desviar: esos nunca perdonan y son educadores implacables. Esos capataces a quienes no se puede engañar, son las leyes naturales. Carpintero, si has tomado malas medidas volverás a construir esa ventana! Tornero si has calculado mal el paso de la rosca, comenzarás tu obra de nuevo! Y todos obedecen: el zapatero que ha cortado mal el cuero, y la costurera que ha dado un tijeretazo de más. El mal es irreparable. Haga lo que haga la niña, si ha dejado cocer un huevo más de tres minutos, no obtendrá nunca un huevo pasado por agua! El médico desaseado que opera sin tomar las precauciones de asepsia producirá una infección al enfermo, a quien nadie podrá salvar; la madre que cuida neciamente a su hijo lo mata y nadie lo resucitará!

Así es como todo trabajador recibe el castigo de su aturdimiento.

La precipitación o la violencia impulsiva, reciben puniciones igualmente inevitables (§ 75): pues las leyes

naturales que castigan la distracción alcanzan duramente a los aturdidos, a los enervados que lo hacen todo de prisa. De nada sirve enfadarse contra la madera o el hierro, el calor o la pesantez. Los fenómenos obedecen a sus causas, no a nuestra impaciencia: que el labrador niegue o no, su cosecha no adelantará un solo día. Que te irrites o no, no doblarás esa barra de hierro sino enrojeciéndola al fuego; y no hendirás ese trozo de leña si no sigues el sentido de las fibras.

¿Tienes prisa? Bien, pues, ese tizón que no tiene prisa por enfriarse, te quemará cruelmente. Observa tus compañeros: Uno de ellos, siempre apurado, atareado y desatento, se golpea la cabeza, se aprieta los dedos, se da martillazos sobre la mano: todo se le vuelve contrario. Divertido es ver cómo las cosas parecen ingeniarse de mil modos para jugar travesuras a las personas impacientes! Por el contrario, tal otro que es reflexivo, tranquilo, halla dóciles y como premurosos todos los objetos, y no tiene que sufrir por su malicia ni por sus travesuras. Sé, pues, siempre dueño de tí, y recuerda la gran regla de conducta que debes imponerte: ejecutar solamente una cosa a la vez, con serenidad, sin enervarte, y ejecutarla *a fondo*.

99. EL TRABAJO ES ESCUELA DE ORDEN, DE MÉTODO, DE PREVISIÓN.—Por lo demás, solo tienes que pensar, en la manera cómo te conduces cuando olvidas esta regla. Cuando por la mañana estás retardo para ir a la clase, en vez de obrar con tanto más método y serenidad cuanta más prisa tengas, te enervas y te impacientas: en vez de buscar objeto por objeto, piensas en todos a un tiempo y no encuentras nada! Te aturdes: te han escondido tu cinturón, tu gorro; te han tomado tu cuaderno; las cosas parecen mofarse de tí y experimentar placer en aturdirte más aun: tienes mal humor, buscas con tan poca maña que provocas la risa de todos y te marchas exasperado!

Divertida comedia representan todos los impacientes, desde el agitado que con sus preguntas impaciente a los empleados de la estación, que no son responsables de que el tren no llegue a tal hora, hasta el obrero desordenado que jamás halla sus instrumentos hasta que al

recoger las virutas se hierre gravemente: así se recuerda del escoplo que buscaba!

El orden es necesario en todas partes. Para preparar la sopa ha sido necesario pensar en todo con anticipación: comprar un trozo de carne; llevar en el bolsillo el dinero para pagarlo y al brazo el canasto para traerlo; ir a la huerta, arrancar zanahorias o cortar un repollo, poner agua al fuego; y para esto, haber tenido pronto el carbón; mondar las legumbres, y cuando el agua está fría aún echar en ella la carne y las zanahorias, espumar la superficie, salar el conjunto, etc. Hacer en el momento conveniente cada una de estas operaciones: en eso consiste el método. ¡Si no hay método no hay sopa, compañero! Pues bien, *en la vida todo debe ser ejecutado con método, si se quiere obtener éxito.*

El trabajo no desarrolla solamente el espíritu de orden sino también el espíritu de iniciativa. Las fuerzas externas no sufren espera; a veces es necesario que la voluntad esté pronta: cuando hay que alzar un maderamen, levantar fardos pesados, llenar un molde de fundición, cada cual debe estar alerta, ver con rapidez y obrar sin pérdida de un segundo. Del mismo modo una dueña de casa, que recibe invitados, debe tener la decisión y el ojo avizor de un general en campo de batalla.

160.—EL TRABAJO: ESCUELA DE SOLIDARIDAD.—Si tomamos un puñado de arena en la orilla Ródano ¡cuánta diversidad de orígenes presentan los granos que lo forman! Vienen éstos del ventisquero del Ródano o del Cervino, aquellos, del Jura, del Morvan, del Ventoux. Han sido arrancados éstos de las rocas recientes del macizo del monte Blanco, aquellos de los antiguos montes del Vivarais.

Esta prodigiosa riqueza de orígenes y de edades que se nota en ese puñado de arena aparece más asombrosa aún en el más humilde producto del trabajo humano.

¡Con qué respeto sagrado no consideraríamos el pan cotidiano que se pone sobre la mesa, si en tales cosas pensáramos! En ninguna parte brota el trigo en estado salvaje: así como la mayoría de las plantas útiles a nuestra alimentación, el trigo ha sido tan profundamente modificada por la cultura y por los cuidados de centenares de generaciones de cultivadores, que hoy es una *creación*

del genio humano. Con el panadero que amasa la harina, colaboran los grandes desconocidos que han inventado el cultivo, hallado el trigo, perfeccionado la labranza, las semillas, las cosechas; que han imaginado la trilla, luego las máquinas de aventar y de cribar; los que han descubierto el arte de moler el grano para extraer la harina y el arte de hacer la masa; los que encontraron la levadura y las propiedades de la cocción.

No conocemos el nombre de esos bienhechores; pero esos amigos nuestros trabajan de algún modo con el panadero. Por otra parte, los labradores que han cultivado los campos, han sembrado, recogido, etc.: los ingenieros y los obreros que han construido los caminos y los ferrocarriles; las locomotoras y los vagones que han transportado el trigo, etc., todos han trabajado para darnos el pan que comemos. Ya hemos procurado hacer manifiesta esa cooperación fraternal entre los millones de hombres desaparecidos y los millares de trabajadores que hoy viven. (§ 16).

Desde los lejanos inventores del lenguaje y de la escritura hasta los del papel y de la tinta; desde los creadores del hierro, del acero, de las máquinas, hasta los obreros del transporte ¡cuántos ejércitos de pensadores y de laboriosos han inventado mejorado y trabajado para que con mi pluma de acero pueda yo transmitirte mi experiencia de la vida! Y, cuando yo también vaya a reunirme a los antepasados en el reposo eterno, podrás aún venir a buscar en este libro sostén a tu energía, en este libro que con la ayuda de innumerables concursos puedo escribir para ti y para tus hijos cuando tengan tu edad.

Sobrepasa siempre con tu pensamiento la monotonía de tu tarea de hoy, transfigura tu propio trabajo considerándolo desde el punto de vista de esa grandiosa ley de solidaridad.

¡Qué consuelo para el leñador aislado en el seno de la selva si pudiese saber, como lo sabrán sus hijos, que está rodeado de millares de colaboradores invisibles! El universo entero colabora con él a cada hachazo que da, agregando a su fuerza la de la gravitación universal: todas las potencias del universo contribuyen a sostener la mesa sobre la cual toma su modesta comida de familia.

Pero cuanto más conmovedor es el pensamiento de que con el leñador no trabajan sólo los poderes insensibles del universo, sino también los esfuerzos, la buena voluntad de millones de almas humanas, que han sufrido y que, como nosotros, han pasado por las alternativas de de tristeza y de alegría! No sólo la pesantez terrestre ayuda al leñador a hendir la encina: con él asestan sus golpes los innumerables inventores y trabajadores que han sustituido poco a poco la prehistórica hacha de sílex por el terrible filo del hacha de acero.

Ni aun el egoísta puede ser egoísta, tal es la belleza de la ley de solidaridad: Nadie puede trabajar tan solo para sí, y el campesino avaro y duro que desmonta un rincón de tierra, que deseca un pantano, que arranca una maleza, que destruye una bestia dañina contribuye a sanear su país.

Por más que sólo piense en su ganancia, trabaja por todos: sus pensamientos serán egoístas, pero sus actos son fecundos y generosos. Así es como el avaro sórdido y misántropo ha acumulado, en fin de cuentas, felicidad y alegría para otros! Es así como se debe animar el trabajo con el consolador pensamiento que de él resulta.

¿No debe inspirarnos valor la idea de que nuestra obra es útil a alguno de nuestros semejantes, a una familia, a una ciudad entera? Nada sostiene tanto el corazón como pensar que el trabajo que nos imponemos se transforma en felicidad para la mujer y para el niño. Cada piedra que el albañil levanta, cada cepillazo del carpintero, cada golpe del azadón del campesino, viene a formar en parte el abrigado vestido que compraremos para la vieja mamá que nos ha amado tanto, para la hijita que va a la escuela: forma en parte los buenos zapatos del muchacho; se transforma en buen alimento y es durante el invierno fuego y calor para los que amamos!

¡Y la casa que se construye! «Cada día y a cada hora procurará a toda una familia bienestar y alegría. Será también un dulce un abrigo, un lugar de íntima reunión, morada de afectos, más de un siglo, después que haya bajado a la tumba.» Qué consuelo, crear felicidad para los demás!

Pongamos también todo nuestro corazón en lo que hacemos.

Si tienen duración nuestras obras buenas, si sobrepasan en mucho el momento presente, sucede desgraciadamente lo mismo con las malas. Si una cuerda concienzudamente tejida y resistente puede salvar la vida a mineros en peligro, inversamente un obrero, que deja una falla en un anillo de cadena, es responsable de la ruptura que precipitará en el fondo del pozo la docena de obreros que bajaban en una jaula.

Cada falta de conciencia de un obrero se traduce en sufrimiento para alguno. El ama de casa experimenta molestias a cada instante porque un mueble ha sido construido sin inteligencia. Un célebre novelista, Emilio Zola, murió por causa de una chimenea mal construída. Sin recurrir a tan extremados ejemplos, ¡cuántas personas pierden tiempo y se «quemán la sangre» porque una chimenea tiene mal tiraje! Y luego es la ropa, quemada por el cloro de una lavandera poco cuidadosa, etc. (§ 81).

Además, cuando un trabajo está mal ejecutado, aquel mismo que lo ha hecho no ve nunca el fin de sus disgustos, pues soporta de rechazo el mal humor de aquellos que sufren o están descontentos por su falta.

Hazlo todo a fondo, todo con conciencia.

El dilema.—101. COOPERACIÓN O MISERIA.—(Véase § 14). Aun cuando el trabajo sea una educación de la solidaridad, hay que reconocer que nos queda aun mucho que hacer para organizarlo. Cada uno, en el campo sobre todo, sufre por separado: nuestros campesinos deberían meditar la fábula de La Fontaine: «*El anciano y sus hijos*». Fácil es romper una rama aislada, difícil y luego imposible, romperla, cuando muchas reunidas en un haz ponen en común su fuerza de resistencia. Lo mismo sucede con los campesinos que, cuando están aislados, son víctimas, de los comerciantes mayoristas, de los *intermediarios*. Se calcula en siete millares de francos por año lo que cuesta a Francia los intermediarios a los consumidores y productores. Es un formidable impuesto anual que grava la inteligencia, la rutina, la pereza de los aislados ¡Caro cuesta a los campesinos su criterio muy personal y su recíproca desconfianza!

Ese criterio es el que debe modificarse, El día en que los habitantes de un pueblo, de una villa, de un dis-

trito, sepan unirse y tengan conciencia de la comunidad de sus intereses, su situación será mejorada!

Gradualmente las máquinas serán compradas por las municipalidades o por los sindicatos. Aprenderán a asociarse los campesinos para las irrigaciones, los drenajes, los análisis de terrenos, las compras de animales, de semillas, de plantas, de abonos, para los seguros agrícolas. Para los labradores el aislamiento es la ruina. la cooperación los salvará y los enriquecerá. Miseria o cooperación tal es el dilema en el cual debe inspirarse la enseñanza social dada en los campos.

La felicidad realizada por el trabajo.—10°. No es necesario que demos nuevamente cómo el trabajo ha sido indirectamente causa de felicidad para el hombre. Todo se lo debemos; él es que nos ha libertado de la opresión de mundo material. que ha conquistado la libertad de pensar, que ha formado nuestra inteligencia; de y nuestra voluntad. Hemos visto ya cuanto vale la paciencia, la perseverancia, el valor, la iniciativa, que en resumen son formas del trabajo.

Inútil es repetirlo, tan evidente es, que el acrecentamiento de la inteligencia, de la dignidad, de moralidad producido por el trabajo, es fuente viva de bellas y nobles satisfacciones!

Sin él la raza humana hubiese quedado despreciable: si hubiésemos sido colocados en un mundo opulento, es evidente que estaríamos todos perdidos. ¿Qué hubiera sido para nosotros tal mundo si hubiese ofrecido espontáneamente a nuestras necesidades y a nuestros deseos todo cuanto podían? Hubiera sido un mundo sin esfuerzos, sin trabajo sin valor, sin heroísmo y sin genio. . . .

Un mundo sin lucha, sin obstáculos, sin peligros y sin muerte, solo hubiera hecho de nosotros una raza despreciable. La pobreza es la maestra del genero humano.

Y Channing dice: «No cambiaría, aun cuando lo pudiese, nuestra sujeción a las leyes físicas, al hambre, al frío ni la necesidad de luchar continuamente con el mundo material. Aún cuando lo pudiese. no templaría los elementos de tal modo que solo produjesen en nosotros sensaciones agradables; no tornaríá tan rica la vegetación que proviniese todas nuestras necesidades, ni tan dúctiles los

metales que no ofreciesen ya resistencia a nuestra fuerza y a nuestra habilidad. Tal mundo sólo engendraría una raza despreciable.

«El hombre debe su desarrollo y más que toda su energía a esa tensión de voluntad, a esa lucha contra la dificultad, que llamamos esfuerzo. Un trabajo fácil y agradable no produce espíritus robustos, no procura al hombre el sentimiento del poder, no le amolda a la paciencia, a la perseverancia, a la constancia de la voluntad, esta fuerza sin la cual todo lo demás es nada. Verdad es que son maestros severos la necesidad, el sufrimiento, el furor de los elementos, y la vicisitud de las cosas humanas: pero esos rudos preceptores hacen por nosotros lo que no haría ningún amigo indulgente y compasivo.

No es solamente retemplando nuestra energía como el trabajo se vuelve fuente de felicidad; produce también directamente grandes alegrías, pues no existe alegría más intensa que la de *crear*.

El obrero que ha dado cima a su obra experimenta un sentimiento de orgullo y de contento. Has visto con qué satisfacción consideraba concluida su tarea el jardinero que trazó nuestro jardín: durante varios domingos volvió con su mujer y su hijos para admirarlo con toda comodidad. ¡Con qué contento los albañiles plantan la bandera sobre las paredes terminadas! ¿Tu mismo no quedas encantado cuando has realizado concienzudamente un esfuerzo?

Por toda la casa se te escucha cantar. Contempla la alegría del joven labrador que ha trazado el surco bien recto: el orgullo del cortador que prueba un vestido bien hecho, y el de la ama de casa cuyo comedor reluce.

Es una íntima satisfacción la que resulta, para el hombre de trabajo, del pleno ejercicio de sus facultades: fuerza del cuerpo, destreza de las manos, agilidad del espíritu, potencia de la idea, orgullo del alma por el sentimiento de la dificultad vencida, de la naturaleza dominada de la ciencia adquirida, de la independencia asegurada: el trabajador goza de la más alta prerrogativa de que puede enorgullecerse un sér: *existe por sí mismo*.

Agrega el autor: «¿Por qué el trabajo, llenando todas las condiciones de variedad, de salubridad, de inteligencia, de arte, de dignidad, de pasión, de legítimo bene-

ficio, no sería, aun desde el punto de vista de placer, preferible a todos los juegos, danzas, esgrimas, gimnasias, diversiones que la pobre humanidad ha inventado?»

La agricultura que «supone tanta variedad en los conocimientos como la requiere el trabajo» está destinada a ser la primera de las artes, y «ofrece a la imaginación tantos atractivos cuantos pueda desear el alma más artista.» No conozco me decía un labrador filósofo, mayor placer que el de arar: cuando doblo mis surcos me parece que soy rey. Cultivar la tierra es por excelencia la función del hombre; de igual modo que cuidar la casa es lo que sienta mejor a la mujer», y Prudhon agrega: «Recuerdo aún con delicias el gran día en que mi compenedor fue para mí un símbolo y el instrumento de mi libertad. No; vosotros no tenéis idea de la satisfacción inmensa en que flota el corazón de un hombre de veinte años que se dice a sí mismo: «¡Tengo una profesión! Puedo ir por doquiera: no necesito de nadie!» Es el ENTUSIASMO DEL TRABAJO. «Honor, amistad, amor, bienestar, independencia, soberanía; el trabajo todo lo promete al obrero, todo se lo asegura».

Para el ocioso la vida no tiene sabor alguno. A semeja a un sueño: por el contrario el enérgico acumula las obras; señala cada día con una creación; su vida plena y sabrosa, es verdadera y profundamente feliz.

Necesidad de alegrías sanas.—103. Después de la cuestión del trabajo quedaría por tratar la peligrosa cuestión del *empleo de las horas desocupadas*. La alegría es necesaria (§ 89, 90, 91), pero fácilmente se confunden las violentas y perjudiciales excitaciones del juego, del alcohol, del tabaco, con las sanas alegrías que dejan intactas o aumentan las energías físicas, intelectuales y morales. «La colectividad de los hombres conocerá días en los cuales, merced a una igualdad menos ilusoria, merced a las máquinas, a la química agrícola, merced quizá a la medicina naciente, el trabajo será menos áspero, menos incesante, menos material, menos tiránico, menos implacable. ¿En qué empleará sus ocios? ¿Quién sabe si su destino no depende de este empleo? Uno de los principales deberes de sus consejeros será talvez el de acostumbrarla desde temprano a gozar de las horas desocupadas de un modo menos bajo y menos funesto. En suma

aquello que fija el valor moral de un individuo y de un pueblo es, tanto como el trabajo o la guerra, la manera más o menos digna, honesta, reflexiva, graciosa y elevada de gozar de sus horas de libertad.

Esto es también lo que lo agota o lo reconforta, lo degrada o lo ennoblece (§ 152). Actualmente en las grandes ciudades, tres días de asueto pueblan los hospitales de víctimas más gravemente heridas de lo que podrían serlo por tres meses de trabajo». «Son necesarios paseos, recreaciones y medios agradables de excitación. Si no se halla placeres inocuos se los buscará culpables».

LA CONCIENCIA MORAL

La conversión moral.—180. ¡Cuan falsa y grosera es la idea de la conciencia que hallamos expuesta en los tratados de moral! ¡Ni siquiera se elevan éstos a la concepción del alto comercio donde se sabe esperar durante meses el pago de las mercaderías! No. allí hay la chalanería del mercachifle que cobra contra entrega del artículo: así entienden generalmente la conciencia los moralistas: «es la satisfacción o el remordimiento que sigue al acto.»

A causa de tal doctrina, Grady ha podido decir que *el hombre es una fuerza cuya magnitud es aun desconocida*. Por esto debemos llamar la atención sobre la verdad esencial, *sobre la identidad de la felicidad con la recta conducta; sobre la identidad de la infelicidad con la conducta injusta*.

Decir que una buena acción aislada es *seguida* de contento, o una mala acción, de malestar es expresarse mal. La verdad es que, si tomas la resolución de vivir una vida justa, serás feliz; aquel que no puede hacer lo mismo está condenado al sufrimiento. Esa decisión es la **CONVERSIÓN MORAL**. No está convertido aquel que obra bien al azar, al capricho de sus instintos. Pero, si con toda sinceridad y con todo el impulso de tu alma escoges (§ 38) entre la vida humana y la vida animal; si decides, por una resolución reflexionada y solemne, que te conducirás honrada y equitadamente, experimentarás en tí

mismo un contento, un gozo profundo y duradero. Sentirás que estás de acuerdo con los hombres más puros; que consientes en ser uno de los depositarios de la ley de evolución humana y tendrás el entusiasmo de la noble tarea que asumes: y, así como el leñador que descarga un hachazo es ayudado por toda la atracción terrestre, así tu voluntad será auxiliada por la alianza de las potencias de justicia y de bondad de los hombres, de tus mismos enemigos que, al combatirte, te secundarán sin saberlo. Sentirás una seguridad y una serenidad que redoblarán tus fuerzas; experimentarás como una dilatación de todo tu sér: la experiencia te enseñará qué sentimiento profundo de confianza y de poder da esa «conversión» moral, qué expansión de horizontes, qué claridad luminosa produce en la inteligencia.

Obrar bien es acto de contento.—181. Así como al crecer has dejado de hallar interés en los juegos por los que antes te apasionabas; así como una joven madre sonrío ante sus muñecas de niña, así tu alma, al levantarse hasta la idea de justicia, no podrá ya hallar placer ninguno en las distracciones mediocres en las que se complacía antes de su desarrollo. Por el desenvolvimiento mismo de tu inteligencia y sin esfuerzos, te destacarás de los placeres de la vanidad, de las pobres y miserables alegrías en que se complacen los sedientos de poder, de los goces sensuales buscados por los hombres que han quedado niños. Ya no dependerás, en el mismo grado que antes, de una opinión pública algo pueril y que, para juzgar, se detiene en las apariencias. Te juzgarás a ti mismo y no sufrirás ya, sino por saberte inferior al modelo que te has propuesto. Las burlas o las maldades de la opinión causan sufrimiento a los inocentes faltos de vida interior, de resistencia personal; si llegan a apenarte a tu vez, será porque una falta, una caída, o un rebajamiento te han turbado, y conmovido. Habiendo perdido la serenidad de ti mismo, serás sensible al juicio de los otros, porque no tendrás ya ese sentimiento de fuerza, de invulnerabilidad, de intensa satisfacción que multiplica la energía de una voluntad *libertada* de sus «aparecidos».

Es, por lo tanto, inexacto decir que una buena acción PRODUCE FELICIDAD: el dominio de sí, un acto de valor físico, un acto de energía moral, como por ejemplo ne-

garse a cometer una injusticia o a explotar la ignorancia o la debilidad, en una palabra: UNA BUENA ACCIÓN ES SIEMPRE UN ACTO DE CONTENTO, DE FELICIDAD.

«Cuando ponemos la dicha en un platillo de la balanza, cada uno de nosotros deposita en el otro la idea que se forma de la desdicha. El salvaje pondrá alcohol, pólvora y plumas; el hombre civilizado, un poco de oro y algunos días de embriagués; pero el sabio depositará en él mil cosas que nosotros no vemos; quizás toda su alma y la misma desgracia que él habrá purificado».

El contento no *signe* solamente, sino que *precede, acompaña y sigue* el acto de la virtud. El contento del hombre justo es la felicidad más elevada, la más completa, la más profunda de todas las felicidades, porque los sentimientos de dignidad, de energía moral, de libertad son, como lo demuestra el análisis, las supremas satisfacciones que podemos experimentar. Los placeres del alcohol, del orgullo, de la ambición personal, de la avaricia; el deseo de gloria, de elogios, que son los fines que persigue el conjunto de los hombres, no son más que caricaturas de los goces que producen la libertad, la dignidad, la energía íntimas. Por ejemplo, «el orgullo es un principio que nos hace vulnerables, que nos lleva a la violencia, que nos embrutece. ¡Cuántas heridas recibe, cuántos furores provoca, cuántas faltas inventa! Libertarse de él, es despertar de una pesadilla, para volver a la lucidez, a la potencia». De igual modo el necio tiene mucha tarea, pues la vanidad nos coloca, respecto a los movimientos que tienen lugar en el espíritu ajeno, en una sujeción tan abyecta como la del «sujeto» respecto al «magnetizador». Porque fulano es amarillo ¿deberé tomar yo el color complementario? ¡Si se burla, deberé enojarme! ¡Si me alaba estaré glorioso! ¡Qué concepción tan baja!

Cielo e infierno.—182. Además, el hombre honrado, que ha probado la felicidad, el poder, la confianza, la paz, la serenidad profunda que procuran la libertad interior y la expansión de la inteligencia en una vida de justicia, no puede soportar ya el sufrimiento de una decadencia. Cuando piensa mal u obra mal, experimenta una repugnancia análoga a la que experimenta una joven pura de sentimientos nobles y delicados en una sociedad

grosera y sucia. Porque dejar de ser justo y generoso es, realmente envilecerse; es decaer de la región humana y entrar en la confusión de los instintos turbios, feos, malos, incoherentes; es abandonar la libertad de la voluntad para aceptar la esclavitud de las pasiones, de los hábitos tiránicos y abyectos.

La antigua creencia en el cielo y en el infierno es la forma poética y como la proyección en lo exterior de lo que pasa *realmente* en nuestra conciencia. El cielo con sus alegrías luminosas, su belleza, su serenidad, es la región superior de los sentimientos humanos de justicia, de bondad. El infierno con su fealdad, su ansiedad, sus sufrimientos, es la región inferior de los instintos fangosos que recuerdan nuestro origen animal. Los elegidos son los hombres verdaderamente hombres; los réprobos son los «atrasados», o los «regresivos», que han permanecido esclavos de su bestialidad.

Y no se crea que es menester ser muy instruido para ser feliz de tal felicidad: una pobre mujer, «un pobre leñador cubierto de ramas», a quienes una falta ha hecho comprender súbitamente la vida y que han decidido no cometer jamás una injusticia, se elevan de pronto a esa región serena donde encuentran la seguridad del alma. Los desgraciados para quienes la existencia es sólo miseria y privaciones; aquellos a quienes está negada toda cultura intelectual, que son ciegos para la belleza que nadie les ha enseñado jamás a descubrir ni a gustar, pueden, en medio de sus aflicciones, ser verdaderamente grandes. Están más próximos a los más nobles de los hombres que el mundo vanidoso, vilmente esclavo de la opinión de su frívola sociedad y que no ha gustado jamás el contento de ser un hombre libre y digno.

«No es dado a todos los hombres el ser heroico, admirado, admirable, victorioso, genial o simplemente feliz en las cosas exteriores; pero el menos favorecido entre nosotros puede ser justo, leal, suave, fraternal, generoso; el peor dotado, puede acostumbrarse a mirar en su alrededor sin envidia, sin rencor, sin malevolencia inútil; el más desheredado puede tener no sé qué silenciosa parte, no siempre la peor, en el contento de quienes lo rodean; el menos hábil puede saber hasta qué punto perdona una

ofensa, excusa un error, admira una palabra y una acción humana; y el menos amado puede amar y respetar el mor».

183. Que no se desprecie la fuerza, la felicidad que da la conciencia al sentirse de acuerdo con las voluntades más puras y más perfectas. No digáis que es poca cosa la alegría, la profunda y tranquila seguridad de una vida justa.

«Todo lo que acontece en nuestro sér moral es muy poca cosa. Poca cosa es también el amor pasado el instante de la posesión, que es el sólo real y el que asegura la perpetuidad de la especie; y sin embargo, a medida que el hombre se civiliza, confiere mayor importancia a las horas y a los años suavizados y embellecidos, que constituyen esa poca cosa que precede, acompaña y sigue a la posesión que a la posesión misma sin esa poca cosa.

«También poca cosa es un rostro hermoso, una bella actitud, un lindo cuerpo, un hermoso espectáculo, una voz armoniosa, una noble estatua, una salida de sol sobre el mar, las estrellas sobre el bosque, las flores en un jardín, un rayo de luna sobre el río, un verso maravilloso, un gran pensamiento, un sacrificio heroico que forma el secreto de un alma profunda y tierna. Lo admiramos un instante, nos produce un sentimiento de plenitud que no hallamos en otras satisfacciones; pero también nos causa no sé qué tristeza y qué inquietud; y si somos desgraciados además, todo eso no nos trae lo que los hombres acostumbran llamar felicidad. No nos produce nada que pueda ser pesado o definido; nada que los demás puedan reconocer, ni que sueñen en envidiarnos, y sin embargo, quién de nosotros, si un mago pudiese quitarle de pronto el sentimiento de la belleza, sin que quedase el menor rastro, sin esperanza que jamás volviese, quién de nosotros no preferiría perder riquezas, tranquilidad salud aún, y muchos años de vida, antes que esa facultad invisible y casi indefinible? Son también cosas intangibles y de las que es imposible darse cuenta, la dulzura de una amistad profunda, de un recuerdo venerado, adorable, o conmovedor y de otros mil pensamientos, de otros mil sentimientos que no perforan las montañas, que no alojan una nube, que ni siquiera apar-

tan un grano de arena sobre el camino. Sin embargo, todo eso es lo mejor y lo más feliz de nosotros mismos; es todo nuestro *yo*; es todo lo que deberían envidiar a los que lo poseen, los que no lo poseen. A medida que nos alejamos del animal para acercarnos a eso que parece ser el ideal más estable de nuestra especie, vemos mejor que todo eso no es nada si lo comparamos, por ejemplo, a la enormidad de las leyes de la materia; Pero al mismo tiempo vemos que ese nada es nuestra única porción, y que, suceda lo que suceda, hasta el fin de los tiempos, es en torno de esos focos de luz que se concentrará más y más la vida humana»

La felicidad de una conciencia pura, forma parte también de esos expusitos bienes que parecen «poca cosa» pero que en realidad constituyen las alegrías humanas más profundas, más duraderas, más intensas.

Los fallidos de la vida.—184. A la energía moral, a la «dilatación de todo el sér», a la felicidad que es el estado de quien se ha «convertido» a una vida librada de los instintos heredados de los antepasados violentos y sensuales, se opone la vida del *débil de voluntad*, sujeto a sus «aparecidos»: vida inquieta, incoherente, pueril, estrecha, vulgar, *animal*, para decirlo todo con una palabra. Repugnancia de sí mismo, intolerable tedio, decepciones, he aquí lo que produce la excesiva persecución de las excitaciones sin contar las dolorosas sanciones del mañana: ¡Cuántas veces el rico recibe de su proveedor y por un alto precio, el dolor de cabeza, la indigestión y la neuralgia! ¡Cuántas veces su despensero le vierte la gota y el mal de piedra bajo el falso nombre de jerez y de madera, sin que él tenga siquiera el mérito de notarlo; y hay quien está celoso de ese epicúreo que por cuatro horas de almuerzos suculentas sufre veinte de agudos dolores! ¡Que pague su exquisita cena con una noche de agitación y de fiebre! El que viola las leyes de la fisiología sólo vive la mitad de sus días y aun esto es demasiado pues, que la otra mitad sólo parece que los vive».

¿Se desea otro ejemplo de una vida desgraciada? Todo conspira contra el perezoso: ocupaciones que, para el hombre laborioso son bagatelas, para él, que, no está avezado al esfuerzo, son labor, fatiga, sufrimiento. No tenemos por qué mostrar de nuevo cómo la indiferencia de

las cosas y de la sociedad tortura el orgullo y la vanidad con mil dolorosos pinchazos. ¡Qué derrotas, qué sufrimientos castigan a los impulsivos (§ 99), a los violentos, a los ambiciosos! Recuérdese la expiación de Napoleón en Santa Elena! No hablemos tampoco del envidioso, torturado hasta palidecer; ni del avaro, pobre loco, que se inflige una vida de privaciones para adquirir el desprecio público y causar risa a sus vecinos, cuando la muerte lo separa de su dinero! Compadezcamos también al mentiroso que se enreda en sus invenciones y, no pudiendo prever todos los detalles que revelarán sus inexactitudes, tiene la vergüenza de ver que nadie tiene ya confianza en él.

En tan bajo nivel, la vida sólo produce incertidumbres: todos los placeres son turbios, pasajeros y causas de subsiguientes amarguras.

Estudiemos cuán enemigo de su propia felicidad es el hombre injusto. Acorta su inteligencia y su conciencia, pues «corta sus comunicaciones» con lo selecto de la humanidad pensante: siente que desde entonces está reducido a la indigencia de los placeres materiales, pues que ha preferido ser del partido de los malos, de los «retrazados», de los «regresivos». Siente su parentesco con los enemigos de la sociedad y por consiguiente del progreso humano: desde entonces pierde las razones superiores de vivir y se encierra por sí mismo en la vida egoísta y animal. Decae de su dignidad de hombre civilizado, para hacerse miembro de una sociedad salvaje en la cual la astucia y el abuso de la fuerza transforman al hombre en un «lobo» para el hombre.

En el hombre culto esa bancarrota de la vida produce un amargo sentimiento de decadencia; semeja al hombre de buena sociedad rebajado a las groseras frecuentaciones de la taberna: comparación exacta, pues el injusto abandona la ciudad de confianza, de paz, de rectitud, habitada por los mejores y los más dignos, para instalarse en un barrio sucio, poblado por gente sin delicadeza, sin bondad, sin seguridad, sin alogría.

Por la noche, en el instante en que el injusto queda solo consigo mismo, en que no está distraído de sí por el ruido y la agitación exterior, el destino debe aparecerle insípido y monótono. Existir sólo para comer, beber y

dormir, vivir sin el entusiasmo y la nobleza que proporciona la convicción de ser «un depositario de la ley de evolución», es ser un animal poco superior, y esa existencia de prisionero sin espacio y sin luz es intolerable para quien sabe que existen horizontes amplios e inundados de sol. Compadezcamos al desgraciado, débil de voluntad, incapaz de realizar los esfuerzos necesarios para salir de su subterráneo.

Necedad de la injusticia.—185 Aun desde el punto de vista del éxito, el injusto está en una situación peligrosa; la justicia es para la voluntad lo que el oxígeno para los pulmones, lo que el pleno día para los ojos: el hombre honrado respira ampliamente y puede prever y considerar cómo se desarrollan las consecuencias de sus actos; sabe que no pueden ser malas las repercusiones de sus palabras y de sus iniciativas.

Por el contrario en la iniquidad, la voluntad está inquieta, molesta, indecisa. La injusticia es la noche: sólo a tientas puede uno proceder en ella; jamás se sabe lo que se hace: *jamás se prevén las consecuencias de un acto inmoral*. un seductor, por ejemplo no sabe dónde se detendrán las repercusiones de su infamia. «Nuestras acciones son como nuestros hijos, viven y obran fuera de nuestra voluntad. Más aún, los hijos pueden dejar de existir; jamás dejarán de existir nuestras acciones: gozan de vida indestructible. sea en el interior, sea en el exterior de la conciencia que de ellas tenemos». El autor que ha estudiado en *Adam Bede* y en *Rómola* qué encadenamiento de inquietudes y de desgracias produce la infamia cometida habla de LA ASUSTADORA VITALIDAD DE NUESTRAS MALAS ACCIONES.

Sí; el injusto destruye la seguridad del porvenir, sentimiento de extraordinario poder (§ 141): ¡qué locura la de introducir voluntariamente en el alma esa ansiosa incertidumbre! Así, el examen atento de algunas existencias tomadas al acaso en el medio que te sea dado conocer bien, te probará que el hombre mejor «adaptado» en la «lucha por la vida», es incontestablemente el hombre honrado.

Observarás que la voluntad del injusto, siempre inquieta por el porvenir, tiene un defecto: nunca posee la rectitud, la fuerza plena y confiada que tanto poder da

a la energía sana y recta. Se siente algo flotante, algo que no es sólido y no se ajusta bien: se oye como un rechinar. Eso previene de que el hombre deshonesto tan pronto como recurre al fraude, a la violencia, a la mentira, viene a confesar su propia impotencia: ya no le es posible triunfar por los caminos rectos, por su sola inteligencia, por su perseverancia, por la confianza que inspira. Esa visión clara de inferioridad de debilidad, quita a la voluntad vigor y decisión.

No hallando ya en su conciencia, ni en la certidumbre de la aprobación y del auxilio de la gente honrada, la integridad de su energía, de su altivez, de su contento, el malvado se vuelve nervioso porque lo preocupa e inquieta la opinión. Recela ser juzgado como él se juzga a sí mismo, y pierde esa libertad tranquila y poderosa del hombre justo que no teme reproches, ni de su conciencia ni de los demás hombres: porque, aun cuando se le censurase, sabe que podrá justificarse, mientras que el injusto sabe que, si el veredicto del juicio público le es desfavorable, la condena no tiene apelación,

Otro motivo existe de debilidad y aprehensión. El hombre de bien puede contar con leales colaboradores: nada tiene que ocultar en su conducta y a nadie está sujeto. El hombre indigno, por el contrario, sabe que es juzgado por sus cómplices avergonzados de servirle. La «tienen sujeto», pueden amenazarlo, obligarlo a confesar y si no lo hacen será porque la ocasión propicia no se ha presentado aún. No más seguridad, el peligro está siempre inminente: El estafador tiembla siempre: la mujer infiel es la esclava de su sивiente, etc. Siendo culpables los malvados no tienen siquiera el recurso de atemorizar a los testigos: una carta anónima los pone a merced de los débiles: viven en una ansiosa inseguridad. Pueden afectar un aplomo abrumador y un cinismo despejado: pero el observador se da cuenta de que ese cinismo y ese aplomo denuncian la tensión y la pena del esfuerzo. Por más que la comedia sea representada con talento, el comediante no engañará jamás a quienes lo observan de cerca. ¡Qué horror el de mentir, de afectar una completa libertad de movimientos, cuando se sabe que no se puede ocultar el engaño! Acuérdate de la terrible escena representada por Napoleón I ante el papa

quien demasiado perspicaz para no ver los signos de la mentira aun en ese gran actor trágico, exclamó sonriendo: «¡Comediante y trágico!»

¡Penosos son el aislamiento y la inseguridad del injusto, que abandona la sociedad humana—donde tienen su reinado el respeto a los derechos mutuos, la existencia tranquila y confiada—para entrar como enemigo en un mundo hostil y luchar en una sociedad brutal, donde se opone astucia a sus astucias y mentira a sus engaños: donde cada uno vive alerta como en estado de guerra!

186. Así turbada e inquieta la inteligencia no conserva ya su delicado discernimiento de los matices, la finura de su tacto. Los actos pierden en precisión; son desiguales como mal medidos, o exagerados, proceden por presiones violentas y LA VIOLENCIA ES SIEMPRE UN SIGNO DE DEBILIDAD. La fuerza real, segura de sí misma, es tranquila.

Puede verificarse lo que acabamos de decir estudiando la carrera de Napoleón I. Cometió un crimen para adueñarse del poder: hizo asesinar al príncipe de Condé: jamás pensó en el porvenir de su país; impulsado por una desenfrenada ambición, hombre de teatro que sólo vivía para causar sorpresas, ajeno a toda idea de justicia y de humanidad, vive en una inquietud continua: conspiraciones en el interior, mala voluntad de los generales que le deben todo, pero a quienes él ha desmoralizado con su egoísmo personal; engañado por su mujer rodeado de cortesanos y de mentirosos, tiene la intuición de que *no puede contar con nadie.*

Poco a poco acumula las faltas, pierde un ejército y su prestigio en España; con una imprevisión y una estupidez sorprendentes, hunde un formidable ejército en Rusia y cae, odiado por todos, dejando la Francia arruinada, empedregada, execrada.

Tan es verdad que, cuando un hombre se aparta de la senda de la justicia, cualquiera sea su poder, marcha en las tinieblas y renuncia a toda seguridad. Por el contrario, el escrupuloso respeto a la justicia abre a nuestra voluntad un camino recto en el cual ninguna emboscada es posible.

Análoga demostración podría hacerse para la excesiva sensualidad, para la violencia, para la pereza, para el orgullo, para la avaricia, para la mentira.

Verfase que existe para la mala conducta una sanción eficaz. *que nunca falta*, nuestra tendencia a las reparaciones está plenamente satisfecha. Justicia, bondad, generosidad, no son causas de felicidad, sino *pruebas de felicidad*.

La suprema felicidad.—187. En cuanto al escándalo de la muerte que hiera al hombre de bien *porque* cumple su deber, confieso que no me conmueve. Concedemos una absurda importancia a la hora final. ¿Acaso la muerte de Sócrates, por haber sobrevenido algunos años antes de lo que podía esperarse, borra la felicidad de su vida entera?

No juzguemos la felicidad de una existencia por los días que preceden al gran viaje; midámosla por la belleza, la extensión, la intensidad de la vida. Por el hecho mismo de que todos desapareceremos, la muerte figura en el balance de toda existencia y por lo tanto siendo factor idéntico en todos los destinos no debe intervenir cuando estos se comparan. Un pensador como Spinoza que muere a los cuarenta y cuatro años ¿no ha vivido con una admirable intensidad? Por el contrario, si un mediocre anciano muere a los noventa años ¿podrá decirse que ha vivido porque ha comido y bebido durante casi un siglo?

Cuando estudies las existencias más seguras, más firmes, más confiadas, más realmente poderosas y felices, verás que la seguridad, la confianza, el poder real y la felicidad sólo puede concurrir en la vida del espíritu. La existencia animal—monótona, precaria y limitada—es sólo la base, la condición de una vida humana superior. El pensador que estudia con simpatía los grandes sistemas religiosos, las doctrinas filosóficas, percibe fácilmente la unión de los espíritus superiores sobre la verdad fundamental. Todos los sabios están acordes en reconocer que, para los hombres, la suprema felicidad se encuentra en la energía espiritual más intensa y más elevada.

Afirmar la supremacía del espíritu, es afirmar la necesidad de la cooperación y por consiguiente la necesidad de la ley de justicia y de respeto mutuo, fuera de la cual una vida espiritual elevada resulta imposible. Llegar a

ser un agente voluntario de la Energía Incognoscible, en vías de evolución hacia una vida espiritual más y más intensa y más elevada, más y más universal, ese es nuestro destino; y nuestra felicidad será proporcionada a los esfuerzos que hagamos para realizarla plenamente.

LA PROFESION

Una sola cosa a la vez, pero con esmero.—153. Antes de pensar en la acción comunal, importa que cada cual sea irreprochable en su oficio. Debe hacerse con conciencia lo que se hace, y no se es concienzudo sino cuando los demás *pueden contar* sobre nuestras promesas.

Numerosos son los obreros, los empleados, los funcionarios que creen ser concienzudos porque hacen maquinalmente su trabajo: están en un error. Nadie es rigurosamente honrado si no es enérgico, si no hace esfuerzo por perfeccionar su tarea y por perfeccionarse a sí mismo. Nadie llena por completo su deber si no aumenta su propio "rendimiento" su valor como unidad social. El rutinero, aun siendo laborioso, no es concienzudo. Un profesor que corrige sus deberes como habitualmente se corrigen, pero que no se pone en el lugar del alumno y no reflexiona en el medio de obligarlo a comprender sus faltas y a enmendarse no es concienzudo. Concienzudo es el obrero que perfecciona sus procedimientos, ahorra tiempo, evita y contribuye a mejorar la vida para sus clientes. Por el contrario, siempre tenemos que sufrir por la falta de reflexión de los demás (§ 81): ya es un niño que toma en odio el estudio porque su maestro no prepara la lección de manera que tenga animación; ya son generaciones de alumnos que penan y se desalientan porque un "fabricante de textos" ha frangollado su trabajo; ya es un tren que descarrila porque se ha sujetado mal algún perno. Ora son centenares de personas que sufren porque los vestidos han sido confeccionados sin inteligencia, o porque unos zapatos autoritarios quieren imponer a los pies su propia forma.

Es el marido empujado a la taberna porque su mujer en su ignorancia lo alimenta muy mal; o son millares de niños que perecen por falta de cuidados.

Por tu parte, haz lo que hazas, *trabaja con energía y con inteligencia.*

Un millonario que empezó su carrera siendo peón de oficina y que gana cuatro millones de francos por año en los Estados Unidos, decía en una reunión de jovencitos:

«Me imagino a unos avispados jovencitos que vienen a mi oficina a pedirme consejo para sus comienzos; y he aquí lo que yo les diría: *“El secreto del éxito consiste en hacer la tarea de cada día algo mejor que la de la víspera”*, y les referiría la siguiente anécdota:

»Conozco a un viejo industrial que cierto día pedía a un contraamaestre que le propusiese un aprendiz para un puesto mejor. El contraamaestre dijo que los aprendices eran todos buenos. «Y bien, dijo el patrón, son las cinco; es la hora de abandonar el taller; decidles que hoy se trabajará hasta las seis.» Todos volvieron al trabajo de buena gana, pero al acercarse las seis, comenzaron a arrojar miradas al reloj. . . . excepto uno: ese obtuvo el puesto; hoy está a la cabeza del establecimiento y dirige a treinta mil obreros. . . . Hace diez y ocho años conocí a un muchacho de quince que llevaba de beber a los obreros, y tan bien se desempeñaba, y tan fresca era siempre su agua, que los obreros lo notaron; lo promovieron a sirviente de oficina: y demostró el mismo celo. Es hoy el presidente de la Sociedad Carnegie, y está a la cabeza de 60,000 obreros.»

UNA SOLA COSA A LA VEZ PERO CON ESmero: ESE ES EL SECRETO DEL ÉXITO.

Respeto de sí mismo y de los jóvenes.—154. Un gran paso se habrá dado cuando los obreros hayan comprendido que sólo elevándose ellos mismos obtendrán el lugar a que aspiran. Cuando abandonen la brusquedad y grosería de su lenguaje, las maneras rudas, la negligencia de su persona; el día en que observen un exquisito aseo como lo hacen muchas jóvenes obreras; el día en que sean corteses, de una dignidad sencilla, ocuparán en la sociedad el lugar a que tienen derecho.

Pero es menester cambiar grandemente la actitud frente a los jóvenes aprendices: los peores elementos del taller son aquellos que los pervierten. Los obligan a beber, los arrastran con el ejemplo; usan para con ellos una grosería espantosa; les enseñan el desprecio de la mujer.

A los jóvenes toca coaligarse contra los alcohólicos y *osar* permanecer dignos y honestos en el medio donde iugresan, cuando éste sea depravador.

EL CIUDADANO

Necesidad del respeto a la ley.—145. Hemos progresado desde el tiempo de las familias patriarcales que no se inquietaban las unas por las otras y vivían aisladas como egóttas. Los jefes tenían las pasiones y la fuerza del hombre junto a la inteligencia de un niño. Ningún hábito de dominio sobre sí: cada cual obraba llevado por las impulsiones más contradictorias. No existían leyes, ni disciplina.

Durante millares de años se formó un régimen de compresión. Así como el enfriamiento condensó poco a poco, en la superficie del globo, islotes sólidos que concluyeron por soldarse y envolvieron el núcleo incandescente con una costra resistente, así también una autoridad implacable, religiones terribles, el yugo de una opinión pública despiadada para todo ensayo de vida independiente, envolvieron poco a poco la violencia, el orgullo feroz de los hombres primitivos con una *costra* de hábitos, que fué haciéndose más espesa con los siglos.

Antes de la época histórica, parece que el mundo hubiera tenido por objeto «establecer la *consistencia* intelectual, los hábitos continuos y coherentes, la preferencia de los goces tranquilos sobre los goces violentos, la facultad duradera de sacrificar el presente al porvenir» y crear «la fibra legal», es decir, el espíritu de sumisión a las leyes, y la posibilidad de *contar con la promesas* (§ 95, 136 fin).

Esta «capa» de hábitos no deja de tener sus defectos: las oprimentes necesidades del cuerpo, el orgullo, la violencia, la pereza, etc., causan aún muchas desgracias (véase: Enfermedades de la voluntad, § 82 y siguientes). Aquel que ha podido domar en sí mismo los impulsos excesivos de la animalidad, y que ha sabido desarrollar su voluntad, sólo aquel puede ser un buen ciudadano.

El principio que debe dominar la vida social, es **EL ORDEN**, es decir, **LA SUMISIÓN VOLUNTARIA A LA LEY**. Solamente la obediencia de todos a las reglas comunes

puede garantizar la necesidad primordial, que es (§ 131) LA CERTIDUMBRE DE SEGURIDAD para el porvenir. El respeto a la ley es nuestra salvaguardia contra la barbarie de los antepasados que dormita en nosotros todos; cuando llega a desaparecer, como sucede en las épocas de agitación, no hay ya civilización: la ignorancia, el odio, la envidia, se desencadenan; el bruto reaparece en el hombre.

Las artes, las letras, las ciencias y la vida superior del espíritu y de los sentimientos, esta flor de la civilización, demandan para desplegarse, la calma, el recogimiento, la apacible certidumbre de los días de mañana al amparo de la ley.

Respetemos pues la ley, como respetan los holandeses los diques que los defienden contra el mar. No dejemos que nadie pueda abrir una brecha, pues sólo la ley defiende nuestras sociedades civilizadas contra el salvajismo. Muy peligroso es un ataque a la garantías legales que nos protegen, y los ciudadanos deben protestar contra él con toda su energía, aún cuando no resulten directamente perjudicados. Si un artículo del Código nos parece injusto, tenemos derecho de hacer una activa propaganda para hacerlo cambiar: la libertad de pensar da legitimidad a la revuelta (§ 117).

Pero bajo un régimen de libertad, tratar de sustraerse a la ley, en tanto no ha sido abrogada o modificada, equivale a ser un enemigo social en la medida de los medios de cada cual; equivale a volver al estado de barbarie.

Así, recientemente varias personas han preconizado la resistencia a mano armada y el rechazo del impuesto legalmente votado, para protestar contra una ley que les desagradaba. Era autorizar a los malos ciudadanos a romper el lazo social, Era un llamado a la anarquía y un regreso a una época de violencias individuales contra las cuales estamos garantizados sólo por el respeto a la ley.

Por incómoda que sea la ley debemos respetarla. Es posible que los diques de Holanda vuelvan malsanas algunas poblaciones: pero ¿qué ganarían con abrir una entrada al agua del mar? De igual modo, si algunas leyes te son desagradables, piensa que el respeto a la legalidad es el frágil dique que protege la seguridad y la civilización, contra la injusticia y la violencia que dormitan en el fondo de todos los hombres.

Verdad es que durante largo tiempo los gobernantes han sido opresores: el recuerdo de las *órdenes reservadas* no remonta atrás sino un siglo. Las generaciones han debido conquistar con su energía, a menudo con el precio de su sangre, las libertades que hoy gozamos apaciblemente: y hay todavía naciones donde la arbitrariedad reina aún cruelmente.

No han desaparecido en la actualidad aquellos a quienes asusta la libertad: numerosos son los egoístas que tiemblan por sus privilegios y que temen que la organización de la asistencia y sobre todo de la solidaridad (§ 126), disminuya en algo el tren de su casa y sus gastos de lujo: pero no serás tú quien te dejes detener por sus llamados a un «poder fuerte». Tú, no desearás fuerte e inquebrantable el poder sino para imponer a todos el *respeto a la legalidad*.

¿Es legítima la delación?—146. ¿El respeto a la ley implica la delación de los que la violen? Grave problema: la reprobación que alcanza generalmente el delator tiene causas honorables. Los gobiernos despóticos han empleado durante largo tiempo la fuerza contra sus gobernados, y un interés propio mal entendido.

Han oprimido a los ciudadanos que osaban pensar libremente: de tal suerte que ayudar a la policía era a menudo traicionar a sus compañeros de servidumbre.

Por otra parte, entregar a un criminal es ser causa de los sufrimientos que deberá soportar, y las almas sensibles no aceptan voluntariamente esa responsabilidad.— Por fin, la delación tiene frecuentemente móviles bajos: la maldad, la hipocresía. Resulta ser un síntoma de la fealdad del alma.

Particularmente en la escuela el delator da prueba de un insuficiente desarrollo de conciencia: carece de la delicada noción del deber moral de la solidaridad y de la amistad generosa y confiada que liga a los alumnos. Hacer poco caso de esos excelentes sentimientos, es señal de egoísmo, de dureza de corazón, de incapacidad para sufrir por parte de aquellos a quienes se ama. El delator puede ser un cínico, amigo de sus comodidades, por eso el desprecio flagela con justicia al individualista con quien nadie puede contar, desde que para él se trata de sacrificar un placer.

Se alienta la delación entre los jesuitas y en los establecimientos imbuídos de su espíritu; pero nosotros reprochamos a esa educación el impedir las amistades y desarrollar con exceso el espíritu de emulación que fácilmente se convierte en odio y envidia.

Claro está que se debe condenar despiadadamente al delator que obtiene provecho de su delación. Nos parece que la norma debe ser ésta: que toda delación inspirada en la malignidad, el interés personal, el odio, la envidia, merece reproche.

Aun cuando ningún sentimiento bajo corrompa la voluntad, se debe vacilar en denunciar a un padre, a un amigo, porque la seguridad de las relaciones afectuosas es de una extrema importancia social. (§ 137).

Con mayor razón, jamás se debe aprovechar de los secretos arrancados a la confianza.

Cargaría también con una pesada responsabilidad quien entregase a un culpable accidental, quien por un trabajo honrado está reconstituyéndose una nueva vida.

Sin embargo no es todo igualmente aceptable en el prejuicio contra el denunciador. A menudo se encuentra contra la justicia una salvaje desconfianza, que revela un retroceso al bárbaro individualismo de los anarquistas.

Decir al criminal «Id a que os ahorquen en otra parte» es un procedimiento cómodo: así no son de temerse represalias! El no exponerse es el medio más seguro de permanecer tranquilo; pero muchas veces la tranquilidad no es más que una palabra para disfrazar cortesmente la cobardía.

Dejar escapar a un malhechor es hacerse responsable de los males que continuará cometiendo.

Si un inocente sufre por nuestra abstención ya nos volvemos cómplices del culpable a quien nadie ha inquietado, y directamente ayudamos a torturar a la víctima del error. Por eso hemos aplaudido recientemente a los valerosos denunciadores que han permitido reparar una horrible injusticia debida a un falso pundonor y a un espíritu de cuerpo llevado hasta el crimen.

Temamos también que la abstención no resulte despreciable: puede ser un cálculo y como una aprehensión de nuestros «*aparecidos*» que esperan ver sus faltas defen-

didas por el prejuicio desfavorable de los delatores.
¡Cuántos hay que piensan en sus propias injusticias cuando no osan denunciar un acto inicuo!

Es un deber imperioso ayudar a la ley que es nuestra salvaguardia contra la barbarie. Debemos colaborar con la justicia de nuestro país, siempre que nuestra indignación contra la iniquidad, el robo, el crimen, esté pura de toda pasión baja, y de todo provecho personal.

Aun en la escuela la denuncia puede ser un deber. Cuando un cobarde deja castigar en su lugar a los inocentes, los compañeros desinteresados en la cuestión deben intervenir enérgicamente acerca del culpable. Si este se negase a denunciarse, aquellos que no lo denunciasen se harían también cómplices de su cobardía.

A veces el caso de conciencia es penoso: un niño va a acometer tontamente un acto culpable que puede perjudicar su porvenir: las observaciones lo dejan insensible: puede resultar obligación imperativa el prevenir al maestro.

La cuestión sería menos complicada si distinguiésemos entre la autoridad y el autoritarismo. El despotismo arrogante, el amor propio irritable no tienen nada común con la autoridad tranquila de un maestro únicamente preocupado de ser equitativo y que sólo castiga en vista de un interés común: contra el autoritarismo, los alumnos pueden tener razón de sostenerse. Pero cada cual debe colaborar con la autoridad legítima, justa y benévola: no condenemos la denuncia si ella tiene por móvil un vivo sentimiento de justicia y una elevada concepción del deber social. Debemos trabajar por la paz común y ella no tiene otra garantía que el respeto a la ley. Pero sepamos despreciar al espía que entrega los secretos que no le pertenecen o que satisface su envidia, su maldad, su egoísmo; y siendo groseramente indelicado no sabe escoger resueltamente, en un conflicto deberes contradictorios, el más penoso, el más lejano de todo interés, de toda consideración personal.

Libertad de escribir y de hablar.—Si el interés superior de la civilización nos obliga a apoyar el poder y hacerlo bastante fuerte para que pueda imponer eficazmente a todos el respeto a la ley no por eso debemos tolerar ja-

más que haga uso de la fuerza para combatir la libertad de pensar, porque esa libertad es la condición misma de la civilización.

No tenemos por qué insistir de nuevo sobre esta cuestión puesta ya en claro (§ 25, 38, 62, 80, 115 y siguientes).

Sin embargo conviene insistir sobre sus dos aspectos, que interesan más particularmente al ciudadano: la libertad de la prensa y la libertad de la palabra.

La libertad de escribir, la libertad del libro, del periódico, es una conquista debida a la República, conquista de importancia capital. Un gobierno despótico, que amordace la prensa, obtiene el silencio; asegura la impunidad de los abusos de autoridad; permite a los poderosos oprimir a los débiles mil injusticias que no son refrenadas sino por el temor a la opinión pública, tienen desde ese instante libre curso; resulta mayor sufrimiento para todos. Queda vedado el llamamiento a la razón, al sentimiento de justicia general.

La razón y la equidad, nada deben temer de la libre discusión: sólo la mentira, el privilegio inicuo, la violencia, tienen por qué temer la luz del pleno día. La obscuridad, las tinieblas no pueden aprovechar más que a la mentira y a la maleficencia. Sólo a los pillos y a los maestros del error es ventajoso el silencio de la prensa:

Reflexionemos sin embargo que un diario cuesta caro, por eso la mayor parte de ellos está en manos de sindicatos financieros que no dejan ninguna libertad a los redactores. Felizmente que, como los intereses de esos diversos sindicatos difieren a menudo, basta para disipar la mentira, leer varios periódicos que se contradigan. Asimismo, como sucedió en la gran estafa de Panamá, casi todos los diarios, que habían sido comprados, murieron. Bismarck, que subvencionaba cierto número de diarios franceses para que no hablaran de los preparativos de Alemania, cesó de pagar esas subvenciones en el instante preciso, provocando así contra Prusia esa campaña de la prensa que terminó con la declaración de guerra a la Alemania!

¿Y no es muy significativo que sólo pocos periódicos hayan hablado de las matanzas de los armenios?

Existen, pues, graves razones para que no acordemos a los periódicos sino un **mínimum de confianza en lo que se refiere a política extranjera.** Y con mayor razón en lo que se refiere a datos sobre la colocación de nuestras economías.

Agreguemos a esas razones para desconfiar de la Prensa, la dificultad que existe para saber los hechos más simples. ¡Qué calma y qué sangre fría requiere una investigación! La urgencia con que deben trabajar los repórtteres; su incompetencia sobre un gran número de cuestiones; la pereza o la poca conciencia de muchos autores, más preocupados del efecto que producirán que de la verdad de lo que dicen, vuelve peligrosa la lectura de los diarios. ¿Qué no será cuando los odios políticos o religiosos guían la pluma? Estudiemos en el *Diario Oficial* una relación *in extenso* de una importante sesión de la Cámara y quedaremos estupefactos de las deformaciones que sufre la verdad en las diarios de partido!

Por eso es necesario aportar una gran atención y mucha desconfianza para poder discernir, de entre la masa de errores que arrastra la corriente cotidiana, las pocas pajuelas de oro de la verdad.

Esperemos que con el progreso del espíritu científico las agrupaciones de partido cederán el puesto a *ligas* provisorias en vista de alguna reforma que deba realizarse, ligas que contengan elementos venidos de los más opuestos partidos; se alcanzará quizás de este modo más tolerancia y más espíritu de justicia.

Actualmente la violencia, el espíritu de mentira, de calumnia de la prensa causan una gran inquietud para el porvenir.

¿Podrá el pueblo soportar esa literatura de desequilibrio, de locura, impregnada de odio?

Cuando leas un periódico, ten muy presente en el espíritu esta verdad: escrito por hombres, es como los hombres apasionado, ignorante, parcial, injusto; como ellos está lleno de odio y envidia, y la maledicencia y la calumnia le son fáciles (§ 113). Los redactores son crédulos (§ 62); prontos en su juicio (§ 66); su pereza rechaza la lentitud de la verificación y de la prueba.

Gustan de lo extraordinario, de lo romántico, y el público, niño grande, alienta esas tendencias opuestas al

espíritu científico. Por otra parte el diario debe aparecer a hora fija, y basta ver la premura, la precipitación febril de una sala de redacción para perder toda confianza en la tarea que allí se hace; la verdad demanda más paciencia, más calma; no es en medio del ruido, de los campanillazos del teléfono, de la agitación, de los atropellos cómo se trabaja en el *Instituto Pasteur*.

Lee, pues, el diario como hombre libre: no te dejes imponer por nadie; guarda intacto el acumen de tu espíritu crítico (§ 64). Lee con desconfianza a los que al escribir alaban nuestros «aparecidos», nuestra sensualidad, nuestros instintos de violencia y de odio, nuestra envidia latente. No mires sino con desprecio todo artículo de un redactor descalificado por una mentira étnica, o por una credulidad infantil, o por el odio, o por estrechos prejuicios. Ten repugnancia por los periódicos y los libros que tienden a hacernos retrogradar hacia la animalidad y cuyos redactores son unos «rezagados», hombres que han quedado a mitad del camino de su desarrollo. Cuando la lucha contra los instintos ruinosos para la energía es ya difícil, resulta una insensatez la lectura excitante. Lo que leemos penetra en nuestra memoria, y es recibido allí como una simiente que producirá, cuando el caso llegue, deseos y pensamientos. Lo que hoy leemos con indiferencia despertará en determinadas ocasiones, y nos suministrará, *aun sin que nosotros mismos lo advirtamos*, pensamientos que serán la fuente de nuestra perdición: el diablo despierta los malos pensamientos cuya semilla halla en nosotros».

A la libertad de escribir es menester agregar la *libertad de hablar*. Pensemos en ello con emoción. En Atenas es, donde por primera vez se discutió en público sobre cuestiones de principios.

Por primera vez se disipó la niebla de las costumbres, de la opinión, de la autoridad que helaba toda iniciativa, y el claro sol de la razón libre iluminó el espíritu humano.

¡Pero cuán largos eclipses sufrió esa libertad! Aun no cuenta con el seguro apoyo de las costumbres públicas. No guardamos respeto a la palabra de los adversa-

rios. Quienquiera que cubra la voz articulada con gritos o ruido colabora al triunfo de la fuerza brutal e inicua sobre la razón.

Dígame lo que se diga en una reunión, si metes ruido, eres de la raza de los brutos: formas parte del partido de los carceleros que han oprimido el pensamiento: estás con los débiles convertidos en opresores por temor a las novedades; con los verdugos de Sócrates, de Cristo, de Campanella, de Servet; con los perseguidores de Galileo, de Descartes, etc. (§ 30).

¡Ten cuidado! Desde que consientas en formar parte de una muchedumbre, tu libertad está en peligro. Los instintos de violencia, de brutalidad, son excitados poderosamente por las fisonomías llenas de odio, los gestos violentos, los gritos de las «bestias humanas». La razón es frágil ante esa brusca marea de violencia: pues las emociones intensas son prodigiosamente contagiosas. La mutua sobreexcitación produce aun en los hombres de más juicio una turbación, una efervescencia peligrosa para la tranquilidad de la inteligencia, para la serenidad necesaria a la libertad de examen. En una multitud corres el riesgo de adquirir la locura de las menos razonables. Necesitarás un gran esfuerzo para permanecer tranquilo, para escuchar a tus adversarios en silencio y con esa benevolencia, sin la cual eres esclavo del prejuicio (§ 66). Huye pues de las multitudes donde con gran dificultad quedarás hombre libre; o, si estás obligado a asistir a una reunión pública, resuélvete de antemano a permanecer sereno, a escuchar todas las contradicciones.

En tu pensamiento queda con los grandes hombres de inteligencia clara y luminosa.

La envidia, mal de las democracias.—148. Gran defecto de nuestra democracia es la envidia. Desde que un hombre se eleva por medio de su talento y por su energía, en vez de sostenerlo con nuestra simpatía, y alegrarnos de que el país haya adquirido con él una nueva fuerza, lo denigramos, lo envidiamos. Así es como hemos desesperado a Gambetta, a Julio Ferry y a tantos otros.

Desde que un hombre se eleva, es el punto de mira de los malos y los envidiosos: la calumnia es el arma vulgar con que se hiere. ¿Se le nota algún desfallecimiento individual en un parlamento? Inmediatamente se generaliza

para llegar hasta los jefes mismos. Hemos visto que habitualmente los perezosos son los hombres más envidiosos del mundo (§ 95): sucede así porque la energía de los laboriosos es como un acto de acusación contra los «fracasados» por la pereza.

Sostener a los hombres que honran a su profesión o al país, no significa abdicar de la libertad de crítica ante ellos: el espíritu republicano es la negación de la credulidad ciega.

Desde el instante en que los ciudadanos aprueban a ciegas todos los discursos y todos los actos de un hombre o de un grupo de hombres; desde el instante en que el elector deja penetrar el dogma en la política y se resigna a creer sin comprender, la república no existe más que de nombre. La confianza es la salud de las monarquías; así la desconfianza es la salud de las repúblicas.

Esta desconfianza no excluye la simpatía ni el respeto: es en suma el derecho y el deber para cada cual de conservar libre su juicio; pero hay una distancia infinita entre esta actitud y la injuria, la calumnia, el odio y la envidia, que destruyen el espíritu de equidad. Conservar su libertad de juzgar no quiere decir injuriar, o deformar la verdad.

¡Poder fuerte!.—149. No te dejes impresionar por el aparente desorden de una república libre. El gran rebaño de débiles al que es menester la calma, la regularidad, la disciplina de un convento o de una monarquía absoluta, queda espantado por el tumulto de un régimen de libre discusión.

No pueden soportar el ruido, el alboroto que producen los niños robustos, y prefieren a esa vida exuberante, signo de salud, las tranquilas recreaciones de esos niños pálidos de anemia y demasiado juiciosos!

Así también los enloquece el ruido de las controversias; y piden un *poder fuerte* que imponga silencio!

¡Un poder fuerte! ¿Qué es? ¿Es fuerte el poder que no puede soportar el pleno día de la discusión pública, que necesita la sombra? Es fuerte un poder que impone la marcha pasos cautelosos, tal cual se hace en las grandes montañas al pasar junto a un agrietado muro de hielo que la menor conmoción derrumbaría? ¿El poder fuerte no es acaso la república que deja a sus adversarios

la libertad de calumniarla e injuriarla? En afrontar las polémicas ¿No está una fuerza por excelencia? ¡Qué ironía llamar fuerte al poder que reina sobre los débiles!

Considera de cerca un país sometido a un poder fuerte: todo el poder está en manos de uno solo. ¿Qué quiere decir ésto? El soberano nada puede ver por sí mismo. No siendo ayudado en la vigilancia por la prensa libre, sólo es informado por sus subalternos. La realidad del poder pertenece a una burocracia irresponsable: un poder fuerte en su centro quiere decir: omnipotencia de los jefes de oficina, de los ministerios, de los jefes políticos, de los inspectores de policía, que pueden ser apasionados o de cortos alcances: no existe apelación posible contra sus decisiones. Apelar equivale a insubordinarse; y la insubordinación, en un país de poder fuerte, es el más grande de los crímenes.

El silencio y la sombra que realiza un tal gobierno son propicios al florecimiento de una multitud de tiranías locales, de innumerables abusos de poder.

Piensa, hijo mío, que los mejores y más valerosos de nuestros antepasados han conquistado para nosotros la libertad política, pagándola con su propia libertad y con su sangre (§ 27).

¡Qué inmensa seguridad la de poder vivir sin ser a cada instante comprimidos por un «poder fuerte», o sea por una tiranía que explote el provecho de sus factores! Tal seguridad nos permite el desarrollo libre de nosotros mismos: es condición más elevada, porque la libertad de pensar es el instrumento más enérgico y necesario del progreso (§ 115, 140, 30) Puedes tú no ver jamás consecuencia de la estupidez de ciudadanos enloquecidos como los que levantaron el Imperio de Napoleón I y el de Napoleón III, lo que cuesta a la patria desear un «poder fuerte que tiemble ante la discusión y ante la iniciativa de los pensadores.

Repítámoslo una vez más: el gobierno debe mantener enérgicamente el orden y la seguridad; debe proteger enérgicamente la libertad de los conciudadanos; debe hacer justicia enérgicamente a los oprimidos: allí se limita su papel. Es una necia superstición la de contar sobre el poder político para promover el progreso: ya lo hemos visto, todas las grandes conquistas humanas han sido efec-

tuadas por hombres de iniciativa: inventores, filósofos, sabios, y los «poderes fuertes» nunca han sido otra cosa que coaliciones de débiles, de desesperados, de violentos, contra las más puras energías humanas (§ 116).

La superstición revolucionaria.—150. Existe actualmente una peligrosa superstición política, que produce sus destrozos particularmente entre los obreros de la industria: es la SUPERSTICIÓN REVOLUCIONARIA. Reposa sobre la errónea omnipotencia del gobierno, concebido como una Providencia. Muchos obreros piensan que, trastornando el país mediante una revolución que cambie el gobierno, modificarán el estado social y realizarán una justicia superior. ¡Creen ingenuamente que el progreso pueda ser realizado en algunos meses! ¡Como si un cambio de gobierno pudiese hacer desaparecer la enfermedad, la muerte, la miseria, la vejez, la desigualdad de energías morales! Contar sobre las energías morales! Contar sobre el Estado para realizar un porvenir de justicia y de prosperidad es como creer que un decreto volverá lúcidas las inteligencias; que un decreto transformará a los ignorantes en personas instruidas, reflexivas, observadoras; es como imaginarse que un decreto templará la energía de la atención, y hará que todos se vuelvan pacientes, valerosos, llenos de iniciativa; que suavizará a los violentos, destruirá la avaricia, la imprevisión, la sensualidad, el alcoholismo; que cambiará a los perezosos en trabajadores! No más asesinatos, ni fraudes, ni abusos de poder, ni calumnias, ni actos de intolerancia! La «bestia humana» morirá de la promulgación de una ley y una era de felicidad perfecta se iniciará: los «aparecidos» conjurados cederán su lugar de inmediato a los sentimientos de bondad, de justicia de solidaridad!

¡Ah! No habrá otros progresos nuevos en el mundo sino los que sepan realizar los inteligentes y los enérgicos! Por más que cambie el gobierno, habrá siempre patrones duros y ávidos, y habrá obreros poco concienzudos; habrá mujeres frívolas, maridos brutales como los hubo antes. Nadie es capaz de crear la justicia ni la felicidad; se las conquista lentamente con esfuerzos cotidianos y perseverantes!

Fundar un sindicato, una sociedad cooperativa, educar a los niños, formar ciudadanos honrados y enérgicos,

importa más que cambiar un jefe político o un ministro: somos nosotros los que debemos ceñirnos al trabajo; podemos decir como el propietario de la fábula:

.... Nuestro error es extremo.—... de esperar en otras personas.—No existe mejor amigo ni padre que uno mismo—Recordad bien esto, hijo mio: ¿Y sabéis—lo que es menester hacer? Es menester que junto a nuestra familia—*Tomemos una hoz cada uno*:—Ese es lo más breve...

Sí, ese es el secreto para hacer cualquier cosa: *tomar cada cual una hoz e ir adelante*. Si nuestros campesinos fuesen más instruídos; si estuviesen menos inmovilizados en su rutina, la agricultura podría alimentar a cien millones de hombres en Francia. Si hubiese más inteligencia, iniciativa y espíritu de unión entre nuestros comerciantes, las exportaciones duplicarían: un conocimiento preciso de las leyes de la higiene nos conservaría cada año 30.000 niños.

El mejoramiento del porvenir no será rápido sino dentro de la medida en que nuestra educación desarrolle la energía y la iniciativa de la voluntad. La industria más productiva de un país es, como lo hace notar Ruskin, la de la educación «Podrá descubrirse que las verdaderas *vetas de la riqueza* son de púrpura,—que no están en la *roca* sino en la *carne*; quizás aún se descubra que la resultante final y el último término de toda la riqueza deben ser producir el mayor número posible de criaturas humanas, de pechos robustos, de ojos brillantes y corazón alegre.

«Se trata de saber si, entre las manufacturas nacionales, la de almas de buena calidad, no concluirá por ser una de las más lucrativas».

Si se quiere ver qué influencia puede tener un genio creador sobre el porvenir, que se compare la influencia nefasta ejercida sobre la Europa por un Napoleón I, con la prodigiosa influencia de Papin, el modesto y pobre inventor del vapor. Con razón se ha dicho, hablando del gran educador Arnold, que el poder de Inglaterra le es deudor de mucho.

Luego, tengamos la osadía de dar a los niños el hábito y la necesidad de la libertad y de las audaces energías: si nuestra disciplina escolar les enseña al mismo tiempo la necesidad del respeto a la ley, dique protector contra la irrupción de los instintos bárbaros, habremos

hecho la mejor «política» de porvenir: aquella que, para promover el progreso, cuenta no con un decreto mágico, con el toque de varita de una hada, o con las botas de siete leguas, sino con la inteligencia y la energía de los individuos capaces de cooperar en la obra de la liberación del hombre.

El deber municipal.—115. Actuar sobre el conjunto de la nación sobrepasa las fuerzas de la mayoría de los ciudadanos: pero cada cual puede actuar en su casa y a su alrededor. Muchos pueden también actuar dentro de los límites del municipio. El municipio es el campo de acción por excelencia del ciudadano.

Numerosas municipalidades tienen ya la gerencia del gas o la electricidad, del agua, de las cloacas, de los jardines públicos, de los museos, de los mercados, de los hospitales, de los mataderos.

En Inglaterra una docena de ciudades suministran al precio de costo la leche esterilizada, y la mortalidad de los niños ha disminuído en proporciones tales, que Liverpool, Belfast, etc., han adoptado el sistema.

Ciertas ciudades, como Glasgow, compran y administran las tabernas, y fundan casas municipales para la curación de los alcohólicos. Otras ciudades, como Worcester y Edimburgo, han creado sanatorios municipales para el cuidado de los tísicos de la población. Muchas municipalidades establecen panaderías comunales, luchan contra los alojamientos insalubres, etc.

Hay una pesada tarea para cada ciudadano en la reforma de la higiene de las ciudades y de los pueblos, a fin de suministrar agua pura, cloacas, baños a precios módicos, leche esterilizada para los niños, etc.

Pesada tarea es también la de organizar (135) inteligentemente la asistencia médica, y los socorros para los desgraciados. En la lucha contra la miseria y la enfermedad, los buenos ciudadanos tienen abierto un inmenso campo de acción.

Palacios del pueblo.—152. Día vendrá, si seriamente lo queremos, en que el hombre será librado de la mayor parte de sus males. Entonces quedarán por organizar los placeres superiores. Ya las ciudades belgas tienen su CASA DEL PUEBLO: cuando estemos resueltos a una vida muy simple en el seno de la familia, reservaremos el lu-

jo para la casa común: cuando aquellos que saben hablar, leer o cantar bien, hagan beneficiar a todo el mundo con su talento, mediante la interpretación de las grandes obras del espíritu humano; que para la mayoría esta lejos de tener en la hora actual. Demasiados conciudadanos nuestros están aplastados por la miseria, o por la incertidumbre del día de mañana, o por la monotonía del día de mañana, o por la monotonía de una existencia aislada y egoísta. El «sentido de la solidaridad» se despierta apenas: sólo estamos en los albores de una vida nueva que será más amplia, más sana, más bella. Nuestros sucesores deberán a los esfuerzos de los mejores una existencia tan superior a la nuestra como la nuestra es a los hombres del período prehistórico.

Pero, advirtámoslo: el porvenir social es una cuestión moral; el enemigo de la felicidad y del progreso humano es el legado de nuestros antepasados; es «la mancha» de nuestro origen; es nuestro egoísmo estrecho; es nuestra avidez; es particularmente el instinto antisocial, el más peligroso quizás en la época actual, el orgullo, que se encuentra en igual grado en el pavo común y en el pavo real, en el mono y en muchos seres humanos. Ese orgullo emplea la opinión pública como una fuerza «reaccionaria» por excelencia: el temor del ridículo, del «¿qué dirán?» paraliza las iniciativas más puras y más nobles de nuestro tiempo; y el primer valor del ciudadano debe ser el de tener la osadía de decir y hacer lo que su conciencia le ordene.

